

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

UNA PRESENCIA EN LA MIRADA



RÍMINI 2015

UNA PRESENCIA EN LA MIRADA

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2015

© 2015 Fraternità di Comunione e Liberazione
Texto original en italiano.
Traducción: Belén de la Vega, Carmina Salgado

«Con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación que tienen lugar en Rímìni, Su Santidad el papa Francisco, espiritualmente presente, dirige un saludo cordial y lleno de buenos deseos, deseando para los numerosos participantes y para cuantos se han conectado via satélite abundantes frutos de descubrimiento interior de la fecundidad de la fe cristiana, sostenida por la certeza de la presencia de Cristo resucitado. El Santo Padre invoca los dones del Espíritu Divino para un generoso testimonio de la perenne novedad del Evangelio, dentro del surco trazado por el benemérito sacerdote monseñor Luigi Giussani. Y, al tiempo que pide perseverar en la oración para sostenimiento de su ministerio universal, invoca la protección celestial de la Virgen Santa e imparte de corazón a usted y a todos los presentes la implorada bendición apostólica, que nos complace extender a toda la Fraternidad y a los seres queridos».

Cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado de Su Santidad

15 de abril de 2015

Viernes 24 de abril por la noche

A la entrada y a la salida:

Ludwig van Beethoven, Sinfonía n. 6 en fa mayor, op. 68 «Pastoral»

Riccardo Muti – Filarmónica de la Scala

«Spirto Gentil» n. 11, Philips

■ INTRODUCCIÓN

Julián Carrón

No hay nada que necesitemos más, al comienzo de este gesto, que pedir y suplicar al Espíritu para que elimine en nosotros todo lo que está anquilosado, lo que no está disponible, toda nuestra distracción, nuestro olvido, y abra nuestra espera, como me escribe uno de vosotros: «Hoy es una de esas mañanas en las que no puedes levantarte sin ir a buscarle. Y vas a misa pidiendo al Señor volver a encontrarle en casa, donde empieza cada día el desafío de la vida. Sigues sin saber cómo estar delante de tu hijo, al que todo le parece injusto y todo le enfurece. Y todo se convierte en petición; no sabes muy bien por qué, pero todavía hoy arde en el corazón esa exigencia de amor. A la espera de esos tres días, los Ejercicios de la Fraternidad, tan únicos e indispensables, parece que todo es una pregunta que quema, una exigencia de algo que falta, súplica de esos rostros que como tú busco por el camino; exigencia de un abrazo que querrías para siempre, y que todavía buscas para aquellos que amas, para el mundo entero; sed de escuchar, de hacer memoria, de recordar que nunca es suficiente. Sigue quemando ese amor a Cristo, a su compañía, que buscas todavía a los cincuenta años y de la que nunca estás saciada».

Con esta súplica, con esta espera que se convierte en súplica, pedimos al Espíritu que lleve a cumplimiento nuestro frágil propósito y nos disponga para acoger lo que el Señor nos dará en estos días.

Desciende Santo Espíritu

«Con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación que tienen lugar en Rímíni, Su Santidad el papa Francisco, espiritualmente presente, dirige un saludo cordial y lleno de buenos deseos, deseando para los numerosos participantes y para cuantos se han conectado vía satélite abundantes frutos de descubrimiento interior de la fecundidad de la fe cristiana, sostenida por la certeza de la

presencia de Cristo resucitado. El Santo Padre invoca los dones del Espíritu Divino para un generoso testimonio de la perenne novedad del Evangelio, dentro del surco trazado por el benemérito sacerdote monseñor Luigi Giusani. Y, al tiempo que pide perseverar en la oración para sostenimiento de su ministerio universal, invoca la protección celestial de la Virgen Santa e imparte de corazón a usted y a todos los presentes la implorada bendición apostólica, que nos complace extender a toda la Fraternidad y a los seres queridos. Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad».

Como menciona el telegrama del Santo Padre, nos hallamos todavía inmersos en la luz de la noche de Pascua. La noche pascual ha estado dominada por la luz del cirio pascual, por la luz que Jesús resucitado ha introducido para siempre en la historia. La Iglesia mira todo, puede mirar todo a la luz de este hecho. Porque solo cuando aparece definitivamente la luz de la Resurrección de Jesús, nosotros podemos comprender lo que nunca llegaríamos a comprender sin ella: el significado último de todo. Por eso desde aquella noche, partiendo del presente, desde el momento en que la Iglesia está ya invadida por la luz de la Resurrección (que dicta el método para mirar todo), la Iglesia nos invita a mirar la historia que, a partir de la creación, adquiere todo su esplendor: es la historia en la que se revela a nuestros ojos que la realidad es en última instancia positiva. En la luz de la Resurrección podemos mirar a la cara la pregunta más acuciante que el hombre se hace: ¿merece verdaderamente la pena haber nacido? Esa pregunta que nos asalta cuando la vida, incluso con toda su belleza, con toda su promesa, nos pone contra las cuerdas: pero, ¿por qué merece la pena haber nacido? A la pregunta que el hombre se plantea sobre su vida se puede encontrar una respuesta llena de significado únicamente a la luz de esta noche: porque no habría valido la pena haber nacido si no existiera la esperanza de una vida cumplida, para siempre. Como nos recuerda la Carta a los Hebreos, vivir sería una condena, porque todos viviríamos atenazados por el miedo a la muerte, bajo esa espada de Damocles que pende sobre nosotros. En cambio ahora, a la luz de la victoria de Cristo, podemos reconocer la bondad última de la creación, de la vida del hombre, de la vida de cada uno de nosotros, porque en ella se da una respuesta exhaustiva a la pregunta radical sobre el significado de nuestra vida. El Pregón pascual canta: «¿De qué nos serviría haber nacido, si no hubiéramos sido rescatados?»¹. Sin la Resurrección de Cristo, ¿qué sería la vida, qué significado tendría?

La luz que domina la noche de Pascua nos permite comprender toda la historia de la salvación, desde la liberación de la esclavitud de Egipto hasta

¹ Pregón pascual, *Canto de la Pasión y del Pregón pascual*, Conferencia Episcopal Española.

la historia de los profetas, una historia cuya única finalidad es hacernos entrar paso a paso en la lógica del designio de Dios, que se ha ido desvelando a lo largo del tiempo.

Las lecturas bíblicas de la vigilia pascual nos revelan la pasión que Dios tiene por los hombres, hasta el punto de que llega a preocuparse por la suerte de un pueblo insignificante, el de Israel, manifestando a todos que Él no es indiferente al sufrimiento de los hombres. Dios empieza a responder de forma concreta, específica, a ese sufrimiento, y nunca abandona a sus hijos. Y aunque muchas veces puedan sentirse abandonados, como una mujer abandonada siente su alma desconsolada, Dios llega a ellos a través de los profetas, como por ejemplo, Isaías: «¿Es que acaso se repudia a la esposa de la juventud?». Y, sin embargo, dice el Señor: «por un instante te abandoné, / pero con gran cariño te reuniré. / [...] Por un instante te escondí mi rostro, / pero con amor eterno te quiero, / dice el Señor, tu libertador». Dios asegura a su pueblo: «Aunque los montes cambiasen y vacilaran las colinas, / no cambiaría mi amor, / ni vacilaría mi alianza de paz, / dice el Señor que te quiere»².

¿Cuándo adquieren verdaderamente significado estas palabras si no es con el hecho potente de la Resurrección de Cristo? Si no fuera así, quedarían como bellas palabras de consuelo sentimental, pero en el fondo no constituirían un cambio trascendental, decisivo, no introducirían en la vida algo verdaderamente nuevo. Solamente el hecho de la Resurrección proyecta sobre esas palabras la luz necesaria y las llena de significado. Y es cuando podemos comprender por qué Jesús dijo a sus discípulos: «¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron»³. Los profetas formaban parte de esta historia, vivieron parte de esta historia y desearon ver que se cumplía, pero no lo vieron. Por eso, Jesús nos dice: «Bienaventurados los que lo habéis visto»: ¡nos lo dice a nosotros, que lo hemos visto, que hemos visto cómo su designio se cumple!

La Iglesia, en la noche de Pascua, posee la luz para mirar todo, toda la oscuridad, todo lo que nosotros los hombres nos negamos a mirar porque no tenemos una respuesta, empezando por nuestro propio mal. Porque «esta es la noche en que la columna de fuego esclareció las tinieblas del pecado. Esta es la noche en que, por toda la tierra, los que confiesan su fe en Cristo son arrancados de los vicios del mundo y de la oscuridad del

² *Is* 54, 6-8.10.

³ *Lc* 10, 23-24.

pecado [...]. Esta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo». Ante esta luz el pueblo estalla en un grito de alegría: «¿De qué nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados?». A la luz de este acontecimiento la Iglesia y todos nosotros, si de verdad el Señor nos da la gracia de una mínima conciencia, podemos decir: «¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros! ¡Qué incomparable ternura y caridad! ¡Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo!»⁴.

Con Cristo resucitado en la mirada, la Iglesia es tan capaz de mirarlo todo que se atreve a decir algo que, a los ojos de nuestra razón, parece paradójico: «¡Feliz culpa!». Es una nueva mirada sobre el mal, que de repente se percibe como un bien: «¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!». Continúa el Pregón pascual: «¡Qué noche tan dichosa! Solo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos». Y el misterio de la noche es este: «Y así, esta noche santa ahuyenta los pecados [no solo los podemos mirar sino que incluso podemos ver cómo los aleja], lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes»⁵.

¿Cómo no estar agradecidos si nos dejamos iluminar por la luz que el acontecimiento de la Resurrección introduce para siempre en la vida y en la historia? Es por lo que no existe circunstancia que uno no pueda atravesar, no hay dificultad o mal que uno lleve sobre sus hombros que se deba censurar, que sea tan grande que no pueda mirarse, desafiarse, a la luz de la victoria de Cristo resucitado. A la luz de la Resurrección podemos mirarlo todo, amigos, porque nada queda excluido de esta victoria. Pidamos al Señor sencillez para aceptar esta luz, de modo que pueda entrar hasta los pliegues más íntimos y más escondidos de nuestro ser.

Lo que hemos celebrado en la noche de Pascua, ¿es tan solo un hecho del pasado, un recuerdo devoto, un rito que repetimos cada año? No podemos responder a esta pregunta únicamente con una reflexión o un razonamiento. Ningún razonamiento podría satisfacer la urgencia punzante de esta pregunta, no conseguiría amortiguarla. ¿Qué es lo que puede demostrar la verdad, es decir, la realidad de lo que hemos celebrado en Pascua? Solo un hecho: el acontecimiento de un pueblo como el que hemos visto en la plaza de San Pedro. Un pueblo que confirma y pide a gritos la realidad de la Resurrección. A la luz de este presente, definido totalmente por la luz de la Pascua, podemos mirar juntos el evento que se nos ha concedido en estos últimos tiempos, la audiencia con el papa Francisco.

⁴ Pregón pascual, *Canto de la Pasión y del Pregón pascual*, Conferencia Episcopal Española.

⁵ *Ibidem*.

Pero para poder sorprender en toda su profundidad lo que nos sucedió en la plaza de San Pedro hemos de fijarnos en un hecho distinto, en algo que aconteció hace dos mil años a un pueblo y que testimonia y confirma la Resurrección de Jesús: Pentecostés. «Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse. Residían entonces en Jerusalén judíos devotos venidos de todos los pueblos que hay bajo el cielo. Al oírse este ruido, acudió la multitud y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban todos estupefactos y admirados, diciendo: “¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, elamitas y habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, del Ponto y Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto y de la zona de Libia que limita con Cirene, hay ciudadanos romanos forasteros, tanto judíos como prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua. Estaban todos estupefactos y desconcertados, diciéndose unos a otros: “¿Qué será esto?”. Otros, en cambio, decían en son de burla: “Están borrachos”»⁶.

Como vemos, ya desde el comienzo, desde el primer momento, no es suficiente con que tengamos el hecho ante nuestros ojos, aunque se trate de un hecho imponente. Es necesaria la libertad para reconocer el significado que grita el hecho en sí. Para descubrirlo se necesita un hombre en tensión que tome conciencia de todos los factores que porta en sí ese acontecimiento, «con esa inteligencia positiva, pobre, dispuesta a afirmar afectuosamente la realidad, pues ese es el terreno sobre el que se asienta la fe»⁷. Solo de este modo uno podía encontrar respuesta a la pregunta que ese hecho provocaba: «¿Qué significa este agruparse de personas?», y verificar la razonabilidad de las posibles interpretaciones, como la que supone que estuviesen borrachos.

A esta pregunta, a su urgencia, a la pregunta que nace del hecho asombroso de Pentecostés, Pedro responde con su discurso recogido en

⁶ Hch 2, 1-3.

⁷ L. Giussani, *La familiaridad con Cristo. Meditaciones sobre el Año Litúrgico*, Encuentro, Madrid 2014, p. 100.

los *Hechos de los Apóstoles*: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. No es, como vosotros suponéis, que estos estén borrachos, pues es solo la hora de tercia (las nueve de la mañana, *ndt*) [¡un poco temprano para estar borrachos!], sino que ocurre lo que había dicho el profeta Joel: *Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán y vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y aun sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días, y profetizarán. Y obraré prodigios arriba en el cielo y signos abajo en la tierra, sangre y fuego y nubes de humo. El sol se convertirá en tiniebla y la luna en sangre, antes de que venga el día del Señor, grande y deslumbrador. Y todo el que invocare el nombre del Señor se salvará.* Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con los milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros mismos sabéis, a este, entregado conforme al plan que Dios tenía establecido y previsto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él: *Veía siempre al Señor delante de mí, pues está a mi derecha para que no vacile. Por eso se me alegró el corazón, exultó mi lengua, y hasta mi carne descansará esperanzada. Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos, ni dejarás que tu Santo experimente corrupción. Me has ensañado senderos de vida, me saciarás de gozo con tu rostro.* Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: el patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios *le había jurado con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo*; previéndolo, habló de la Resurrección del Mesías cuando dijo que *no lo abandonará en el lugar de los muertos y que su carne no experimentará corrupción.* A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo. Pues David no subió al cielo, y, sin embargo, él mismo dice: *Oráculo del Señor a mi Señor: “Siéntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies”.* Por lo tanto, con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías. Al oír esto, se les traspasó el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: “Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre

de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo”»⁸.

Únicamente la Resurrección de Cristo puede dar razón adecuada de aquel hecho. Ante su importancia, para dar razón del hecho que ha sucedido, Pedro no puede quedarse en un nivel de interpretación fenomenológica o sociológica. En Pedro prevalece una tensión extrema por decir Su nombre: solo Cristo resucitado, por la fuerza de su Espíritu, es la única explicación adecuada de la existencia de este pueblo nacido de la Pascua. Pedro está completamente dominado por la presencia de Cristo resucitado y puede mirar la realidad sin quedarse en la apariencia, venciendo cualquier tipo de interpretación reductiva. Pedro no logra mirar nada si no es con la presencia de Cristo resucitado en la mirada.

Amigos, solamente una mirada como esta puede introducirnos en la comprensión adecuada, sin reducciones, de lo que ocurrió en la plaza de San Pedro. Nosotros formamos parte del pueblo que ha nacido de la Pascua de Cristo, que se ha reunido en la plaza de San Pedro. Cada uno de nosotros puede comparar entre la forma en que ha vivido el acontecimiento de nuestro pueblo que ha tenido lugar en la plaza de San Pedro de Roma el pasado 7 de marzo y la conciencia que tenía Pedro del acontecimiento que el pueblo vivió en Pentecostés.

Por eso, amigos, los días de Pascua son el paradigma de la vida cristiana. Tratemos de imaginarnos cómo las apariciones de Jesús, un día tras otro — como nos recuerda la liturgia— debieron abrumar a los apóstoles. ¿Qué otra cosa era para ellos la vida sino el prevalecer de su presencia viva, sino el vivir con su presencia en la mirada? No podían eliminarlo de sus ojos.

«El Misterio no es lo desconocido; o, mejor dicho, es lo desconocido en cuanto se hace objeto de nuestra experiencia sensible. Es un concepto muy importante: por ello se habla del misterio de la Encarnación, del misterio de la Ascensión, del misterio de la Resurrección. Dios como el Misterio sería una imagen intelectual si se quedara en la expresión: «Dios es “misterio”»⁹.

Subraya enérgicamente don Giussani: «El Dios viviente es el Dios que se ha revelado en la Encarnación, muerte y Resurrección de Cristo. El Dios verdadero es Aquel que vino entre nosotros, el que se hizo sensible, tangible, visible y audible. El Misterio [...] entró en el ámbito de la experiencia, se hizo presente en la historia del hombre. [...] La Resurrección es el cul-

⁸ *Hch* 2, 14-38.

⁹ L. Giussani, *La familiaridad con Cristo. Meditaciones sobre el Año Litúrgico*, Encuentro, Madrid 2014, p. 67.

men del misterio cristiano. Todo fue creado por Él y para Él, porque la Resurrección de Cristo es el comienzo de su glorificación eterna: «Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo». Todo y todos encontramos sentido en este acontecimiento: Cristo resucitado. La gloria de Cristo resucitado es la luz, el colorido, la energía, la forma de nuestra existencia y de la existencia de todas las cosas»¹⁰.

Cada uno sabe cómo ha vivido los días de Pascua. Para los discípulos, lo que predominaba en la mirada o en la conciencia durante aquellos días era la presencia de Cristo resucitado. ¿Y para nosotros? ¿Qué ha pasado dentro de nosotros? En nuestra vida fácilmente se produce como una fuga, una desmemoria, nos olvidamos, como dice inmediatamente después don Giussani: «La centralidad de la Resurrección de Cristo es directamente proporcional a nuestra huida; es como si huyéramos de algo desconocido»; para nosotros, muchas veces, parece como si Cristo faltase, como si fuese un «desconocido», no una presencia familiar que nos atrae y nos colma. «Es proporcional a nuestra desmemoria, a la timidez con la que pensamos en esta palabra y enseguida pasamos a otra. Justo en el extremo opuesto sobresale el carácter decisivo de la Resurrección como propuesta del hecho vivo de Cristo, como contenido supremo del mensaje cristiano, que así realiza esa salvación, esa purificación del mal, ese renacer del hombre por el que Cristo ha venido»¹¹.

«Nuestra autoconciencia alcanza su cumbre en el misterio de la Resurrección. En él culmina la autoconciencia del cristiano y, por tanto, la autoconciencia nueva de mí mismo, del modo en que miro a todas las personas y las cosas. La Resurrección es la clave de una nueva relación conmigo mismo, con los hombres y con las cosas», jempizando por mí! No hay otra forma de mirar, amigos. No hay otra mirada sobre nosotros, sobre las cosas, las personas, la historia, después del hecho histórico de la Resurrección, sino la que tiene en su presencia la luz para mirar todo. Porque «la Resurrección es», recalca don Giussani, «la clave de una nueva relación conmigo mismo, con los hombres y con las cosas. Y, sin embargo, es la realidad que más rehuimos. Es lo que más dejamos de lado –si queréis, respetuosamente–, dejamos que siga siendo una palabra árida, percibida de manera teórica, considerada como una idea abstracta», precisamente porque «llega a su culmen el desafío que el Misterio hace a nuestra medida [...]. El cristianismo es la exaltación de la realidad concreta, la afirmación de lo carnal, el anuncio de la encarnación; tanto que Romano Guardini

¹⁰ *Ibidem*, pp. 67, 69.

¹¹ *Ibidem*, p. 69.

puede decir que no hay ninguna religión más materialista [es decir, vinculada a la realidad concreta, a la carne] que el cristianismo. El cristianismo otorga valor a las circunstancias concretas y sensibles, por lo cual uno no tiene nostalgia de grandeza cuando se ve ceñido a lo que le toca hacer: lo que tiene que hacer, por pequeño que sea, es grande, porque ahí vibra la Resurrección de Cristo. Estamos “inmersos en el gran Misterio”. Sería como desperdiciar algo del Ser, dilapidar a Dios de su grandeza, poder y señorío; sería vaciarlo lentamente de contenido y extinguir el Misterio, el Origen y el Destino de todo, si no nos sintiéramos *inmersos* en este Misterio, *en el gran Misterio* de la Resurrección de Cristo. *Inmersos*, como el yo está sumergido en el «tú» pronunciado de todo corazón, como el niño mientras mira a su madre, como el crío siente a su madre»¹².

«Tenemos que recobrar la inteligencia del niño» para poder mirar las cosas de modo verdadero. Se llama “fe” la inteligencia humana cuando, conservando toda la pobreza de su naturaleza original [como ánfora vacía por la mañana], se ve colmada por Otro, ya que en sí está vacía, como unos brazos abiertos que todavía tienen que estrechar a la persona que esperan, que ansían. Ya no me puedo concebir sin estar inmerso en Tu gran Misterio; porque la piedra que desecharon los constructores de este mundo, o cualquier hombre que imagina y planea su vida, es ahora la piedra angular, la única sobre la que se puede construir. Este Misterio –Cristo resucitado– es el juez de nuestra vida. Él, que la juzgará al final, también la juzga día a día, hora a hora, momento a momento, sin solución de continuidad. Quiero subrayar que este “verlo” como el Resucitado, [...] es un juicio: “Tú, oh Cristo, has resucitado”. “Cristo ha resucitado” es un juicio, por tanto, un acto del intelecto, que excede el horizonte normal de la racionalidad y reconoce y testimonia una Presencia, que por todas partes rebasa el alcance de la capacidad humana, de la existencia humana y de la historia. [...] Únicamente por gracia podemos reconocer a Cristo resucitado y podemos sumergirnos en su gran Misterio. Solo por gracia podemos reconocer que, si Cristo no hubiera resucitado, todo sería vano, vana sería nuestra fe — como escribe san Pablo —, vana sería nuestra afirmación positiva, segura y gozosa de la realidad, vano sería nuestro mensaje de felicidad y salvación. «Seguiríamos bajo el yugo de nuestros pecados», es decir, bajo la mentira, el no-ser, el no lograr ser»¹³.

Don Giussani no usa medias tintas: «Sin reconocer la Resurrección de Cristo nos queda solo una alternativa: la nada. Nunca reparamos en esto.

¹² *Ibidem*, pp. 69, 70, 73, 74.

¹³ *Ibidem*, pp. 74, 75, 76.

Por tanto, pasamos los días con esa vileza, esa mezquindad, con ese aturdimiento, esa cerrazón instintiva, con esa distracción repugnante en la que el yo –¡nuestro yo!– se dispersa. Así que cuando decimos «yo» afirmamos, testarudamente, un pensamiento nuestro, una medida nuestra (a la que llamamos “conciencia”); o nuestro instinto, las ganas de poseer, una pretendida e ilusoria posesión. Sin la Resurrección de Cristo todo es una ilusión, un engaño. Ilusión es una palabra latina que hunde sus raíces en la palabra “juego”: la realidad nos juega una mala pasada, somos engañados. Es fácil verlo al mirar el inmenso rebaño de hombres que vive en nuestra sociedad; la ingente, la incalculable presencia de los que viven en nuestra ciudad, de nuestros vecinos, [...] de los que viven a nuestro lado. Y no podemos negar el peso de esta mezquindad, vileza y aturdimiento; de esta distracción y completo extravío del yo; un yo reducido a la defensa encarnizada y presuntuosa de lo que se le ocurre [...] o del instinto que pretende agarrar y poseer lo que quiere, lo que le resulta agradable, satisfactorio o ventajoso. [...] Nunca la palabra pedir, rezar, rogar, se vuelve tan decisiva como ante el Misterio de Cristo resucitado»¹⁴.

Por eso, continúa don Giussani, «para sumergirnos en el gran Misterio debemos suplicar: pedir es la mayor riqueza. [...] El realismo más vibrante y dramático es mendigarlo»¹⁵. Como escribía san Agustín: «Si tu deseo está siempre ante él [el Misterio], él, que ve en lo secreto, te recompensará. [...] Tu deseo es tu oración [tu petición]; si tu deseo es continuo, continua es también tu oración. [...] Si no quieres dejar de orar, no ceses de desear»¹⁶.

Qué inmensa e ilimitada gratitud volver a escuchar estas cosas, darnos cuenta de que nuevamente Cristo se hace presente de forma evidente. No existe noticia que se pueda comparar con esta. Cristo presente todavía tiene piedad de nosotros. De este modo Él sigue siendo el primero, nos *primerea*. Con esta presencia en la mirada podemos mirar y juzgar todo; podemos tener una mirada rebosante de luz sobre nuestro tiempo, sobre el vacío, la violencia, la tribulación, la impaciencia.

Una mirada así nos puede ayudar a comprender también la densidad de lo que hemos vivido en la plaza de San Pedro. Son muchos los signos del acontecimiento que se nos ha dado en Roma, como muchos de vosotros habéis escrito. Vosotros lo sabéis igual que yo. «Al volver de Roma en coche», dice sintéticamente uno de vosotros, «con algunos amigos, había un clima distinto: era absolutamente evidente que ese día nos había pasado

¹⁴ *Ibidem*, pp. 76, 78.

¹⁵ *Ibidem*, p. 78.

¹⁶ San Agustín, *Comentarios a los Salmos*, Salmo 37, 14.

algo a todos». Son muchos los signos que muestran que del 7 de marzo no solamente nos ha quedado un impacto sentimental, sino que nos hemos sorprendido determinados por una mirada nueva sobre la vida.

¿Qué ha sucedido en la plaza de San Pedro? El Papa no nos ha hablado sin más. Con él hemos vivido un gesto que —para usar su expresión— nos ha «descentrado» y nos ha devuelto de nuevo al centro, nos ha permitido experimentar a Cristo en acción. No existe otro punto de partida para mirar lo que ha sucedido allí más que esta experiencia. El papa Francisco ha hecho suceder lo que él mismo nos ha dicho: un encuentro lleno de piedad, de misericordia. Es el mismo método de la noche de Pascua. A la luz de la experiencia que hemos hecho es como podemos mirar todo lo que nos ha dicho, también su llamada a la conversión para no perder el centro, que es Cristo, en todo lo que hacemos.

He percibido en algunas personas un cierto asombro ante esta llamada a la conversión. Pero, amigos, sería una presunción pensar que no necesitamos convertirnos, que no hay nada en nosotros que deba cambiar. ¿Quién de nosotros no necesita convertirse? Al escuchar las distintas reacciones, me he acordado de un pasaje de la *Carta a los Hebreos* que se refiere al libro de los *Proverbios*, porque puede ayudarnos a leer el discurso del Papa con la actitud justa. «Hermanos, teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Recordad al que soportó tal oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado, y habéis olvidado la exhortación paternal que os dieron: *Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor; ni te desanimes por su reprehensión; porque el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos* (Pro 3, 11-12). Soportáis la prueba para vuestra corrección, porque Dios os trata como a hijos, pues, ¿qué padre no corrige a sus hijos? Si os oximen de la corrección, que es patrimonio de todos, es que sois bastardos y no hijos. [...] Dios, en cambio, [nos educa] para nuestro bien, para que participemos de su santidad. Ninguna corrección resulta agradable en el momento, sino que duele; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella»¹⁷.

Prestad atención a la diferencia entre ciertas reacciones nuestras a la intervención del Papa y la que tuvo don Giussani después del reconoci-

¹⁷ Hb 12, 1-11.

miento de la Fraternidad de Comunión y Liberación el 11 de febrero de 1982. Cada uno puede hacer la comparación. «El acto de la Santa Sede “erige y confirma en persona jurídica para la Iglesia universal la asociación laical denominada ‘Fraternità di Comunione e Liberazione’, declarándola a todos los efectos Asociación de Derecho Pontificio y estableciendo que sea reconocida por todos como tal”. [Pero] el texto del decreto [de reconocimiento] estaba acompañado por una carta, dirigida a don Giussani por el cardenal Rossi», en la que se daba una lista de «recomendaciones», entre las que estaban: «la afirmación coherente del carisma propio debe evitar “tentaciones de autosuficiencia”; el reconocimiento de la naturaleza eclesial de la Fraternidad implica “su plena disponibilidad y comunión con los obispos, con el Pastor Supremo de la Iglesia a su cabeza”; [...] [los sacerdotes deben estar] “al servicio de la unidad”; [...] [y todos] sus miembros no deben impedir que “la fe mantenga toda su fuerza de irradiación en la vida”, etc. «Giussani recordará que le había dicho al cardenal Rossi, cuando le leía esta carta, que quería publicarla, y que el purpurado le respondió: “¡No, no la publiques! Porque las personas mal intencionadas podrían interpretar mal las recomendaciones que se os hacen en ella”. Por el contrario, para Giussani la carta era “precisamente un ejemplo de la maternidad con la que la Iglesia consigue”, cuando hay pastores como el cardenal, “acompañar a sus hijos”. En ese punto, el cardenal consintió que se publicara»¹⁸.

¿Por qué tenemos tanto miedo a acoger una llamada de atención del Papa similar a esta y tanto miedo a reconocer nuestros errores? Es un signo de que nuestra consistencia está en lo que hacemos y en lo que tenemos, es decir, que ya nos hemos desplazado de Cristo. Y por ello, ya no tenemos paz ni alegría, porque nuestra consistencia no está en lo que nos ha sucedido, en Quien nos ha sucedido.

El Papa y don Giussani no tienen este tipo de miedo. ¿Por qué? Porque para ellos la certeza está en un lugar diferente, no en lo que hacen o tienen. Mirad lo que dice Giussani —es un juicio crucial para empezar bien estos días de Ejercicios y para mirar todo a la luz de la Resurrección de Cristo—: «Normalmente [...] buscamos [la] consistencia [...] en lo que hacemos o en lo que tenemos, que es lo mismo. Por ello, nuestra vida carece de ese sentimiento y de esa experiencia de certeza plena que la palabra “paz” indica, esa certeza y esa plenitud [...], la certeza plena, [...] sin las cuales no estamos en paz [...], no [hay] alegría. Como mucho, nos complacemos en lo que hacemos o [...] en nosotros mismos. Y

¹⁸ A. Savorana, *Vita di don Giussani*, BUR, Milán 2014, pp. 602-603.

estos residuos de complacencia en lo que somos o hacemos no aportan ninguna dicha ni alegría, ningún sentido de plenitud ni de certeza firmes». Y nos lo perdemos. «La certeza de nuestra vida reside en algo que nos ha sucedido, que nos ha tocado y nos ha cautivado. La certeza coincide con algo que hemos encontrado: [...] la consistencia de nuestra persona [...] [es] algo que nos ha ocurrido. “Uno nos ha acontecido”. [...] “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”¹⁹.

El Papa y Giussani pueden mirar todo porque están ciertos de Cristo y de su misericordia. Por eso el Papa puede decir: «Por eso, algunas veces ustedes me han escuchado decir que el lugar privilegiado del encuentro con Jesucristo es mi pecado»²⁰. No podemos imaginar nada más liberador que esto para poder mirarnos a nosotros mismos, lo que somos, incluso todo lo que no nos atrevemos a mirar. ¿Qué experiencia tiene el Papa para poder decir una cosa así delante del mundo entero? «El lugar privilegiado del encuentro es la caricia de la misericordia de Jesucristo hacia mi pecado»²¹. En el corazón de su audacia está la certeza de Cristo. Es la misma audacia de la Iglesia, que en la noche de Pascua grita a todo el mundo: «¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!». No tenemos que censurar nada; nada queda fuera de esta mirada, de este abrazo lleno de piedad.

La censura de nosotros mismos, la falta de audacia, confirman lo alejados que estamos de Cristo, lo distantes que estamos de Él y lo centrados que estamos en nosotros mismos: Cristo no es el centro de la vida. Solo quien no se aleja de Cristo pierde el miedo a mirarlo todo, incluso su propio mal. ¡Cuánto necesitamos estar descentrados de nosotros mismos para que Él vuelva a ser el centro y nos permita mirarlo todo, todo! «Jesucristo siempre está antes, nos *primerea*, nos espera, Jesucristo nos precede siempre; cuando nosotros llegamos, Él ya nos esperaba»²². ¿Quién puede imaginar un regalo más grande para sí, para nuestra vida, algo más útil para comenzar estos días?

Pero el asunto no termina aquí, no ha empezado... Porque no es que yo, sin la experiencia de la misericordia, no encuentre paz, sino que, sobre todo, no conozco verdaderamente a Cristo. «Las personas honestas», dice Péguy, «no tienen la apertura provocada por una espantosa herida, por una miseria inolvidable, por una añoranza invencible, por un punto de sutura eternamente mal cosido, por una inmortal inquietud, por una

¹⁹ L. Giussani, *La familiaridad con Cristo. Meditaciones sobre el Año Litúrgico*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 29, 30.

²⁰ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

²¹ *Ibidem*.

²² *Ibidem*.

invisible y recóndita ansiedad, por una amargura secreta, por una decadencia perpetuamente enmascarada, por una cicatriz eternamente mal cicatrizada. No presentan aquella apertura a la gracia que esencialmente es el pecado. [...] Las “personas honestas” no se dejan mojar por la gracia»²³.

Nos ha dicho el Papa: «Solamente quien ha sido acariciado por la ternura de la misericordia conoce verdaderamente al Señor»²⁴. ¡Sin la experiencia de la misericordia no conocemos a Cristo! Dejando aparte la mentira y la ingenuidad de pensar que no somos pecadores, si no experimentamos y reconocemos su misericordia, nunca —¡y nunca es nunca!— podremos saber quién es Cristo. La carencia que tenemos en experimentar su misericordia confirma lo distantes, lo “desplazados” que estamos de Cristo.

¡Qué consuelo leer de nuevo la escena del fariseo y la mujer pecadora para comenzar estos días!

«Un fariseo le rogaba que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: “Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora”. Jesús respondió y le dijo: “Simón, tengo algo que decirte”. Él contestó: “Dímelo, Maestro”. “Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?”. Respondió Simón y dijo: “Supongo que aquel a quien le perdonó más”. Y él le dijo: “Has juzgado rectamente”. Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco”. Y a ella le dijo: “Han quedado perdonados tus pecados”. Los demás convidados empezaron a

²³ Cf. Charles Péguy, *Nota conjunta sobre Descartes y la filosofía cartesiana*, Emecé, Buenos Aires 1946.

²⁴ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

decir entre ellos: “¿Quién es este, que hasta perdona pecados?”. Pero él dijo a la mujer: “Tu fe te ha salvado, vete en paz”»²⁵.

¿Quién conoce mejor a Jesús? ¿Quién puede procurar un amor más grande y vivir la moralidad de la que nos habló el Papa? A quien mucho se le perdona, mucho ama. ¿Cómo podía aquella mujer amar tan intensamente? Por la conciencia que tenía de haber sido ya perdonada, porque había conocido a aquel hombre. ¡Qué audacia! La audacia que brota de haber sido perdonada la hace entrar en aquella casa y realizar aquel gesto sin precedentes. Había un lugar en el que ella había sido acogida con todo su mal, se había sentido abrazada por una mirada llena de misericordia. Por eso no tenía miedo a mirar de frente su pecado. Descentrada de sí misma y de su pecado, determinada por completo por la mirada de Cristo, aquella mujer ya no podía mirar nada sin Cristo en su mirada. Esta es la liberación que Cristo trae a nuestra vida, cualquiera que sea nuestro mal.

Pidamos que Cristo domine de tal forma estos días que podamos volver a casa «libres».

Un gesto de estas dimensiones no se mantiene sin la contribución de cada uno de nosotros. «¿Cómo?», se preguntaba don Giussani en los Ejercicios de la Fraternidad de 1992: «Con una sola cosa: con el silencio. Que por lo menos durante un día y medio [...] sepamos descubrir el silencio y nos dejemos sumergir en él. En este silencio profundo se exaltan el pensamiento y el corazón, se exalta la percepción de lo que nos rodea y, por tanto, el abrazo fraterno y amigable con las personas y con las cosas. ¡Que al menos durante un día y medio en un año nos dejemos ganar por la invitación a este silencio, de modo que podamos asumir el esfuerzo y la fatiga que implica!». Nos perderemos lo mejor si no damos espacio a la posibilidad de que lo que nos sucede nos penetre hasta la médula. «El silencio no es no hablar; el silencio es que nuestra mente y nuestro corazón estén llenos de las cosas más importantes, esas en las que normalmente nunca pensamos, aunque son el secreto motor por el que hacemos todo. Nada de lo que hacemos nos basta, nos satisface, [...] nada es razón exhaustiva para hacerlo. [...] El silencio [por tanto] coincide con lo que llamamos memoria», para permitir que esta mirada entre en nosotros.

«Por eso insistimos en que se respete el silencio en su naturaleza [...] pero también para salvar el contexto para el que puede ser de utilidad la memoria: el no hablar inútilmente. Recomendamos el silencio sobre todo en los desplazamientos», porque de esta forma, cuando entremos en el

²⁵ Lc 7, 36-50.

salón, «la memoria se verá favorecida por la música que escucharemos o las imágenes que veremos; nos dispondremos a mirar, a escuchar, a sentir con la mente y con el corazón lo que de alguna manera Dios querrá proponernos». Y concluía: «Debemos tener una gran compasión hacia lo que se nos propone y hacia el modo en que se nos propone; la intención es buena, quiere tu bien, te quiere. Sería muy melancólico si no pudiéramos hacer nada más, pero lo que hacemos juntos en este día y medio no es sino que un aspecto del gran gesto amoroso con el que el Señor –incluso cuando no te das cuenta– acompaña tu vida hacia ese Destino que es Él»²⁶.

²⁶ L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación. Apuntes para una meditación – Rímimi 1992.

SANTA MISA

Liturgia de la Santa Misa: Hch 9, 1-20; Sal 116 (117); Jn 6, 52-59

HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO

Uno puede pensar que ama apasionadamente al Señor y, como Saulo, no ver nada. Uno puede pensar que hace todo por el Señor y, como Saulo, estar lejos de Cristo. Convencidos de que tenemos razón, podemos actuar haciendo el mal. Saulo perseguía a mujeres, niños, familias. Pero sucedió algo imprevisible. Y lo más impresionante es que el Señor se manifiesta dentro de la resistencia de Saulo, en su orgullo, en su persecución colérica. Jesús lo aferra y cambia su vida. No existe —lo hemos escuchado— otro forma para cambiar: aceptar esta identificación del Señor con nuestra vida, con nuestro mal; aceptar el don total que Él nos hace a cada uno.

No podemos interpretar lo que hemos escuchado decir a Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm: «El que me come vivirá por mí». «El que me come»: el ensimismamiento de Cristo se hace comida y bebida para nosotros, pecadores, para nosotros, pobres hombres. La identificación de Cristo con el que aferra es el método con el que Él vence en la historia, con el que venció al gran perseguidor haciéndole el mayor misionero de la historia de la Iglesia: Saulo se hace Pablo. «El que me come vivirá por mí».

En la pregunta que dirigió Jesús a Saulo —«¿Por qué *me* persigues?». «Persigo a los tuyos»—, está contenido el método. La iniciativa de Cristo se identifica con aquel que Él elige y aferra. No nos salva uno al que nosotros elegimos, uno que nos imaginemos nosotros. La potencia redentora de Cristo, el perdón de Cristo, la inteligencia nueva de Cristo, la fuerza nueva de Cristo, en Pablo tiene el rostro de Ananías, que en un primer momento tuvo miedo de la misión que se le había encomendado.

Y para nosotros, ¿qué rostro tiene Cristo? La posible alternativa es esta: resistirse, como los sabios en Cafarnaúm: «Cómo puede este darnos a comer su carne?», o aceptar la sencillez, la radicalidad, la potencia vivificadora de este método: «Quien os acoge, a mí me acoge. Quien acoge al que yo envío entre vosotros, a mí me acoge. Quien escucha al que yo he escogido entre vosotros, a mí me escucha. Y quien no lo escucha, no me escucha».

Una presencia en la mirada es lo que cada uno de nosotros desea y suplica. Pero para que suceda debemos reconocer y acoger con sencillez la mirada de esa Presencia.

Sábado 25 de abril por la mañana

A la entrada y a la salida:

Franz Schubert, Sonata para arpa y piano, D 821

Mstislav Rostropovich, violoncello – Benjamin Britten, piano

“Spirto Gentil” n. 18, Decca

Don Pino. «Jesucristo nos precede siempre; cuando nosotros llegamos, Él ya nos esperaba»¹.

Ángelus

Laudes

■ PRIMERA MEDITACIÓN

Julián Carrón

El centro es solo uno, Jesucristo

«Sión decía: “Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado”. ¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré»².

Esta mirada se nos vuelve a dar cada mañana y nos permite mirar todo de forma diferente. ¡No sabemos lo que nos perdemos cuando no acogemos cada mañana este bien último —«Yo no te olvidaré»— como punto de partida para entrar en la realidad! Cuanto más nos damos cuenta, más comprendemos que «si hay algo que merece la pena / es habitar en tu casa», donde se nos vuelve a dar esta conciencia cada día; «todo lo demás es banal»³. Con esta mirada podemos afrontar todo.

1. «Una peculiar ofuscación del pensamiento»

a) Don Giussani no se cansó nunca de educarnos en que, al comienzo de cada uno de nuestros encuentros, identifiquemos el problema, la situación

¹ Francisco, Discurso al movimiento de Comunión y Liberación, 7 de marzo de 2015.

² Cfr. *Is* 49, 14-15.

³ C. Chieffo, «Errore di prospettiva», *Cancionero*, Comunión y Liberación 2007, p. 329.

en la que nos encontramos. Para poder caminar tenemos que caer en la cuenta del contexto en el que estamos llamados a vivir, de los retos que nos esperan, de las reducciones que nos inmovilizan, porque como no hay vida en abstracto, tampoco hay camino, ni vocación, ni testimonio fuera de la historia, al margen de nuestras circunstancias y condicionamientos, de nuestras debilidades y connivencias, de los peligros que corremos con mayor frecuencia.

Por tanto, la primera contribución que nos damos es el juicio, la toma de conciencia de los datos, de la realidad en la que el Misterio nos hace vivir. La primera y mayor dificultad en la que nos encasquillamos no es de carácter moral, sino cognitivo —como estamos viendo en la Escuela de comunidad, al comienzo del tercer capítulo de *Por qué la Iglesia*.

Un hecho que todos hemos visto, en el que todos hemos participado, es el gesto de Roma. Fue un día que nos ayudó a comprender el tipo de dificultad que caracteriza al contexto en el que vivimos y al que hemos denominado, a partir de la intervención sobre Europa, el «derrumbamiento de las evidencias». Efectivamente, ni siquiera un gesto tan imponente y público —tuvo lugar ante la presencia de todos y, al menos aparentemente, de forma inequívoca— ha conseguido frenar las interpretaciones, en muchos casos opuestas entre sí. ¿Por qué? En él se manifiesta la dificultad de la que hablamos con respecto a las evidencias. Roma es solamente un ejemplo extraordinario de lo que nos pasa en todo lo que vivimos.

«¿Qué es la evidencia?», se preguntaba don Giussani. «La evidencia es una presencia inexorable». Y añadía: «El darse cuenta de una presencia inexorable. Abrir los ojos a esta realidad que se me impone»⁴. La evidencia implica, por tanto, dos términos: por un lado, la presencia de la realidad, un hecho que se impone; por otro, que abramos los ojos ante ella, que nos demos cuenta de ella. En la evidencia están siempre dos factores en juego: la realidad y el yo de cada uno de nosotros.

Cuando hablamos del «derrumbamiento de las evidencias» no queremos decir que la realidad haya desaparecido (para todos ha sido patente que lo que sucedió en la plaza de San Pedro fue «real») o que la naturaleza humana se haya empequeñecido, que la ontología se haya alterado: lo que significa es que se ha debilitado en nosotros el reconocimiento de la realidad, nuestra capacidad de verla y acogerla en su significado, en su naturaleza, en su rostro auténtico. Está en cuestión el «darse cuenta» de lo que tenemos delante, de lo que somos. Por eso —y este es el problema— no bastan los hechos objetivos que ocurren delante de nosotros. Para reco-

⁴ L. Giussani, *El sentido religioso*, Ediciones Encuentro, Madrid 2008, p. 147.

nocer su objetividad hace falta otra cosa, es necesaria una apertura, una disposición del sujeto, una «genialidad», como dice Giussani: el sentido de las cosas que nos salen al encuentro, de la realidad que nos alcanza, guarda una relación proporcional con la evolución del sentido religioso, es decir, está en relación directa con el sentido del yo que tiene cada uno.

De esta manera, ante «Roma», ante la «vida religiosa» que es la Iglesia, tenemos que registrar, ante todo, «una dificultad de inteligencia, [que] es la fatiga que causa la falta de disposición del sujeto respecto al objeto que tiene que juzgar: una dificultad de comprensión causada por un estado anquilosado del sentido religioso». Una cosa así nos puede suceder respecto a la Iglesia, tal como existe hoy y, análogamente, respecto a la forma en que la Iglesia nos alcanza a través del movimiento. Es sintomático el hecho de que quien tiene hoy dificultad con la Iglesia la tenga también con el movimiento. «La ausencia de una educación del sentido religioso nos lleva muy fácilmente a sentir como lejanas de nosotros realidades que están, sin embargo, enraizadas en nuestra carne y nuestro espíritu»⁵.

Nuestra falta de inteligencia, nuestra dificultad de comprensión es hija simultáneamente de la influencia del contexto, del clima que respiramos y de la inadecuación del sentido religioso; tiene mucho que ver con nuestra complicidad, con nuestra falta de compromiso, con nuestra presuntuosa superficialidad.

b) Debido a una «peculiar ofuscación del pensamiento»⁶ se han derrumbado en nosotros y en torno a nosotros muchas evidencias y, entre ellas, se ha derrumbado hasta la *evidencia del yo*, y eso que nosotros no somos impermeables a las provocaciones que recibimos. El sentido del yo que tiene cada uno de nosotros es el criterio necesario para relacionarse con todo: desde entender a un hijo hasta percibir la profundidad de un poema o darse cuenta del alcance de lo que te dice cualquier amigo o tu mujer. Sin un yo no hay un tú, solo aridez en las relaciones. ¿Quién soy yo? ¿Qué es lo que de verdad deseo? Hoy, las respuestas a estas preguntas se han oscurecido. Cada uno siente dentro de sí un ímpetu, un anhelo, un deseo de ser, de realizarse, de afirmarse. Pero, ¿de qué está hecho este ímpetu, hacia dónde se dirige, qué es lo que le puede satisfacer plenamente? Nada es menos evidente que esto. Se sabe lo que los demás quieren de nosotros —cómo «hay» que ser, cómo «hay» que pensar—, pero se desconoce lo que uno es,

⁵ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid 2014, p. 25.

⁶ Benedicto XVI, *Luz del mundo. El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos. Una conversación con Peter Seewald*, Herder, Barcelona 2010, p. 39.

ya no nos es evidente. El contenido de la palabra «yo» es, a menudo, una convención social.

Así lo expresa Giorgio Gaber: «Busco un gesto, un gesto natural / para estar seguro de que este cuerpo es mío. / Busco un gesto, un gesto natural / entero como nuestro yo. // Y sin embargo no sé nada, estoy roto en pedazos, ya no sé quién soy / solo que continuamente yo mismo me condiciono / [me digo a mí mismo:] debes ser como un hombre, como un santo, como un dios / para mí existen siempre los “como” y yo no existo...»⁷. Pero aunque esté roto en pedazos, no puedo —¡no puedo!— quitarme de encima que quiero ser yo mismo, entero en cada gesto que vivo.

El hombre contemporáneo (o sea, cada uno de nosotros) parece que ha llegado a ser extranjero para sí mismo, nada le es menos evidente que la palabra «yo», que sus dimensiones esenciales; se mueve como si no tuviera una brújula dentro de él. Este es el drama. Todo lo demás son consecuencias. Y por eso decía Giussani hace algunos años: «No [hay] [...] ninguna otra evidencia real excepto la moda»⁸. La naturaleza del yo —exigencias y evidencias originales—, que debería ser la brújula para orientarse en la vida, se encuentra ensombrecida, ha sido sustituida por la moda. Si no nos damos cuenta de que la cuestión central es la brújula, la naturaleza del yo no volverá a ser capaz de reconocer la realidad; nada, ninguna cosa o acción que nos imaginemos podrá ofrecer una contribución real a la situación del hombre.

Lo que se ha entumecido es sobre todo la capacidad de percibir la evidencia en relación a uno mismo, o sea, el ejercicio de la razón, del sentido crítico. En consecuencia, aumenta la adaptación a los esquemas, las costumbres gregarias, y disminuye la autonomía de juicio, la toma de posición. Don Giussani afirma que no se trata de una debilidad ética, «sino de la energía de la conciencia»⁹, de la energía con la que miramos a nuestros hijos, a la mujer o al marido, con la que miráis las circunstancias, la realidad, los retos de la vida. El «derrumbamiento de las evidencias» no es una filosofía abstracta, sino una situación existencial en la que nos encontramos todos —como punto de partida—, y cuyas raíces se hunden en un largo itinerario (al que otras veces nos hemos referido y que se describe en el tercer capítulo de *Por qué la Iglesia*).

c) Hoy más que nunca podemos volver a conquistar la claridad que nos falta *solo* desde dentro de la experiencia. La situación no se resuelve «estu-

⁷ *Cerco un gesto, un gesto naturale*, letra y música de G. Gaber y A. Luporini, 1973.

⁸ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, BUR, Milán 2010, p. 182.

⁹ *Ibidem*, p. 181.

diando» antropología o moral: lo que somos, qué es lo que está a la altura de la vida y qué no, lo tenemos que aprender en la experiencia. No se trata de sustituir un discurso por otro, sino de mantenernos atentos a nuestra experiencia, de ayudarnos a mirar. ¿Qué brota de mi naturaleza en todo lo que vivo, cuando me observo en acción? El camino a la verdad es una experiencia. Si quieres hacer un camino que te conduzca a tener cada vez más claridad, debes vivir de tal modo —es decir, tan seriamente— que puedas conquistar desde dentro de tu propia experiencia la claridad que te falta. Porque la experiencia es la fuente de toda evidencia. «La experiencia [de hecho] es *el hacerse evidente de la realidad*»¹⁰.

Por tanto, es necesario volver a descubrir desde dentro de la experiencia que la vida —la mía, la tuya— está hecha de un deseo de felicidad que nada puede saciar ni aplacar, de una sed de significado pleno, exhaustivo, cuya ausencia provoca el extravío del hombre y la posibilidad de que se desencadene la violencia. Debemos descubrir en nosotros el deseo de «la tan hermosa / felicidad que tanto anda buscando / la natura mortal» —de la que habla Leopardi—, y que este deseo «de ser dichosos» atormenta a los hombres «desde el día en que el mundo se fundó»¹¹. No se pueden tomar por buenas, pasivamente, las afirmaciones que oímos o leemos, no podemos dejarnos zarandear por las tesis de otros. No podemos dar por descontado el deseo de felicidad porque Leopardi hable de él. No es el poeta quien nos tiene que decir que el hombre se ve atormentado por el deseo de felicidad y por el deseo de verdad: ¡lo grita nuestra vida! Y entonces, al leer a Leopardi (o a otros) podemos encontrarnos en él, sentir que nos expresa a nosotros mismos mucho mejor de lo que nosotros podríamos hacerlo. En el mismo sentido, no estamos hoy aquí, ahora, con una posición tomada de antemano para decir que el hombre es una ineludible exigencia de significado: lo manifiesta dramáticamente la vida insoportable e insufrible de tantos jóvenes de hoy, su profundo malestar. Porque «de la nada no se vive. Nadie puede mantenerse en pie, tener una relación constructiva con la realidad, sin algo por lo que valga la pena vivir, sin una hipótesis de significado»¹².

d) ¿Qué es lo que nos ayuda a salir de esta peculiar ofuscación de la que hablaba Benedicto XVI, de este oscurecimiento? ¿Cuáles son los aliados, los que nos ayudan a descubrir quiénes somos, a tomar conciencia de nosotros

¹⁰ Cfr. L. Giussani, *In cammino (1992-1998)*, BUR, Milán 2014, p. 315.

¹¹ G. Leopardi, *Poesía y prosa*, «Al Conde Carlo Pepoli», vv. 23-24; 28-29, Ediciones Alfaguara, Madrid 1979, p. 141.

¹² J. Carrón, «Tras París, Copenhague: El desafío del verdadero diálogo», ABC, 18 de febrero de 2015.

mismos? ¿Cómo puede brotar y hacerse fuerte el reconocimiento de lo que somos? La conciencia de nuestra humanidad debe ser, como dice Giussani, «constantemente estimulada y ordenada»¹³, es decir, «educada», para que surja y se pueda mantener viva. ¿Qué es lo que educa el sentido religioso?

La gran «aliada» —dicho con una palabra sintética de la que tendremos que descubrir toda su riqueza— es la realidad («El reclamo tampoco proviene directamente de Dios [...]. El reclamo que pone en movimiento el sentido religioso del espíritu humano proviene de Dios a través de la realidad creada»)¹⁴.

«Realidad» quiere decir todo lo que existe, todo lo que sucede, las provocaciones que recibimos, las circunstancias que atravesamos, los golpes de la vida, tanto los deseados como los no deseados (pensemos en los trágicos sucesos de estos días y en los que golpean la vida de cada uno): cuántas veces nos hemos dado cuenta de que precisamente los golpes que no habríamos querido han abierto de par en par una incomparable conciencia de nosotros mismos que no habría sido posible sin ellos, han introducido a nuestro yo en un descubrimiento profundo de sí, desconocido hasta entonces. Comprendemos bien qué razón tiene Giussani cuando dice que «la única condición para ser siempre y verdaderamente religiosos es vivir intensamente lo real. La fórmula del itinerario que conduce hacia el significado de la realidad es vivir lo real sin cerrazón, es decir, sin renegar de nada ni olvidar nada. Pues, en efecto, no es humano, o sea, no es razonable, considerar la experiencia limitándose a su superficie, a la cresta de la ola, sin descender a lo profundo de su movimiento»¹⁵.

Me escribe una amiga: «Después de las intervenciones de ayer por la noche en la cena de los Bancos de solidaridad intuí algo más por qué en estos últimos meses estoy viviendo la caritativa con más alegría; antes no entendía por qué, dadas las circunstancias. En noviembre, diagnosticaron una leucemia a la hija de un amigo. Hace más de diez años que llevamos juntos la caja a tres familias de nuestra zona. Al principio, más allá del dolor por esta noticia, lo primero que pensé fue que, sin su ayuda, iba a ser muy duro. Hacer esta caritativa se había convertido en algo rutinario y, aparentemente, me iba bien que las cosas estuviesen así. Pasada la fase inicial de preocupación, me pregunté seriamente qué quiere decir para mí hacer caritativa, qué me pide la realidad en este momento y qué quiere decir compartir mi necesidad con la de las familias con las que me encuentro

¹³ Cfr. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Ediciones Encuentro, Madrid 2011, p. 102.

¹⁴ L. Giussani, *El sentido de Dios y el hombre moderno*, Ediciones Encuentro, Madrid 2005, p. 26.

¹⁵ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 156.

cada mes, con mis alumnos, mi familia, mis amigos. Paradójicamente, la realidad se ha hecho más interesante, sí, más interesante. Observar cómo mi amigo y su esposa miran a su hija me lleva a pensar que existe una mirada buena que está antes y que es lo que deseo también para mí. Salgo de casa contenta, no porque las cosas vayan bien o vayan como yo las imagino, sino porque yo soy más yo, mi humanidad ha crecido, tengo curiosidad por ver cómo Dios me sorprende y tengo la certeza de que ha sido Él quien me ha dado la posibilidad de conocer a esas familias, precisamente esas, y de vivir este gesto con esos amigos, precisamente esos, que son para mí el rostro bueno de Jesús».

Lo hermoso del camino que hacemos es que todo forma parte de la aventura de descubrir de nuevo quiénes somos, que nuestro yo vuelve constantemente a despertarse. Como vemos, lo que me hace caer en la cuenta de quién soy realmente es la experiencia, no la imagen que tengo de mí, no la reducción de lo que soy. ¡Qué error descomunal solemos cometer! ¡Identificar lo que somos con lo que pensamos ser, como si fuese tu pensamiento el que te dice quién eres y no la experiencia! Por eso, el descubrimiento de la realidad y de mi yo acontece en la experiencia de la vida.

En nuestros mismos intentos por arreglar las cosas y por acallar nuestras preguntas, resuena inexorablemente el «abismo de la vida»¹⁶ del que habla Miguel Mañara, la profundidad ilimitada de nuestro yo. Nuestros intentos se muestran insuficientes, frustrados, incluso cuando tienen éxito y todo va sobre ruedas —no solamente cuando se presenta una enfermedad o sucede un desastre, sino también cuando todo sale bien a la primera. Porque, como decía Leopardi, «mas en lo hondo / del pecho, grave, firme, inamovible / cual columna diamantina, se encuentra / tedio inmortal, contra el que nada puede / vigor de juventud»¹⁷. Podemos hacer de todo, pero un aburrimiento invencible, grave, firme, inamovible como una columna de acero se instala en el corazón y contra él nada puede, ni siquiera nuestra juventud. «Ahora solo me queda la hierba amarga del aburrimiento»¹⁸, decía Miguel Mañara, después de todas sus aventuras.

Si, por una parte, nos encontramos hoy con que tenemos que hacer un inmenso esfuerzo para recuperar las evidencias perdidas (nos encontramos en la situación existencial descrita en el ejemplo que cita Giussani en *Por qué la Iglesia*, cuando habla de los alpinistas que llegan cansados a la base

¹⁶ O.V. Milosz, *Miguel Mañara*, Ediciones Encuentro, Madrid 2009, p. 28.

¹⁷ G. Leopardi, *Poesía y prosa*, «Al Conde Carlo Pepoli», vv. 70-73, Ediciones Alfaguara, Madrid 1979, pp. 144-145.

¹⁸ O.V. Milosz, *Miguel Mañara*, Ediciones Encuentro, Madrid 2009, p. 27.

de la pared rocosa que se proponen escalar y tienen que recuperar la posición adecuada antes de empezar la escalada), por otra, precisamente en la experiencia del aburrimiento y de la desilusión, la tristeza o el fastidio de la vida, empieza a percibirse, como a contraluz, la sed que tiene el yo, la realidad del corazón, nuestra urdimbre última. De hecho, en la misma desilusión, en el aburrimiento, se anuncia algo; aunque todo vaya cuesta abajo, hay algo que permanece. A través de la desilusión y del aburrimiento, de la percepción de inconsistencia y de precariedad, se abre paso la evidencia de mí yo como deseo de felicidad. Impresiona ver algunos ejemplos de esto.

Me ha impactado una canción de Vasco Rossi, *Dannate Nuvole*, en la que el cantautor narra la experiencia que hace de sí mismo y de la vida: «Cuando camino por estas / malditas nubes / veo las cosas que se escapan / de mi mente. / Nada dura, nada dura. / Y lo sabes. / Pero / no te acostumbras nunca [¿por qué? ¿qué impide tercamente en nosotros que nos acostumbremos?] // Cuando camino en este / valle de lágrimas / veo que todo debe / abandonarse. / Nada dura, nada dura. / Y lo sabes. / Pero / no te acostumbras nunca. // ¿Quién sabe por qué? (3v) [este “¿quién sabe por qué?, nace en las mismas entrañas de la experiencia que hacemos] // Cuando siento que me dicen la “verdad” / me siento confundido. / No estoy seguro / cuando pienso / que no existe nada, / solo el humo, / nada verdadero. / Nada es verdadero, nada es verdadero. / Y quizás lo sabes [pero si nada es verdadero...], / pero / tú continuarás [¿cómo es posible?]. // ¿Quién sabe por qué? (3v) // Cuando pienso / que no existe nada, / solo el humo, / nada verdadero. / Nada dura, nada dura. / Y lo sabes, / pero / tú no te rendirás. // ¿Quién sabe por qué? (9v) // Cuando pienso / que no existe nada»¹⁹. ¿Qué descubre un hombre en su experiencia a pesar de hablar tan negativamente de la vida? ¿Qué es lo que resiste, a pesar de su filosofía, su nihilismo («nada es verdad», «nada dura»)? Pero no te rendirás nunca, «¿quién sabe por qué?». Todo puede ir mal, puedo pensar en cualquier cosa, dejarme llevar por lo que dicen todos, incluso dejarme arrastrar por mi nihilismo, pero dentro de mí existe algo que desafía al nihilismo: no me rindo. «Tú no te rendirás // ¿Quién sabe por qué?».

Y ni siquiera cuando uno intenta evitar tomar conciencia, puede negar la evidencia de lo que somos. Lo describe bien Guccini en *Canzone per Piero*: «Digo siempre que no quiero comprender, pero es como un vicio sutil, y cuanto más pienso / más vuelvo a encontrar este vacío inmenso, y como remedio solo dormir. // Cada día vuelvo a despertarme y sigo incrédulo, no quisiera levantarme, / pero sigo viviendo y estoy allí esperándome...».

¹⁹ *Dannate Nuvole* (Malditas Nubes), letra y música de V. Rossi, 2014.

¿Esperando qué? «Mis preguntas, mi nada, mi mal...»²⁰. Cuanto más profundizamos, más nos encontramos con la sorpresa de lo que no habíamos reconocido al principio: ¡el dato! Incluso con toda nuestra confusión, algo resiste como dato. Me lo encuentro allí, delante de mí. Y de esta forma se nos van presentando, a lo largo de un largo y azaroso recorrido, las evidencias que caracterizan nuestro yo.

Podemos hacer de todo para no pensar, pero el dolor explota en el pecho, como canta Amy Winehouse en *Wake Up Alone*: «Todo va bien durante el día, estoy atareada. / Bastante ocupada para no tener que pensar dónde estará él. / Estoy muy cansada de llorar. / Cuando me repongo cambio completamente de humor. // Me animo, limpio la casa, al menos no bebo. / Voy de un lado a otro y de esta forma no tengo que pensar en pensar. / El mudo sentido de satisfacción que cada uno experimenta / desaparece apenas se oculta el sol. // Ese rostro me atenaza de miedo las entrañas, / me llena de terror [...]. / Y me levanto sola. // Si yo fuese mi corazón preferiría estar sin paz. / [...] / Este dolor en mi pecho, ahora que mi día ha terminado / me llena de terror»²¹.

A la realidad, al estímulo que pone en movimiento nuestra humanidad y la conciencia de nosotros mismos, al cúmulo de acontecimientos, solicitudes y provocaciones que llamamos «realidad» pertenece, original y esencialmente, la trama de encuentros que caracterizan nuestra vida y permiten su desarrollo. Como dice Giussani, «*el hombre se desarrolla en virtud de una relación, por el contacto con el otro*; el otro es originalmente necesario para que el hombre exista, y también para que llegue a ser él mismo, para que sea cada vez más él mismo»²².

Si observamos cómo el yo se recupera y se afirma en nosotros, si observamos el conocimiento que tenemos de nosotros mismos, nos vemos obligados a decir: nuestro yo emerge en la medida de la provocación que le alcanza y que él acepta. El yo, el sentido religioso, nuestra humanidad, se activa a partir de la provocación que recibe de la realidad, y principalmente del elemento que en ella se revela indispensable para el desarrollo de uno mismo y de todas sus estructuras, es decir, el otro, los otros, las relaciones fundamentales, el contexto humano, los encuentros que marcan y acompañan su crecimiento y su existir en el mundo. En este nivel de profundidad es donde se sitúa la educación, su necesidad, su influencia decisiva.

²⁰ *Canzone per Piero* (Canción para Piero), letra y música de F. Guccini, 1974.

²¹ *Wake Up Alone* (Me despierto sola), letra y música de A. Winehouse y P. O'Duffy, 2006.

²² L. Giussani, *Educar es un riesgo*, Santa Maria della Passione (Milán), 20 de junio de 1985. DVD distribuido con la revista *Huellas* de junio de 2006.

Como subraya Giussani: «La experiencia humana original», o sea, el sentido religioso, el conjunto de evidencias y exigencias que me hacen ser hombre, «no se activa más que a partir de una provocación. No emerge si no se pone en acción». Y prosigue: «Nuestra conciencia original no se activa más que cuando es provocada, solicitada [...]. Si la mentalidad mundana provoca en mí un aprecio, yo afrontaré el problema de mi padre, de mi madre, de la mujer, del hombre, de los hijos, de todo, mediante esa mentalidad mundana que me ha provocado. Por el contrario, si me encuentro con Cristo, con Su presencia, entonces yo voy al encuentro de todo con mi experiencia humana provocada, sostenida, animada por la promesa y la esperanza que proceden de este encuentro. Nuestra experiencia original acude al encuentro de todas las cosas por una promesa, por la promesa que ha recibido. Eso que llamamos «provocación» es lo que la llama a salir a la luz, lo que la despierta»²³.

Los encuentros que tenemos representan la forma de una provocación que «despierta», que hace que nuestra existencia entre en acción, que activa la experiencia original que existe dentro de nosotros. Esta es la razón por la cual don Giussani nos ha hablado siempre de la ley válida para cualquier hombre de cualquier tiempo y de cualquier cultura: «El yo renace en un encuentro»²⁴. Un hombre vive de forma más cabal el itinerario del descubrimiento de sí mismo, la conciencia de quién es y de qué es lo que le realiza, cuanto más le alcanza una provocación adecuada y la acepta.

¿Qué es lo que «vuelve a proponer con seriedad la vida a nuestro corazón, delante de nuestros ojos?». ¿Qué es lo que nos permite volver a ser dueños de nosotros mismos, de alcanzar claridad sobre nuestro destino y sobre el camino que nos lleva a él? Como dice don Giussani: «Solo un acontecimiento, solo el encuentro con Cristo»²⁵. La reconquista de la evidencia del yo, de la claridad respecto a uno mismo, de la profundidad del deseo; el rescate de la capacidad de captar lo que es evidente, todo ello es posible, en última instancia, solo gracias a un acontecimiento, a un encuentro.

Si hemos logrado o podemos lograr una conciencia más completa de nuestro corazón, del conjunto de exigencias y evidencias que lo constituyen, se debe a la «provocación» del encuentro con Cristo, con su presencia real en la historia (no una idea, sino un acontecimiento ahora, un encuentro

²³ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, Ediciones Encuentro, Madrid 2013, pp. 179-180.

²⁴ Cfr. L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 182.

²⁵ Cfr. L. Giussani, *In cammino (1992-1998)*, op. cit., p. 142.

vivo). Cuanto más conscientes somos, más comprendemos que, en la época del «derrumbamiento de las evidencias», el problema radical es que exista, que se comunique la provocación adecuada que pueda favorecer la recuperación real de la percepción de nosotros mismos. Algunos encuentros, por la provocación que suponen, son los que ponen en acción, completamente, la conciencia original de nosotros mismos, los que consiguen hacer que surja nuestro «yo» de las cenizas de nuestro olvido, de nuestras reducciones. En un primer momento, los acontecimientos de París y, en estos recientísimos meses, el estallido de la violencia y las persecuciones, nos muestran la urgencia del testimonio, la urgencia de presencias que provoquen el resurgir de lo humano. El testimonio de los cristianos que viven en su propia piel la devastación de la violencia es un ejemplo que nos llena de gratitud.

Uno de vosotros dice: «Este año ha sido difícil para mí; me he dado cuenta de que, al final, he vivido sin implicarme. [...] La audiencia en Roma, la asamblea de los Bancos de solidaridad y la Escuela de comunidad han puesto delante de mis ojos personas alegres e implicadas con su vida y me ha dado mucha envidia, hasta el punto de que me he visto obligada a decir: ¡también yo quiero mirar así! ¡También yo deseo ese abrazo! Esos gestos me han ayudado a tomar en serio mi necesidad y a no dejar de buscar en todos los momentos del día a quien puede responder a esta necesidad. ¡Jesús me ha vuelto a conquistar! Es sobrecogedor darse cuenta de que idénticos gestos, idénticas situaciones pueden ser distintas cuando uno tiene el deseo despierto. Cuando eres consciente de tu necesidad... la realidad provoca, pero si yo no estoy, ¡puede pasar lo que sea, que no me entero! No es que Jesús no estuviese antes, sino que yo no lo veía porque ni siquiera lo buscaba. He vuelto a llevar la caja de alimentos, porque el problema no estriba en buscar tiempo para realizar este gesto (una cosa más que tengo que encajar en el día), sino en dejarse ayudar por el gesto para tener siempre presente mi necesidad. Con este deseo de que Él me abrace en cada momento, he pedido a mi marido que recemos juntos el Ángelus, de modo que toda la jornada la vivamos “en la certeza de que Él vendrá a cada uno de la forma que Él quiera”, tal como me escribió un amigo».

Otro escribe: «En estos últimos días no conseguía entender por qué mis amigos daban tanta importancia al encuentro con el Papa en Roma. Al mismo tiempo, gestos como el *DonaCibo* [*DonaAlimentos*] y la asamblea de los Bancos de solidaridad pasaban a un segundo plano. Siendo todas cosas valiosas, yo seguía pensando que mi satisfacción residía en otra cosa. El lunes de Pascua estaba dando un paseo por la zona de juegos del parque que está cerca de casa y me encontré a dos amigos que estaban con sus cuatro hijos, uno de los cuales, que no ha cumplido todavía los tres años, tiene

leucemia; después de dos años de tratamiento, la situación ha cambiado dramáticamente y ahora no hay esperanzas de curación. Cuando los vi desde lejos quise cambiar de dirección de inmediato para evitar encontrarme con ellos; incluso pensé que no yendo a su encuentro los habría dejado tranquilos, pero era yo el que quería estar tranquilo, el que no quería estar delante de ellos. Sin embargo, fui hacia ellos y me impresionó su milagrosa serenidad. Mientras el niño y sus hermanos se divertían en el tobogán, su madre me dijo: “¡Qué hermoso día!”. En los días posteriores resonaba en mi cabeza esta frase. ¿Quién puede hacer que una madre que sabe que su hijo va a morir diga: “¡Qué hermoso día!”? Lo que se podía esperar es que renegase de todo. Por el contrario, mis dos amigos eran más felices que yo. El encuentro con ellos es como si me hubiese abierto los ojos para mirar el verdadero valor del encuentro con el Papa: yo estuve allí con muchos otros para encontrar a Quien ha conseguido que aquella madre pudiese decir: “¡Qué hermoso día!”. Yo solo tengo que ser leal».

Como siempre nos hemos recordado, es un acontecimiento y no una idea lo que hace que volvamos a tomar conciencia de nuestra humanidad: «Cuando encontré a Cristo me descubrí hombre»²⁶.

2. «Una mano que nos lo ofrece ahora»

Parecería que todo está en su sitio después del encuentro. Lo hemos encontrado... Todos sabemos por experiencia que no es así. La dificultad para comprender, la incapacidad para captar las evidencias no desaparecen después del encuentro. Lo hemos visto en el tercer capítulo de *Por qué la Iglesia*; en él, don Giussani nos ayuda desde el primer momento a darnos cuenta de nuestra dificultad para «captar el significado de palabras directamente vinculadas a la experiencia cristiana»²⁷. También a este nivel se da un derrumbamiento de las evidencias, se nos hace difícil comprender lo que nos ha sucedido y nos ha cautivado de forma persuasiva, imponente y única. El encuentro con Cristo ha sido para cada uno de nosotros la evidencia más potente de la vida. Ninguna otra se puede comparar con ella. Sin embargo, frecuentemente nos alejamos de Cristo, incluso sin darnos cuenta. Y sorprendemos en nosotros —durante el encuentro y después— una ofuscación, una tendencia a decaer, a perdersnos, a confundir y a confundirnos.

²⁶ Mario Victorino, *In epist. Ad Ephesios*, libro II, cap. 4, v. 14, en *Marii Victorini Opera exegetica*, ed. F. Gori, Vindobone 1986, II, p. 16.

²⁷ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 52.

Constatamos que nos desorientamos y nos extraviamos con facilidad hasta el punto de que, a causa de una especie de debilidad y una cierta obcecación, no conseguimos ver lo que es evidente. Y lo más sorprendente es que esto también puede suceder —y sucede— en lo que concierne a la Iglesia y al movimiento.

Por lo tanto, también aquí se plantea de nuevo, se manifiesta el vínculo que existe entre el hecho y su reconocimiento, entre la presencia inexorable y el tomar conciencia de ella (de su significado, de su alcance), entre la verdad y la libertad.

La experiencia de la audiencia con el Papa ha tenido el valor pedagógico de un gesto en el que cada uno ha podido sorprenderse en acción, verificando si su posición era de sintonía original, la cual permite entender (a la que se refiere *Por qué la Iglesia*), o bien, de cerrazón y bloqueo, que dificultan una adecuada comprensión. Todos han podido ver lo que ocurrió en la plaza. Todavía no había terminado el encuentro cuando ya empezaban a darse las diferentes reacciones e interpretaciones del acto y de las palabras del Papa. En aquel preciso momento, cada uno pudo percibir si la experiencia vivida era tan clara y consistente que le permitía no sucumbir ante las distintas interpretaciones, tanto las de dentro como las de fuera. Ni siquiera un acontecimiento de estas dimensiones, la participación en un gesto tan imponente e integralmente humano, ha ahorrado a nadie —ni ahorrará nunca— el esfuerzo de hacer las cuentas con la experiencia que vive y, a partir de ella, juzgar cuál de esas interpretaciones daba razón adecuada del hecho.

La experiencia vivida en Roma muestra que la participación en el gesto no da por finalizada la cuestión ni lo que ocurre. Como para el ciego de nacimiento: la curación no fue el fin sino el punto de partida, el comienzo de una lucha para reconocer la verdad, la realidad de lo que le había sucedido. Quien se fue de la plaza esperando que resolviese la cuestión un juicio autorizado «del movimiento», que otro clarificase las cosas en su lugar, ha podido verificar hasta qué punto las cosas no son así (aunque, en este caso, no ha faltado un juicio autorizado una vez finalizado el gesto, a través de una nota de prensa, pero esto no es suficiente).

En este punto se hace evidente el nexo entre el primer y el segundo punto del itinerario que estamos realizando: de igual forma que una conciencia cabal respecto a nuestro yo es posible solamente gracias a un acontecimiento, a un encuentro, también para darnos cuenta de que después del encuentro nos perdemos, equivocamos el camino, necesitamos que vuelva a suceder el encuentro, es decir, el acontecimiento inicial, porque nuestra necesidad es muy honda y nuestra «debilidad mortal», como dice la litur-

gia, es inmensa. Y no nos damos cuenta de esto si estamos solos. Necesitamos de otro, de una presencia integralmente humana.

¿Cómo podemos reconocer esta presencia? Por el hecho de que nos desplaza de nuestras reducciones y distracciones para devolvernos de nuevo al centro, Cristo. ¿Y cómo nos devuelve al centro, cómo nos lleva a Cristo? Sucediendo. Sencillamente, sucediendo. El cristianismo es siempre un acontecimiento. Si no vuelve a suceder constantemente, nos salimos de la carretera en la primera curva. Por eso es una ingenuidad descomunal pensar que ya lo sabemos todo, como si el «saber ya» pudiese evitar el desplazamiento, como si pudiese impedir que nos saliéramos del camino. Es un consuelo ver que lo mismo les pasaba a los apóstoles con Jesús: ellos, que fueron los primeros que se encontraron con el hecho excepcional de Cristo vivo, se apartaban una y otra vez, igual que nosotros.

a) El alejamiento de los discípulos

Muchos episodios del Evangelio reflejan cómo los discípulos se desplazaban de Jesús, y Él los devolvía al centro una y otra vez.

Estos años hemos mencionado repetidas veces cómo fue el regreso de los apóstoles después de haber sido enviados por Jesús a predicar, a anunciar el Reino. Llegan «agitados», pero ya «apartados», tendiendo a otro asunto, y Jesús tiene que volver a orientarlos al centro: «No estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están escritos en el cielo»²⁸, es decir, porque habéis sido elegidos.

Y también: «Juan le dijo: “Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no viene con nosotros”». Como veis, también ellos tenían un problema de autorreferencialidad... «Jesús respondió: “No se lo impidáis, porque quien hace un milagro en mi nombre no puede luego hablar mal de mí: el que no está contra nosotros está a nuestro favor»²⁹.

Los episodios no acaban: «Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo» y le dijo: «Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino». Los discípulos no eran muy diferentes a nosotros, y por eso: «Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra los dos hermanos». Y Jesús les corrige: «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor»³⁰.

²⁸ Lc 10, 20.

²⁹ Mc 9, 38-40.

³⁰ Mt 20, 20-21, 24-26.

A veces, la ofuscación de los que seguían a Jesús llegaba a un punto tal que «cuando se completaron los días en que iba ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de caminar hacia Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él. Puestos en camino, entraron en una aldea de samaritanos para hacer los preparativos. Pero no lo recibieron, porque su aspecto era el de uno que caminaba hacia Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan dijeron: “Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y acabe con ellos?”. Él se volvió y les regañó»³¹. Hasta el último momento siguieron apartándose de él.

Podríamos pasar la mañana entera contando episodios de este tipo relatados en el Evangelio. Hasta la última escena: un instante después de haber confesado a Jesús que lo amaba («¿Me amas?». «Sí») y escuchar que le decía: «Sígueme», «Pedro, volviéndose, vio que les seguía el discípulo al que el Señor amaba» y dijo al Maestro: «“Señor, y este, ¿qué?”. Jesús le contesta: “Si quiero que se quede [...], ¿a ti qué?»³².

Sin darse cuenta, de forma imperceptible, los apóstoles se desplazaban del centro, se desviaban hacia otro asunto, ponían su consistencia en otras cosas. ¡Qué consuelo ver que somos como ellos y que Jesús no se sorprende de su extravío, sino que les vuelve a colocar en el centro una y otra vez! «Aunque tu padre y tu madre te abandonen, yo nunca te abandonaré».

b) Nuestro alejamiento

A nosotros nos pasa como a los discípulos (el problema, cuidado, no es que nos alejemos, sino que negamos habernos alejado; esto también sucede). Por eso, como los discípulos, también nosotros necesitamos encontrarnos con una presencia presente, que nos desplace de nosotros mismos y nos devuelva al centro, que es Cristo. Es lo que Giussani hizo con nosotros. Si recorremos nuestra historia como hemos hecho con la de los discípulos nos daremos cuenta de que estamos delante de los mismos hechos, el mismo alejamiento y también ante la presencia de un hombre que constantemente nos devuelve al centro.

Las llamadas de atención que hemos vivido en nuestra historia son ejemplos que pueden ayudarnos a verificar en qué medida las tentaciones que constató don Giussani son las mismas que vemos hoy, siguen teniendo que ver con nosotros hoy. Retomemos algunos momentos en los que don Giussani nos devolvió al centro.

En los primeros Ejercicios de la Fraternidad, en 1982, inmediatamente después del reconocimiento pontificio, don Giussani empieza su intervención

³¹ Lc 9, 51-55.

³² Jn 21, 17, 19-22.

descolocando a todos. La gente había llegado «agitada» —podríamos decirlo así— porque la Iglesia había reconocido, por fin, el movimiento. Pero don Giussani confiesa: «Me siento un tanto cohibido y casi apurado al empezar, porque me vienen a la cabeza, insistentemente, los nombres de mis primeros alumnos»³³. Para explicar el motivo de su apuro, cita una frase de san Juan Pablo II: «No habrá fidelidad [...] si no existe en el corazón del hombre una pregunta, para la cual solo Dios tiene respuesta, mejor dicho, para la cual solo Dios es la respuesta»³⁴. Y continúa: «Desde aquellos pupitres de clase donde nos conocimos hasta la compañía de hoy [...] es la seriedad de esta pregunta humana la que me sorprende por toda su exigencia, por toda su fuerza, y por toda la precariedad que, sin embargo, tiene en la vida del hombre». Y continuó: «Lo que me hace temblar esta mañana es realmente la sorpresa de que es posible que exista una gran lejanía con respecto a uno mismo, porque mi persona es aquello que debe llegar a ser: el hombre es un proyecto, su definición viene del cumplimiento de este proyecto. El pensamiento de esta mañana hace que me sorprenda: ¡normalmente estoy lejano de lo que sin embargo retomo insistente e intencionalmente, que vuelvo a meditar y propongo a otros meditar!». Después pasó a juzgar la vida de muchos en la Fraternidad: «Os habéis hecho adultos: mientras que demostráis vuestra capacidad en vuestra profesión, existe —puede que exista— una lejanía con respecto a Cristo [...], nuestro corazón está como incomunicado o, mejor, Cristo permanece como aislado del corazón, salvo en los momentos de ciertas obras (un rato de oración o de compromiso, cuando se celebra un encuentro comunitario o hay que llevar una Escuela de comunidad, etc.)». Pero como consecuencia de esto, existe una última lejanía, «que se revela como un obstáculo insalvable entre nosotros —incluso entre marido y mujer—, como un mutuo obstáculo último», que «hace que uno sienta el fondo último de su corazón lejano del fondo del corazón del otro, excepto en las cosas que hacen juntos (hay que sacar adelante la casa, atender a los hijos, ir de vacaciones, etc.)»³⁵.

Quince años antes, el 19 de noviembre de 1967, dos días después de la ocupación de la Universidad Católica, durante el retiro de Adviento de los *Memores Domini*, don Giussani juzga la reacción que tuvieron los universitarios del movimiento en aquellas circunstancias: «Y por eso también la inteligencia de la situación y de las cosas que hay que hacer —que es una

³³ L. Giussani, «La familiaridad con Cristo», Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rimini, 8 de mayo de 1982; en Página Uno, *Huellas* n. 2 / 2007.

³⁴ San Juan Pablo II, *Homilía*, Viaje a la República de Santo Domingo, México y Bahamas, 26 de enero de 1979.

³⁵ L. Giussani, «La familiaridad con Cristo», Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rimini, 8 de mayo de 1982..., op. cit.

inteligencia distinta, más aguda, porque es la inteligencia dictada por el punto de vista de Dios— nos ha faltado tan fácilmente, porque [a Dios] no le esperamos día y noche». En efecto, «si le hubiéramos esperado día y noche, la actitud de los nuestros en la convivencia en la Universidad Católica habría sido distinta; ha sido muy generosa, ¿pero cuán verdadera?». Y, refiriéndose a quienes participaron en la ocupación, dice: «La verdad de un gesto no nace de la sagacidad política»; en caso contrario, «nuestro planteamiento se confunde con el de los demás y se convierte en un instrumento del planteamiento de otros. Podemos hacer nuestras cosas y asumir como paradigma, sin que nos demos cuenta, el de todos, el paradigma que ofrecen todos los demás. Nuestro planteamiento y nuestras acciones se distinguen por esperarle a Él día y noche»³⁶.

La ocupación de la Universidad Católica se convierte para don Giussani en una excelente ocasión para aprender algo decisivo: «Verdaderamente estamos en condiciones de ser la vanguardia, los primeros de ese cambio profundo, de esa revolución profunda que no consistirá jamás —digo: jamás— en lo que pretendamos que suceda exteriormente, como realidad social»; en efecto, «no se dará jamás en la cultura o en la vida de la sociedad, si no está antes [...] en nosotros. [...] Si no empieza entre nosotros este sacrificio de nosotros mismos... No es un óbolo lo que hay que dar, sino [...] una revolución de sí, en el concebirse a uno mismo [...] sin perjuicios, sin poner a salvo algo antes»³⁷.

En 1973, cinco días después del Congreso del Palalido de Milán, don Giussani expresa su desacuerdo por lo sucedido, después de conocer que los aplausos más convencidos se habían dirigido a mociones políticas que oscurecían lo que debería haber sido un gesto público de testimonio de fe: «Lo que hemos privilegiado nosotros no es Cristo, no es el hecho nuevo: muchachos, no creemos todavía. La ideología nos invade hasta tal punto, que aquello que no podría ser más que secundario respecto a la comunión —porque tú puedes tener una opinión diferente de la mía, esto es natural— se convierte en lo que prevalece operativamente en el juicio que se da y en la acción que se sigue de ese juicio», hasta el punto de que «la comunión ya no tiene espesor»³⁸.

¿Qué prevalecía en Giussani cuando nos corregía de esta forma? El acontecimiento de Cristo, la pasión por Cristo, por su presencia, por su

³⁶ Retiro de Adviento de los *Memoires Domini*, Milán, 19 de noviembre de 1967. (Cfr. A. Savorana, *Vita di don Giussani*, BUR, Milán 2014, p. 391).

³⁷ *Ibidem*, p. 392.

³⁸ Cuarta escuela de comunidad, Milán, 20 de mayo de 1973. (Cfr. A. Savorana, *Vita di don Giussani*, BUR, Milán 2014, p. 468).

memoria. ¡No se había separado de Cristo! Por eso podía reconocer que «nuestro corazón está como incomunicado, o mejor, Cristo permanece como aislado del corazón»³⁹.

c) El formalismo y el estancamiento de la novedad

El síntoma —que es también un riesgo permanente— de que nos alejamos del motivo por el que empezó todo es el formalismo. Desde los primeros años de vida del movimiento, don Giussani es hipersensible a un peligro siempre al acecho: la pérdida de la frescura de la experiencia original, el desviar la atención del motivo por el que nació todo y que fue la causa de la adhesión de las personas, de su implicación. Lo que les atrajo no fueron las normas ni los ritos asociativos, no fue una organización: entró en su vida un acontecimiento vivo. Giussani siempre percibió como una amenaza mortal el riesgo del formalismo.

Ya en 1962, cuando había una expresividad muy rica cargada de iniciativas, congresos públicos, publicaciones, etc. y GS se afirmaba cada vez más en Milán y en otras partes de Italia, Giussani, dirigiéndose a un grupo de los entonces responsables, les decía: «Se ha fosilizado la experiencia original que nos hizo entrar, se ha cristalizado». Y subraya: «Se puede llegar a ser muy fiel en el uso de un método como fórmula, y repetirlo, aceptarlo, sin que ese método llegue a inspirar un desarrollo. El método que no desarrolla una vida es un método sepulcral, petrificado». Este es el motivo por el que «los cargos responsables piensan en su responsabilidad como “extrínseca” y no como “método de vida” para ellos mismos, ante todo. Así se convierte en desgaste y peso»⁴⁰.

¿Qué efecto tiene «usar el método como fórmula»? «El estancamiento de la novedad», es decir, la rigidez de la vida. Para Giussani, «la capacidad de cambiar coincide con una libertad de espíritu» y, al mismo tiempo, constata que «somos áridos a la hora de encontrar una correspondencia siempre nueva, ya que las cosas no están quietas un instante». Él nos reclama al hecho de que «la novedad se enriquece por los que vienen por primera vez, los que no tienen nuestras ideas», precisamente su presencia «nos obliga a meditar de nuevo lo que nosotros ya vivimos y plantear las cosas fijándonos en ellos. En cambio, [...] lo planteamos todo como si todos estuvieran ya con nosotros (es decir, con nuestras ideas), olvidándonos de ellos». Por el contrario, «nuestro método necesita hombres auténticos,

³⁹ L. Giussani, «La familiaridad con Cristo», *Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación*, Rimini, 8 de mayo de 1982..., op. cit.

⁴⁰ Cfr. A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., p. 254.

comprometidos con nuestra humanidad, y este es nuestro defecto». Por eso solamente nos invita a una cosa: «Implicaos a fondo en la experiencia —con la hipótesis de GS—: Dios se ha encarnado: tenía ojos, huesos, músculos...»⁴¹.

Don Giussani vuelve muchas veces sobre el riesgo del formalismo. Por ejemplo, durante el Equipe de los universitarios de febrero de 1983: «[El] formalismo [...] se identifica normalmente con la adhesión a formas, sin que signifiquen ninguna propuesta, es decir, sin que se conviertan en lo que originalmente son: una propuesta para la vida. ¿Qué cambia en nuestra vida la acción que realizamos? Reunir gente en torno a los *Cattolici Popolari* [Asociación estudiantil nacida de CL en los años 80] de cara a las elecciones, ¿qué cambia en nuestra vida?»⁴². Para Giussani es importante esta observación, contenida en una intervención que, «aludiendo a la dificultad para hacer experiencia de la propuesta cristiana, acusa sobre todo el formalismo a la hora de comprometerse con la vida de la comunidad». En efecto, Giussani explica: «Uno no está en su sitio porque haga Escuela de comunidad, o porque participe en la Misa que celebra el cura amigo, ni tampoco porque reparta manifiestos o cuelgue en sitios públicos el *tatze-bao*. Todo esto puede ser la formalidad con la que uno paga el peaje a la realidad social a la que pertenece. ¿Pero cuándo todo esto se hace experiencia? Cuando te dice algo a ti y mueve («movimiento») algo dentro de ti [...]. Nuestro mayor peligro, por tanto, es el formalismo, el repetir palabras o gestos sin que ni las palabras ni los gestos nos muevan o, al menos, hagan entrar en crisis algo dentro de ti, muevan algo en ti, iluminen la mirada que tienes sobre ti mismo, alimenten una convicción respecto a un valor (porque, por ejemplo, que debas implicarte en las elecciones es una necesidad de tu humanidad, porque si no, a tu humanidad le falta algo)»⁴³.

Nuestra presencia en el ambiente también puede ser formal. «¿Qué quiere decir que “nuestra presencia es formal”? Formal es una presencia que nace de un esquema y, por tanto, deja de ser presencia; quedan tan solo gestos separados de un cuerpo vivo, gestos que no proceden de un organismo viviente. Nuestra presencia nace de un esquema: hay que hacer esto, lo otro, es decir, un conjunto de iniciativas. También resulta esquemática la forma de invitar a los compañeros, de tal modo que se les invita al Triduo Pascual y luego se les olvida; más aún, se les abandona ya durante esos tres días. Sin embargo, de la conciencia, de la implicación y del riesgo

⁴¹ *Ibidem*, pp. 254-255.

⁴² Cfr. L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, BUR, Milán 2008, p. 193.

⁴³ *Ibidem*, pp. 194-195.

que asume la persona brota una presencia que no es formal: la presencia en el ambiente es un problema que afecta a tu persona. No lo haces por interesarte por los demás; lo haces por Cristo, lo haces si Cristo tiene que ver con tu persona. El verdadero problema es un modo formal de vivir la fe. Falta la conciencia de que «mi vida es Cristo», lo cual tiene que ver con el mundo entero, y, por lo tanto, falta la conciencia de que el mundo tiene que ver con mi vida»⁴⁴.

El alejamiento del que hemos hablado, el desplazamiento y el formalismo en la adhesión tienen consecuencias visibles:

1) Cansancio, pérdida del gusto por una vida nueva

En Campitello, el 6 de septiembre de 1975, don Giussani dijo: «He visto entre vosotros mucha gente de buena voluntad, pero afectada por un cansancio último que llega en algunos casos a la parálisis. [...] Si el cansancio nos paraliza, quiere decir que somos todavía inmaduros a la hora de percibir el sentido de nuestra vida y de todo lo que hacemos. Esta semana nos ha obligado a darnos cuenta de que nos falta algo: lo que falta es la cuestión de fondo»⁴⁵.

Dos meses más tarde, en la Jornada de Apertura de curso del CLU, observó: «Cuando empezó nuestra presencia comunitaria en la universidad, hubo un momento —o varios momentos— en el que nos animaba el anhelo, el deseo y la pasión por vivir algo nuevo, por crear una realidad nueva»⁴⁶.

Son riesgos permanentes. Una amiga escribe: «Cuando supimos que habíamos sido invitados a participar en la audiencia con el Papa, para nosotros, que vivimos fuera de Italia, fue una noticia que no se había producido en los doce años de vida en Nairobi (ni siquiera llegó para participar en el funeral de don Giussani). Me di cuenta de que era un encuentro importantísimo para el movimiento y que íbamos a vivir un “cambio histórico radical”, puesto que se nos pedía a todos nuestra participación. Una noche discutíamos acerca de la importancia de este gesto y una amiga, llevándome aparte, me confesó que no pensaba participar porque tiene repulsión a los actos donde se moviliza a las masas; además, me contó muchas otras dificultades, como el coste del billete, el largo viaje que tenía que hacer, la espera para entrar en la plaza de San Pedro, etc. “Al principio, cuando conocimos el movimiento, estas dificultades no nos paralizaban”, le respondí sobre la marcha; al principio, lo que se imponía era el deseo de estar con Él donde fuese. Y recordamos las muchas reuniones “abarrotaadas” en las

⁴⁴ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., pp. 106-107.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 16.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 37.

que habíamos participado y lo que nos movía entonces. “Yo no quiero ser tan vieja como para estar preocupada por ahorrarme el cansancio; deseo ahora el afecto a Su Cuerpo que me movía al principio”. Llegar a la plaza y encontrar a todos mis amigos sin haberlo planificado, escuchar nuestros bellos cantos, ver a Carrón, ha sido volver a encontrar “Su” cuerpo vivo y sentirme como un niño en el seno de su madre. “¡Mantengan vivo el fuego de la memoria de aquel primer encuentro y sean libres!”, nos dijo el Papa. ¿Dónde puedo encontrar una ternura mayor que esta para mi vida? Ha vuelto a suceder el primer encuentro, como cuando tenía quince años y estaba siempre dispuesta, mochila al hombro, a seguirle donde fuese».

¿Cuál es, entonces, la novedad que estamos llamados a vivir y que los demás pueden ver? Es preciso, dice Giussani, «que la gente a nuestro alrededor, en nuestras facultades, en los cursos, no vea solo, como lo ve ahora, nuestra pertenencia a Comunión y Liberación, es decir, una serie de iniciativas, de actos, de instrumentos a usar, sino que se dé cuenta del acontecimiento de Comunión y Liberación en mí y entre nosotros, que se dé cuenta de este cambio que se ha producido en mí, que perciba esta unidad que podrán tal vez atacar con rabia, pero de la que en última instancia sienten nostalgia: una roca contra la que no prevalecerá el poder de los infiernos, como Cristo dijo a Pedro». Para Giussani, si esto no sucede, «si no es así, Comunión y Liberación se convertirá en un partido político y nada más, se convertirá en una asociación, plagada de iniciativas, pero tan agotadora que resultará difícil amarla más allá de unos cuantos meses»⁴⁷.

2) Confusión acerca de la presencia

En 1976, don Giussani concluyó así el famoso Equipe de Riccione: «No es una “presencia de nuestra comunidad” en la universidad lo que tiene que acontecer, sino “un corazón nuevo en cada uno de nosotros”, tu madurez, hermano; la explosión o el alba de tu madurez cristiana, de una fe y una pasión nuevas. La influencia en la universidad y en la sociedad, la aportación a la Iglesia, son consecuencias que Dios establecerá como establece los tiempos de la historia. Lo que nos interesa es la humanidad que vive ya en algunos y que no puede no comunicarse a todos, porque nosotros estaríamos mal si uno solo de entre nosotros no llegase a este nuevo escenario, donde el panorama del mundo, de uno mismo, de la banalidad cotidiana, del compañero y del amigo es totalmente distinto. Esto es ya un presentimiento fragmentario en todos nosotros, como cuando sale el sol: un nuevo día no en el otro mundo, sino en este mundo. Y debe, por tanto, convertirse en una lucha que empieza siempre y nunca termina dentro de

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 38-39.

nosotros, porque la resistencia que encontramos en la universidad es la objetivación enorme de la resistencia que encontramos dentro de nosotros mismos»⁴⁸.

3) Confusión acerca de la naturaleza del movimiento

En el mes de septiembre de 1976, durante una reunión de responsables en Collevaleza, don Giussani presentó delante de todos la desagradable «fotografía» de lo que pasa cuando domina el formalismo: «El movimiento acaba siendo algo tremendo; en lugar de movilizar la vida y convertirla, se reduce a un cúmulo de condicionamientos». Por el contrario, añade, el movimiento es «un Acontecimiento que hay que generar, no una organización que pensar, [...] estás en juego tú». Don Giussani no usa medias tintas: «La esencia de la cuestión no implica que haya que ser cincuenta, bastan dos»⁴⁹.

Las consecuencias señaladas representan un riesgo permanente e implican, en consecuencia, una *permanente conversión*, como dice don Giussani a los profesores del movimiento reunidos en Asís en 1978: «Todas las revoluciones y todas las reformas, después de cierto tiempo, se vuelven formales; el formalismo determina, engloba, entierra el ímpetu original. Es necesaria una *permanente conversión* para que la revolución dure en el tiempo. Es la utopía de los extremistas de *Lotta Continua*, una lucha continua en el sentido más literal del término; pero lo que para los seguidores de esa fórmula es utopía, “queridas compañeras y compañeros”, para nosotros lo es Cristo en la historia. No podemos ser profesores cristianos ni un movimiento de fe, no podemos ser comunión y liberación, si no es en la voluntad de convertirnos continuamente, que es la actitud que debe determinarnos cada mañana. La vida cristiana se convierte en presencia solo si está dentro de una conciencia duradera de lo que se es: y esta es la única lucha posible»⁵⁰.

Recorrer estos momentos de nuestra historia a la luz de las palabras del Papa el 7 de marzo nos ayuda a reconocer nuestra infinita necesidad, nos devuelve el deseo de conversión, la petición de no «perder la vida viviendo»⁵¹, de no perder la frescura del carisma —que para nosotros es la frescura de la vida—, con la que peregrinamos hasta Roma para ver al Papa. Esto es lo que nos urge. Y cuanto más conscientes somos del don que se nos ha concedido y nos ha colmado de gratitud, mayor es la urgencia.

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 86-87.

⁴⁹ Cfr. A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., pp. 485-486.

⁵⁰ Cfr. *Agli educatori. L'adulto e la sua responsabilità*, Quaderni, 7, Cooperativa Editoriale Nuovo Mondo, Milán 1990, p. 52.

⁵¹ Cfr. T. S. Eliot, *Poesías reunidas. Los Coros de «La Roca»*, Alianza Editorial, Madrid 1978.

La urgencia de conversión nos facilita reconocer a Cristo. La fe es para el pobre de espíritu, como hemos vuelto a escuchar en la plaza de San Pedro: «Andrés, Juan, Simón: se sintieron mirados en lo más profundo, íntimamente conocidos, lo que provocó en ellos una sorpresa, un asombro que, inmediatamente, les hizo sentirse vinculados a Él...»⁵².

Produce una fuerte impresión, a la luz de nuestra historia, volver a leer las palabras que el Papa nos dirigió en la plaza de San Pedro: «Después de sesenta años el carisma originario no ha perdido su frescura y vitalidad. Pero recuerden que el centro no es el carisma, el centro es solamente uno, ¡es Jesús, Jesucristo!»⁵³. Giussani, infatigable, nos recordaba siempre lo mismo, reconduciéndonos desde lo que nosotros pensábamos que era el carisma al carisma en su naturaleza original. Hemos aprendido el carisma por cómo Giussani nos corregía en las ocasiones en que históricamente caíamos en una reducción del mismo. No es que Giussani nos lo enseñase planteando discusiones teológicas sobre la naturaleza del carisma, sino que a partir de una reflexión acerca de su realización histórica es cuando hemos empezado a comprender de qué se trataba. ¡Cuántas veces nos ha ayudado a mirar dónde está el verdadero centro! Por eso, como nos dijo el Papa, «ser fieles al carisma no significa “petrificarlo” —cristalizarlo, decía don Giussani— o «escribirlo en un pergamino y colocarlo en un cuadro. La referencia a la herencia que les ha dejado don Giussani no puede reducirse a un museo de recuerdos, de decisiones tomadas, de normas de conducta. Es verdad que comporta fidelidad a la tradición, pero fidelidad a la tradición es [...] “tener vivo el fuego”», no perder el gusto de la vida, porque si no, ¿qué nos importa? «¡Mantengan vivo el fuego de la memoria de aquel primer encuentro y sean libres!»⁵⁴.

De igual forma podemos leer de nuevo no solamente lo que nos ha dicho el papa Francisco, sino lo que nos han indicado todos los papas. Pensemos en san Juan Pablo II. En 1985 dijo a los curas del movimiento: «Cuando un movimiento es reconocido por la Iglesia se convierte en un instrumento privilegiado para la adhesión personal y siempre nueva al misterio de Cristo. ¡No permitáis jamás que en vuestra participación se albergue la carcoma de la costumbre, de la rutina, de la vejez! ¡Renovad continuamente el descubrimiento del carisma que os ha fascinado y él os llevará más poderosamente a haceros servidores de esa única potestad que

⁵² Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

⁵³ *Ibidem*.

⁵⁴ *Ibidem*.

es Cristo Señor!»⁵⁵. Y en la carta que escribió a don Giussani en 2004: «Me complace expresarle a usted, así como a todos los miembros del Movimiento, el deseo de que este importante aniversario jubilar impulse a cada uno a volver a la experiencia original de la que el Movimiento tomó su impulso, renovando el entusiasmo de los orígenes. Es importante, de hecho, mantenerse fieles al carisma de los inicios para poder responder eficazmente a las expectativas y los desafíos de los tiempos que corren»⁵⁶.

¿Qué revela la experiencia de los apóstoles con Jesús y la nuestra con Giussani y con los papas? Que el encuentro inicial no es suficiente, no es suficiente lo que ya sabemos para mantenernos en el camino. Necesitamos una presencia en el presente que nos ayude a reconocer que no somos el centro y nos lleve de nuevo a Cristo, es decir, necesitamos que el encuentro primero vuelva a suceder una y otra vez, como siempre nos recordó don Giussani: «El acontecimiento no coincide solo con lo que sucedió y dio comienzo a todo, sino con lo que despierta el presente, lo define, le da contenido, lo hace posible. Lo que se sabe y lo que se tiene se convierte en experiencia si lo que se sabe o se tiene es algo que se nos da ahora: hay una mano que nos lo tiende ahora, hay un rostro que se nos presenta ahora, hay una sangre que corre ahora, hay una resurrección que tiene lugar ahora. ¡Fuera de este ‘ahora’ no hay nada!», ni lo que sabemos, ni lo que tenemos. Nada. Todo es nada. «¡Fuera de este ‘ahora’ no hay nada!». Tendríamos que escribirlo en nuestras casas. «¡Fuera de este ‘ahora’ no hay nada!», lo sabemos muy bien: solo existe aridez, aunque sepamos mucho. Pero el «saber» no nos proporciona ni un instante del sobresalto del inicio, porque «nuestro yo no puede moverse, no puede conmovirse, esto es, cambiar, si no es por algo contemporáneo: un acontecimiento. Cristo es algo que me está sucediendo»⁵⁷.

Y, paternalmente, don Giussani nos advierte: «Cuidémonos de que esta *corrección* —porque así es como podemos llamar al trabajo que estamos haciendo— no nos encuentre “a la defensiva”»: “El proceso educativo comienza allí donde se ha perdido el espacio para la autodefensa”. Lo más hermoso del mundo es aprender. Y lo que todos tienen que aprender de

⁵⁵ San Juan Pablo II, *Mensaje a los sacerdotes participantes en los Ejercicios espirituales organizados por Comunión y Liberación*, Castelgandolfo (Ciudad del Vaticano), 12 de septiembre de 1985.

⁵⁶ San Juan Pablo II, *Carta al Reverendo Monseñor Luigi Giussani, fundador del Movimiento “Comunión y Liberación”*, 22 de febrero de 2004.

⁵⁷ Cfr. ARCHIVO HISTÓRICO DE LA ASOCIACIÓN ECLESIAL MEMORES DOMINI (ASAEMD), documento impreso titulado «Dedicazione 1992 Rimini, 2-4 Ottobre 1992». Cfr. A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., p. 851.

quien guía es su capacidad de aprender. “*Vivir significa que otros vivan a través de tu experiencia*”⁵⁸.

3. La generación del adulto

Solo si aceptamos aprender, si nos dejamos desplazar, podremos responder a la tarea que el Papa nos ha indicado. ¿Cuál es la tarea? Ser «brazos, manos, pies, mente y corazón de una Iglesia “en salida”». ¿Cómo podemos cumplir este mandado? Nos lo ha dicho el Papa: solo «centrados en Cristo»⁵⁹.

Lo mismo dice Don Giussani: «Cuando estamos abiertos de par en par a lo que ha sucedido y sucede en el mundo, es decir, a Cristo, [...] entonces el corazón se dilata»⁶⁰. «Seguir a Cristo, amar a Cristo en todo: esto es lo que debe reconocerse como la característica principal de nuestro camino»⁶¹. Además: «Nosotros ponemos en el centro de nuestra vida esta Presencia, este hombre, Jesús [...]»⁶². Una vez más: «*Si apartáis esta Presencia, todo acaba en cenizas*»⁶³. Para señalar nuestro extravío, usa otra expresión: «Nuestro aburguesamiento salta a la vista: coincide con la falta de radicalidad en el modo de percibir la relación con Cristo»⁶⁴.

Hoy como ayer, necesitamos generar adultos en la fe. Es lo que más urge. Don Giussani lo decía claramente: «Lo que buscamos en lo que hacemos es una fe más viva y el modo más penetrante, más eficaz, de proponerla al mundo entero»⁶⁵. Nada es más urgente. Hoy, seguramente, se hace todavía más patente. Porque los hechos de París y las persecuciones de los últimos meses han puesto delante de todos cuál es el mayor desafío al que nos enfrentarnos: la nada, el profundo vacío que invade la vida y que termina explotando con violencia. Este es el desafío para nosotros y para los demás. ¿Qué puede responder a este vacío? No basta una estrategia, ni la repetición de ciertos contenidos o comportamientos. El problema no es, fundamentalmente, de naturaleza ética, sino cognitiva, y tiene que ver con

⁵⁸ Cfr. *Agli educatori. L'adulto e la sua responsabilità*, op. cit., p. 49

⁵⁹ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

⁶⁰ L. Giussani, *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007, p. 122.

⁶¹ *Ibidem*, p. 284

⁶² L. Giussani, *El hombre y su destino*, Ediciones Encuentro, Madrid 2003, p. 78.

⁶³ L. Giussani, *Está porque actúa*, Suplemento a la revista 30DÍAS, n° 81, Ediciones Encuentro, Madrid 1994, p. 81.

⁶⁴ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., p. 65.

⁶⁵ Cfr. *Agli educatori. L'adulto e la sua responsabilità*, op. cit., p. 49

la incapacidad de reconocer la evidencia de la que hablábamos al principio, de la debilidad del sentido del yo, de la conciencia de sí. Esto es lo que necesitamos que se despierte en cada uno de nosotros. Si no lo entendemos, nos moveremos de manera equivocada; será, además, un movimiento inútil. También en este punto don Giussani nos ayudó: «En una sociedad como esta», decía en 1978, «no podemos revolucionar nada con palabras, asociaciones o instituciones; únicamente podremos hacerlo con la *vida*, porque la vida es el gran hecho contra el que las ideologías políticas nunca lograrán la victoria»⁶⁶.

Pocos años después, en el libro-entrevista con Giovanni Testori, decía: «Es como si ya no pudiéramos hacer cruzadas o campañas sociales. Cruzadas programadas, grupos organizados. Un «movimiento» nace exactamente con el despertar de la persona. [...] precisamente [...] la persona [...] es el punto de rescate. Y así, en mi opinión, nace el concepto de «movimiento». Hoy, el mayor valor social para un contraataque es justamente el ideal de que nazca un «movimiento», lo cual parece algo sin orden ni concierto y nadie sabe cómo puede acontecer. En efecto, su lugar de nacimiento es la partícula más inerte y desarmada que existe, es decir, la persona [...]. El problema capital es recobrar el señorío de la persona sobre sí misma». Juzgaba la inadecuación de muchos «movimientos» ideológico-políticos del momento, pero también una cierta manera de concebir la experiencia de nuestro movimiento, que tendía a emular idénticos esquemas y respondía en el mismo terreno. Si el verdadero problema es volver a despertar, regenerar la persona, entonces el «lugar recóndito donde la persona puede ser rescatada [no es] ni un discurso ni un debate»⁶⁷.

¿Cómo puede darse este rescate? «Este es el punto que tenemos que abordar. Exteriormente, la única respuesta es que uno se encuentre con una presencia distinta, que se tope con una presencia diferente. Entonces, esta presencia puede actuar como reactivo, como catalizador de las energías que se habían perdido»⁶⁸. En su intervención en el Sínodo de 1987 decía: «Lo que falta no es tanto la repetición verbal o cultural del anuncio [aunque nosotros pensemos que es suficiente con repetir la sana doctrina para no ser ambiguos. ¡Menudo consuelo!]. El hombre de hoy espera, quizás inconscientemente, la experiencia de un encuentro con personas para las que Cristo es una realidad tan presente que ha cambiado su vida». Necesitamos esto, esto es lo que mueve, según don Giussani: «Es un im-

⁶⁶ *Ibidem*, p. 51.

⁶⁷ L. Giussani – G. Testori, *El sentido de nacer*, Ediciones Encuentro, Madrid 2014, pp. 72-73.

⁶⁸ *Ibidem*, pp. 80-81.

pacto humano lo que puede sacudir al hombre de hoy: un acontecimiento que sea eco del acontecimiento inicial, cuando Jesús alzó la mirada y dijo: “Zaqueo, baja rápido, voy a tu casa”»⁶⁹.

Me escribe un amigo: «Una noche me invitaron unos amigos a participar en un congreso público organizado por padres que tienen hijos con enfermedades raras. Pensaron en mí porque desde hace 33 años tengo en casa hijos con graves discapacidades. Me dijeron que la forma del encuentro sería una mesa redonda en la que iban a participar también otras personas, entre ellas un escritor ateo que tiene un hijo con graves problemas psicofísicos. Decidí aceptar y solicité poder leer un libro de este escritor. Leí el libro que ha escrito sobre su hijo. En una primera lectura me di cuenta de la total impotencia de este padre, como si no hubiese un hilo de esperanza en él. Me impactó la distancia con la que hablaba de su hijo; escribe, entre otras cosas: “¡Hasta el olor de mi hijo me repugna!”. Al finalizar la lectura me asaltó la preocupación de no ser capaz de estar delante de una situación tan desesperada. Luego pensé que el libro no era solo desesperación, sino que tras sus páginas había un hombre que gritaba, necesitado, y que yo había conocido a Uno que sabía y sabe responder a una necesidad así. Decidí asistir porque también yo soy un hombre como él: necesidad de infinito. Llegó la noche del encuentro; ante nosotros, un centenar de personas desconocidas para mí. El moderador decide que empiece yo. Hablo de mí, de mis hijos discapacitados, del sentido de vacío y traición que me asaltó en los primeros años de sus vidas, del sentido de pérdida que me había invadido el corazón por un deseo de felicidad que nunca iba a ser colmado, y hablo de la noche en que me di cuenta de la alegría que mi mujer tenía en sus ojos, de la aventura que ha sido mi vida desde aquel momento, de la belleza y el don que son hoy mis hijos para mí. Terminada mi intervención, era el turno del escritor, que dijo: “Yo no puedo tener la esperanza de la que ha hablado mi amigo” —nos habíamos conocido unos minutos antes y ya me llamaba amigo— “pero la deseo, esta noche la deseo. Había preparado mi intervención” —y enseñó los folios con su intervención escrita— “pero he decidido que no la voy a leer” —dobla los papeles y los deja a un lado— “porque esta noche deseo solamente una cosa: ir a vivir con mi amigo, junto a él, para conocer cómo se puede vivir así. Solo me interesa esto”. Cuando dejó de hablar la sala guardaba un absoluto silencio, conmocionada. Había ocurrido una cosa grande. Después dijo: “Lo que me duele es dudar de que mi hijo pueda ser feliz”. De ahí partió un

⁶⁹ Cfr. L. Giussani, *L'avvenimento cristiano. Uomo Chiesa Mondo*, BUR, Milano 2003, pp. 23-24.

diálogo entre los dos como si nos conociésemos desde siempre. El escritor me dijo al terminar, sencillamente: “Puede ser que por primera vez en mi vida, cuando alguien me ha mirado, no me he sentido un fracasado”. Y yo me pregunté: “Pero, ¿qué ve este hombre que ni siquiera yo, que soy el que le he hablado, veo?”. Jesús me ha dado un nuevo amigo para el camino. Nos veremos pronto para cenar con parte del público que quiere que nos volvamos a encontrar».

Podemos darnos cuenta de que la respuesta a la situación de dificultad en la que estemos es que se encuentre una presencia distinta. No hacen falta muchas explicaciones. Hoy como ayer, solo quien testimonia una vida cambiada puede suscitar de nuevo la curiosidad por el cristianismo: ver realizada la plenitud que uno desea alcanzar pero no sabe cómo. Hacen falta hombres que creen lugares de vida en los que cada uno pueda ser invitado a comprobar lo que hicieron los primeros dos a orillas del Jordán: «Ven y verás»⁷⁰.

El movimiento es este lugar, una amistad que nace del atractivo suscitado por un impacto humano, un lugar en el que puede brotar una personalidad nueva, verdadera, completa. «La comunidad no es una simple agregación de personas que llevan a cabo iniciativas; no es una organización como si fuera un partido. *La comunidad es el lugar donde realmente se construye nuestra persona*, es el lugar donde madura nuestra fe»⁷¹. Si no fuese para esto, ¿qué sentido tendría el movimiento, qué sentido tendría la Fraternidad o el grupo de Fraternidad? Giussani nos ha corregido muchas veces en este punto para ayudarnos a recuperar la originalidad de la experiencia del movimiento.

El núcleo del problema reside aquí: ¿cómo se generan personas que son «presencia» hasta el punto de despertar a otras? El movimiento, ¿se vive de tal forma que resulte un «*lugar de real construcción de nuestra persona*, es decir, de la madurez de la fe?». Una pregunta que ha marcado nuestra historia y que don Giussani la ha considerado siempre de una importancia decisiva. En un diálogo con los responsables del movimiento en 1976, decía: «El problema grave es la dificultad para hacerse adulto. No me refiero a su capacidad para abrirse camino en el mundo eclesiástico o profesional, sino en la fe»⁷². Y se preguntaba: «¿A qué se debe?». Es muy significativo el punto de vista desde el que don Giussani plantea la pregunta. «Nos inte-

⁷⁰ *Jn* 1, 46.

⁷¹ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., p. 62.

⁷² Cfr. FRATERNITÀ DI COMUNIONE E LIBERAZIONE (FCL), *Archivio storico del Movimento di Comunione e Liberazione* (AMCL), fasc. CL/81, «Scuola Responsabili Collevaenza 17/19 settembre 1976».

resa fijarnos en qué modo la marcha del movimiento, precisamente como realidad pedagógica, favorece o crea este malestar, antes que favorecer el crecimiento de personas adultas en la fe»⁷³. Giussani adopta la óptica de poner en duda el modo de concebir y vivir el movimiento, la óptica de una corrección profunda.

Para abordar el motivo de la dificultad para que se formen adultos en la fe, identifica en primer lugar las características del adulto: «La primera característica del adulto es su capacidad para afrontar todo sin que lo que afronta le aliene automáticamente. [...] La segunda es que es capaz de generar. [...] Lo que falta entonces es la personalidad de fe»⁷⁴.

¿Cuál es el motivo de esta carencia? Don Giussani nos sugiere dónde está el problema. La no lograda maduración de la fe, el hecho de que no se generen adultos depende «de una gravísima decadencia del método: el método se ha vuelto una jaula de palabras y fórmulas, falta el genio. Es como si el genio del método se hubiera vaciado. [...] Este es el punto en que se encuentra el movimiento: el adulto no crece porque ha decaído nuestro método, que es el de la experiencia, la participación en un acontecimiento y no el consenso sobre un discurso, se ha debilitado»⁷⁵.

Personas como la que ha escrito la carta que he leído pueden existir y crecer porque existe un lugar como este. El problema es si aceptamos participar en el acontecimiento que está sucediendo ahora, porque, como acabamos de señalar, el «genio del método» es haber situado la experiencia en el centro, es decir, la participación en un acontecimiento que nos ha sucedido y nos sucede también ahora.

Lo que hace que crezcan adultos en la fe no es el consenso sobre un discurso, no es la repetición de fórmulas o de formas, es la participación en un acontecimiento, en una presencia viva que me alcanza ahora, que me atrae hacia sí ahora. El movimiento, o es este acontecimiento, o no existe. La palabra «experiencia» es su consecuencia. Solamente si el cristianismo, el movimiento, es un acontecimiento de vida, se puede hablar de experiencia (como participación en un acontecimiento). «El genio del método coincide, por lo tanto, con el genio del cristianismo, del catolicismo; es el genio de la encarnación. Un valor humano solo puede existir encarnado en un hecho existencial: Cristo, un hombre, un hombre que vivió en aquel tiempo y en aquel espacio. Y la rabia, la lejanía, la extrañeza y la hostilidad hacia el catolicismo tienen que ver con eso. Es el problema de la Iglesia.

⁷³ *Ibidem.*

⁷⁴ *Ibidem.*

⁷⁵ *Ibidem.*

Todos respetan a Cristo, todos lo aman, incluso Gramsci; pero que Cristo coincida con una realidad humana, que el valor que es Cristo se halle en una realidad dentro del tiempo y del espacio que se llama Iglesia, es decir, una realidad de gente como tú y como yo, esto es intolerable. Y puesto que es una realidad formada por personas, existe una jerarquía, una variedad, porque uno es más cercano y otro más lejano, uno es más inteligente y otro menos, uno tiene un determinado rol y otro no. No encontramos a Cristo en nuestros pensamientos o sentimientos, lo encontramos en esta realidad objetiva, fuera de nosotros, que es la Iglesia. Aquí radica el genio de nuestro movimiento: haber tomado esta ley fundamental del cristianismo y haberla convertido en método. ¡Método!»⁷⁶.

«El Movimiento es un corazón, un cuerpo con los ojos, los vestidos, los cabellos propios de una existencia concreta. El Movimiento es una existencia vivida»⁷⁷. En la Escuela de comunidad nos lo repetimos desde hace meses: la Iglesia es una vida que nos alcanza ahora.

Hemos visto que es decisivo que se generen personalidades nuevas, personas que sean «presencia», pero el único problema es el de la madurez de la fe, es decir, que el acento inicial se haga maduro. La fe crea nuestra identidad, nuestro rostro nuevo en la vida y en el mundo: «*Nuestra identidad es la identificación con Cristo*. [...] Todo esto debe llegar a su madurez; debemos aspirar a ello con todo lo que somos y hacemos. [...] [Pero nosotros] seguimos teniendo cierta confusión». ¿Por qué? «Todo sigue siendo incipiente». Don Giussani es contundente: «Ha llegado un tiempo en que no podremos resistir si no madura ese acento inicial; si no madura, no podremos sobrellevar como cristianos la enorme cantidad de trabajo, responsabilidades y fatigas a las que estamos llamados. No se congrega a la gente mediante iniciativas; lo que congrega es el acento verdadero de una presencia que procede de la Realidad que está entre nosotros y en nosotros: Cristo y su misterio que se hace visible en nuestra unidad»⁷⁸.

En un momento esencial de nuestra historia, que más tarde señalará como un nuevo inicio para todo el movimiento (el Equipo de Riccione en 1976), don Giussani vuelve a afirmar con fuerza su preocupación fundamental. Sin su corrección de entonces, habríamos sido barridos del mapa junto con nuestros intentos de «hacer algo» («la necesidad de demostrar que el hecho cristiano revelaba una capacidad de revolución cultural»), después del 68, «dejó en la sombra la cuestión del método. Aunque se intuyó el hecho

⁷⁶ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., p. 328.

⁷⁷ L. Giussani, *De un temperamento, un método*, Ediciones Encuentro, Madrid 2008, p. 388.

⁷⁸ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., pp. 59, 62.

cristiano con nitidez, nos vimos obligados a deslizarnos hacia las consecuencias culturales, sociales y políticas»⁷⁹): «La comunidad tiene como fin *generar adultos en la fe*. El mundo necesita adultos en la fe, no solo profesionales, profesores o trabajadores competentes. La sociedad está llena de buenos profesionales, pero muy pocos saben crear humanidad»⁸⁰. Cada uno puede probar si es así donde esté, donde vive y trabaja todos los días.

En realidad, ¿en qué consiste esa prueba? «La verdad de la fe es una humanidad distinta, recordémoslo, una humanidad tal que si el movimiento no existiera, lo crearía, porque uno no podría comportarse de forma diferente. Porque si uno es un tipo de hombre así, al moverse se movería así, al pensar pensaría así, su corazón palparía así. [...] La fórmula es tener una humanidad consistente, de forma que si no existiera nada, nuestro actuar en cualquier lugar donde estemos (familia, barrio, vida diaria, escuela, universidad, trabajo, mundo eclesial), el resultado de nuestra acción sería un acto del movimiento, lo crearíamos nosotros. Esta fórmula es una prueba que tenéis que tener presente. El sujeto no es una estructura, el sujeto no es un discurso, el sujeto no es una organización. El sujeto es una humanidad diferente»⁸¹.

Para llamarnos a la verdad de nuestra experiencia el Señor nos envía continuamente personas, hace que delante de nuestros ojos sucedan hechos que muestran una humanidad cambiada: «Los nuevos que llegan a nuestra compañía son como una bocanada de aire fresco dentro de una habitación ocupada por viejos, por quienes tienen una larga historia [...], una habitación con el aire viciado. [...] es como si trajeran lo que ciertamente nosotros hemos tenido —al menos como indicio, como esbozo— al principio, es decir, el deseo del camino, más fuerte que el apego a las cosas excelentes que nos inspira el camino»⁸². Pero muchas veces no caemos en la cuenta y en vez de aprender de ellos seguimos pretendiendo que alguna de nuestras interpretaciones nos libere de la jaula de las circunstancias que nos ahogan. «Estamos enormemente apegados a muchas cosas que el camino nos inspira, gestionamos estas ocasiones, [...] pensamientos que tenemos que tener, opiniones que tenemos que construir o cosas que tenemos que hacer. Y, mientras tanto, Cristo permanece cada vez más lejos del corazón, es decir, nuestra persona no cambia»⁸³.

⁷⁹ Cfr. FCL, AMCL, fasc. CL/81, «Scuola Responsabili Collevaenza 17/19 settembre 1976».

⁸⁰ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., p. 62.

⁸¹ Cfr. FCL, *Documentación audiovisual*, Diaconía diocesana de CL, Milán, 6 de octubre de 1976.

⁸² L. Giussani, *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007, p. 120.

⁸³ *Ibidem*, pp. 120-121.

Puede suceder que también a nosotros nos incumba la observación crítica que don Giussani hizo en el aniversario de la *Redemptor hominis*, la primera encíclica de san Juan Pablo II (1994): «A otras asociaciones católicas les han impresionado más los documentos sobre el aborto, la inseminación artificial o el divorcio, que la encíclica sobre Cristo redentor del hombre»⁸⁴. Al principio no fue así en absoluto. El nacimiento de GS en 1954 estuvo determinado por la incorporación al Berchet de un profesor de religión que, como cuenta de él mismo don Giussani, subía los pocos escalones que había en la puerta de entrada del Instituto «con el corazón lleno por entero del pensamiento de que Cristo es todo para la vida del hombre»⁸⁵. Posteriormente, en los años sucesivos, algo se oscureció y llegó la ola del 68, con todas las desviaciones que Giussani denunció (lo vimos en los Ejercicios del año pasado).

El camino de la Iglesia y del movimiento corre siempre el peligro de oscurecerse y, en algunos momentos, el peligro se vuelve más severo, más cargado de consecuencias. No todos los momentos son iguales, y la genialidad de Giussani le permitió captar los momentos trascendentales y saber imprimir un cambio de rumbo, o sea, regresar al origen. Un cambio de rumbo fundamental fue el de 1976 (que madura sobre todo en la relación con los universitarios y que responde a la oleada del 68), como hemos visto y subrayado otras veces.

Si lo decisivo es recuperar la experiencia como método, ¿qué nos enseña el testimonio incansable de don Giussani? El método a través del cual la comunidad genera adultos en la fe, es decir, personas con una conciencia madura de que Cristo es el centro de la vida, «lo indica la primera palabra que empleamos al comienzo del movimiento [¡atención al paréntesis] (y que hemos olvidado, aunque la repitamos, porque no lo hacemos seriamente): “seguir”»⁸⁶. ¡La primera palabra!

«Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: “¿Qué buscáis?”. Ellos le contestaron: “Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives? Él les dijo: “Venid y veréis”»⁸⁷. Y también: «Paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores. Les dijo: “Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres”»⁸⁸. Lo mismo nos recordó el papa Francisco el 7 de marzo: «Ninguno de los que estaban allí, incluido Mateo, ávido de dinero,

⁸⁴ L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Ediciones Encuentro, Madrid 2000, p. 96.

⁸⁵ Cfr. A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., p. 162.

⁸⁶ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., p. 64.

⁸⁷ *Jn* 1, 38-39.

⁸⁸ *Mt* 4, 18-19.

podía creer en el dedo que lo señalaba, en el mensaje de los ojos que lo miraban con misericordia y lo elegían para que le siguiera»⁸⁹.

Para don Giussani el significado de “seguir” es muy concreto; los encuentros de Jesús en el Evangelio son para él el canon del seguimiento: «*Seguir* significa identificarse con personas que viven la fe con mayor madurez, significa *implicarse en una experiencia viva*, que nos transmite [...] su dinamismo y su gusto». No es nada automático ni intelectual. En realidad, «esto no sucede como fruto de un razonamiento o resultado de una lógica [muchas veces pretendemos que los demás nos den “explicaciones” para estar seguros dentro de las circunstancias que vivimos, o buscamos “comunicados” que transmitan nuestro discurso sobre esto o lo otro], sino casi por presión osmótica: es un corazón nuevo que cobra vida en el nuestro, es el corazón de otro que empieza a latir en nuestra vida»⁹⁰.

Llegados a este punto, aparece la figura y la urgencia del maestro. Sin magisterio no hay seguimiento, y uno solo seguiría sus propias ideas (con los proyectos que de ellas surgen) o las ideas de un líder, pero sin la seguridad de estar en el camino que el Misterio indica: «Seguir quiere decir ensimismarse con los criterios del maestro, con sus valores, con lo que nos comunica, no vincularse a la persona, que en sí es efímera. En esta seguimiento se oculta y vive el seguimiento de Cristo. No es el apego a la persona, sino el seguir a Cristo la razón del seguimiento entre nosotros. A esta dimensión magisterial debe tender la amistad entre nosotros, porque el verdadero amigo es aquél que, con discreción y respeto, ayuda al otro en el camino hacia su destino»⁹¹.

Por otra parte, el método que eligió Cristo para continuar su presencia en el mundo es precisamente este: la Iglesia, una compañía guiada. «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»⁹². La autoridad tiene un valor «fundante», genético: sin autoridad no existe comunidad, no existe pueblo. En el ejemplo de don Giussani, no hay camino cristiano sin relación con la autoridad: «Autoridad para nosotros son aquellas personas que nos implican con su corazón, con el dinamismo y el gusto por la vida que nacen de la fe» y no de su capacidad o su esfuerzo. De hecho, «las personas que tienen autoridad y viven su responsabilidad se reconocen a primera vista. Se trata de personas que uno prefiere porque las percibe más cercanas a su propia búsqueda de una madurez cristiana, a su pasión por

⁸⁹ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

⁹⁰ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., p. 63.

⁹¹ Cfr. A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., p. 488.

⁹² Mt 16, 13-19.

vivir la comunidad y a su camino humano. El criterio de la preferencia no es, como sucede habitualmente, algo sentimental o instintivo; no brota de un gusto pasajero, ni de un interés por un proyecto común; brota porque percibes en el otro una vivencia mayor del ideal o, por lo menos, un deseo mayor de vivirlo»⁹³.

Cada uno puede elegir: o amar la verdad más que a sí mismo y, en consecuencia, seguir, o quedar apegado a sus propias opiniones y perderse lo mejor por el camino: «El camino del hombre hacia la verdad y hacia su destino no está a merced de lo que piense uno, o de lo que piensen otros, o la sociedad en que se vive. Es objetivo: no se trata de imaginar o de inventar, sino de seguir. [...] A pesar de toda su fragilidad, incoherencia y fragilidad, el camino hacia lo verdadero puede estar para el hombre lleno de paz si ese camino consiste en un seguir a alguien, como decisión afectiva hacia un destino que le hace verdaderamente hombre»⁹⁴.

Vivir así es sencillo, está a nuestro alcance. En efecto, «si uno desea la verdad no deja que los defectos de la persona a la que sigue le frenen, porque esa persona es como si fuese el cofre del tesoro, pero el oro, la verdad, es otra cosa». Pero si uno, por el contrario, no desea la verdad, se frena ante la apariencia y, entonces, la forma, es decir, el cofre del tesoro, se convierte en una tumba. «La autoridad», subraya don Giussani, «es una experiencia que vive. No consiste ni en palabras entusiastas ni en relaciones intimistas. La verdad es absolutamente objetiva. Por eso no hay afecto entre nosotros. Y no lo hay porque no hay seguimiento, la razón principal tiene mucho que ver con la autoridad. El afecto se origina en el reconocimiento de una verdad que se nos da. Lo demás es sentimentalismo e intimismo. El afecto humano, el que construye, la adhesión al Ser, deriva de un juicio de valor»⁹⁵.

No obstante, la adhesión a lo que se reconoce como verdadero no es nunca automática, no es como tener una afición, porque la adhesión tiene «un criterio, tiene una bolsa de aire en el fondo: la libertad»⁹⁶. El papa Francisco nos lo ha advertido en su discurso en Roma: «Don Giussani no les perdonaría nunca que perdiesen la libertad»⁹⁷. A cada uno de nosotros se nos llama a ponernos en juego con toda nuestra libertad. Don Giussani jamás nos ha privado del uso de nuestra libertad; en 1976 decía

⁹³ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., pp. 63-64.

⁹⁴ L. Giussani, *El sentido de Dios y el hombre moderno*, Ediciones Encuentro, Madrid 2006, pp. 145-146.

⁹⁵ Cfr. FCL, AMCL, fasc. CL/81, «Scuola Responsabili Collevaenza 17/19 settembre 1976».

⁹⁶ *Ibidem*.

⁹⁷ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

a los universitarios: «¿Queréis instrumentos definidos, queréis saber lo que hay que hacer? Esto podía valer para cuando erais estudiantes de Liceo»⁹⁸. Al hacernos adultos, «ya no se puede buscar la consistencia en una masa que camina en una determinada dirección, ni en las iniciativas que promovamos; o tú tienes consistencia, o no hay nada que hacer [¡terrible!]. Se trata de crecer en tu identidad y de adquirir un método: un método para afrontar tu vida y para expresar tu identidad. Este es el verdadero adulto, que será capaz de crear en la medida en que su consistencia radique en su identidad, y no en lo que hace o dice»⁹⁹.

Magisterio y seguimiento; contemporaneidad y seguimiento; acontecimiento y libertad: son los polos que sintetizan el camino. La frescura y la vitalidad del carisma de don Giussani se revelan en la capacidad de volver a despertar constantemente la conciencia personal hasta llegar a poner en movimiento la libertad. Frescura y vitalidad demuestran la importancia del movimiento para la vida de la Iglesia y del mundo. «El problema capital es recobrar el señorío de la persona sobre sí misma. [...] No basta ni un discurso ni un debate. El verdadero problema es el resurgir de la persona. Y esta es una tarea de Sísifo, porque, aunque todos lo están esperando, depende una vez más de la persona. Antes que estar a merced de un mecanismo que se lo traga y lo disuelve todo porque todo lo desacraliza; antes que verse libre de este engranaje, [...] debe haberse recobrado a sí misma. En este sentido, es una palabra que debe correr, que debe comunicarse, que debe mantenernos en vela, que debe catalizar la esperanza. Y es una empresa cuyo punto original es capilar en su sentido último, porque acontece en cada persona. Las personas abandonadas, las personas arrancadas de su origen sagrado, de su concepción en el seno materno, quedan tocadas en su interior porque están manipuladas. ¿Cómo arrebatarlas de esa fuerza de gravedad terrible, de esa tremenda fuerza catalizadora que poseen los instrumentos de la abstracción?»¹⁰⁰. Este juicio sobre la condición humana es dramáticamente actual, de igual modo, la pregunta sobre si es posible rescatarle de esta situación se ha hecho aún más urgente.

Cristo tiene la pretensión de ser la respuesta a ese punto original y concreto que es el hombre en su singularidad. Conscientes de la inabarcable necesidad de nuestro corazón elevamos nuestra súplica al Único que puede reconstituir nuestra persona. «Dios todopoderoso, mira la fragilidad de nuestra naturaleza, y levanta nuestra débil esperanza con la fuerza de

⁹⁸ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., p. 78.

⁹⁹ *Ibidem*.

¹⁰⁰ L. Giussani – G. Testori, *El sentido de nacer*, Ediciones Encuentro, Madrid 2014, pp. 73-74.

la pasión de tu Hijo»¹⁰¹, hemos rezado en este tiempo de Pascua. Si al escuchar estas palabras en las celebración pascual estábamos distraídos, al volverlas a escuchar ahora tomemos de nuevo conciencia del valor que tienen para nosotros.

De esta forma, nuevamente conscientes de nuestra necesidad, supliquemos a Dios que siga teniendo piedad de nosotros y nos dé nuevamente la vida. Para reclamarnos al valor de nuestra experiencia el Señor nos da nuevos amigos (como el escritor del congreso), como si quisiese decirnos: todavía es posible para ti. Imaginad cómo habría sido la vida de los fariseos que creían sabérselo todo si hubiesen seguido a los nuevos, Juan y Andrés. ¡Qué revolución! La misma que puede suceder entre nosotros.

¹⁰¹ Oración inicial de la Misa del Lunes Santo, según el rito romano.

SANTA MISA

Liturgia de la Santa Misa: 1 Pd 5, 5b-14; Sal 88 (89); Mc 16, 15-20

HOMILÍA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL GERHARD LUDWIG MÜLLER PREFECTO DE LA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

Queridos amigos:

Permitidme que, en primer lugar, exprese la alegría que siento de estar aquí con vosotros; aún precisaría más, como quizá lo hiciese vuestro fundador, don Giussani, el júbilo que siento de estar con vosotros. Porque la alegría, la que es plena, se experimenta solo en la victoria definitiva, en el cielo. Mientras que en la tierra se nos ofrece un anticipo de esa alegría en el júbilo que sentimos. El júbilo que el Señor concede siempre al corazón de los que Le siguen. El júbilo de estar aquí con vosotros, queridos amigos de Comunión y Liberación, que queréis ser —¡que sois!— auténticos amigos de Jesús.

Seguir a Jesús. Ese es nuestro programa. «Una presencia en la mirada» es el título de vuestros Ejercicios. Su persona, presente en medio de nosotros, viva. Tan viva que es capaz de atraer nuestra mirada con los signos de Su acción. Tan amable que es capaz de alcanzar como ningún otro puede hacerlo nuestro corazón. Nuestro pobre corazón, tan indigente, siempre en busca de algo, de Alguien que lo tome por entero. Porque nuestro corazón quiere todo, exige todo, no puede renunciar a pedir todo. Es su naturaleza, está hecho para la totalidad: ¡ha sido hecho por Dios! Nuestro corazón busca incansable a Alguien que lo tome, que lo aferre por completo. ¡Estamos hechos así!

Seguimos a Dios, seguimos a Jesús, porque solamente Él sabe adueñarse de nuestro corazón. Nadie como Él —a veces discretamente, a veces enérgicamente— sabe conquistar para sí nuestro corazón. ¡Nadie como Tú, Jesús, sabe atrapar mi corazón! Nadie me mira ni me ama como me miras y me amas Tú, Jesús.

San Pedro nos lo expresa en su primera carta, que acabamos de escuchar, cuando escribe: «Dios da su gracia a los humildes». Dios da los tesoros de Su corazón a quienes esperan que él los tome totalmente. Dios se entrega a sí mismo a quienes tienen hambre y sed de Alguien que sepa aferrar por completo su corazón. Dios se ofrece solo a quien está dispuesto a dejarse tomar por entero. Estar dispuestos a dejarse conquistar por completo es la primera humildad. Es la humildad que Dios busca en cada hombre. Este es el corazón que Dios busca cuando nos mira. Este es el corazón que Él desea renovar en nosotros, en cada uno de nosotros.

«Él cuida de nosotros», continúa san Pedro en su carta. El esmero con el que Dios nos cuida está orientado a generar un corazón así. Dios busca corazones que esperan ser conquistados por completo. Y actúa para que se genere en nosotros, cada vez más, un corazón así. Nunca se agota la generación de un corazón que espera ser aferrado por entero. El corazón del que os hablo es como una cantera inagotable. Dios ama trabajar en esas canteras. El corazón de Dios vive como cantera inagotable en la que cada Persona Divina se entrega, es tomada y se recibe totalmente del Otro. También el corazón de Jesús se genera de un amor así: un amor que se da, que espera, que está abierto a recibir por siempre. El corazón de Jesús actúa para que germinen corazones así. El corazón de Jesús se entrega, aguarda y espera a cada uno de nosotros.

«Pedro, ¿me amas?». Conocemos bien la pregunta que Jesús dirige a Pedro, la pregunta que le traspasó el alma. Cada uno de nosotros desea que preguntas así le traspasen también. Pero solo Jesús sabe traspasar de esta forma nuestro corazón. Porque mientras sus labios pronuncian estas palabras, su mirada nos revela su inmenso amor por nosotros. Solo el amor de Cristo es capaz de tomar consigo el abismo que es nuestro corazón.

Imaginemos la vida de Pedro: el Pedro que escribe a los primeros cristianos, que guía las primeras comunidades, en Jerusalén primero y después en Antioquía, hasta llegar a Roma. «Pedro, ¿me amas?». Imaginemos cómo Pedro se deja empujar, día tras día, por el calor de esa pregunta y de esa mirada, la mirada de Jesús, ya siempre presente en su vida. Más presente que nunca, no podía eliminarla de su historia. Lo que Pedro vivía lo vivía suspendido en la Persona de Jesús, presente y vivo como al principio, más que al principio.

Pedro se fue haciendo cada vez más Apóstol, cada vez más enviado por el Señor, cada vez más conmovido por la mirada y las palabras de Jesús: «Pedro, ¿me amas?». De esta forma, Pedro descubre que la misión es un acontecimiento que se renueva cada día, siguiendo cotidianamente a Jesús. De esta forma, Pedro descubre que su misión nacía de la mirada misericordiosa de Jesús. Pedro, que vio con sus propios ojos subir al cielo a Jesús, después lo vuelve a encontrar presente en su camino. Pedro, que de joven iba donde quería y, ya anciano, aprendió qué significa tender los brazos y dejarse llevar por caminos jamás pensados ni queridos. Pedro, que, llegado a Roma, comprendió que el camino que hay que andar todos los días —para que el corazón sea aferrado por entero— es un camino no pensado por él. Pedro, en cuya mirada estaba indeleblemente impresa la presencia de Jesús y cuyo corazón llevaba la marca imborrable de dejarse tomar completamente por Él.

Este dejarse tomar por completo hace del corazón un corazón capaz de adorar auténticamente, de romper en pedazos cualquier forma viciada de poder, hace nuevo nuestro afecto, corta las alas a la tentación de mercantilizar lo que se nos da para vivir, libera en nosotros oleadas de gratuidad, nos vuelve a proporcionar un gusto pleno por todo lo que es bello, verdadero, justo y bueno.

Jesús es quien nos hace hombres libres en última instancia, libres porque nuestro corazón ha sido liberado, tomado totalmente por Él, que es inagotable amor e inagotable verdad.

Queridos amigos, hoy la Iglesia nos invita a celebrar la fiesta de san Marcos, evangelista. Marcos —según la tradición— escribió su evangelio en Roma, al dictado de Pedro, de quien era un leal secretario. La lectura del evangelio de Marcos transparenta el carácter esencial y concreto de Pedro. Su evangelio es el evangelio de los hechos, el evangelio que nos sitúa ante los fenómenos de la vida. La vida discurre a través de acontecimientos con los que el Señor de la historia escribe su historia, entreteje —con su libertad— una historia con cada uno de nosotros, con la libertad de cada uno de nosotros. Esa es la razón por la que nada de lo que ocurre es banal. Todo lleva inscrito dentro de sí el Designio misterioso con el que Dios conduce la historia. Cada pequeño hecho, evento o circunstancia participa de una misteriosa grandeza. Una grandeza que Jesús, resucitado y ascendido al cielo, transformado en Señor de la historia, confiere a cada acontecimiento, por pequeño e insignificante que pueda parecer. Gracias a la Pascua de Jesús, cada detalle de la vida humana y del mundo porta en sí su presencia, discreta y poderosa al mismo tiempo.

En el misterio de la Ascensión de Jesús al cielo se actualiza y revela todo lo anterior. Alude a ello el evangelio que acabamos de leer; alude a que Jesús «se sentó a la derecha de Dios», a que Jesús se adentró en el seno de toda circunstancia, en el seno de la creación, que «gime y sufre» con dolores de parto, el parto de un mundo renovado. Sabéis bien el interés y la claridad que don Giussani tenía sobre todo esto.

Jesús, constituido por el Padre como Señor de la historia, precisamente a través de los acontecimientos de la vida, se convierte en el gran interlocutor de nuestra libertad. Eso quiere decir que nuestra libertad, para actualizarse —para ser renovada y atraída por el bien— no puede saltarse nunca los acontecimientos y las situaciones en las que vivimos. Por tanto, el camino que nuestro corazón debe recorrer para volver a encontrarse consigo mismo —para ser conquistado por completo—, es el camino de la obediencia a la vida concreta, a la dureza de los hechos, que a menudo no se corresponden con lo que nosotros hubiéramos querido o imaginado. Es

la vía de la Cruz, la vía ya trazada delante de nosotros, dentro de las situaciones cotidianas, es la vía de la obediencia diaria a un camino que Dios esculpe a golpe de hechos. Una vía que se nos invita a recorrer aceptando permanecer en lo que sucede, por muy adverso o favorable que pueda parecerse. Porque para llegar a que Jesús nos aferre por entero, el corazón debe aceptar que Jesús lo tome todo a través de lo que la vida nos pide.

Esta es la vía de la santidad. Una santidad reencontrada en su esencial adhesión a la vida, gracias a la capacidad que tiene la fe para que nos apasionemos por la vida y que nos insertemos, profunda y definitivamente, dentro de todo lo que ocurre. Una santidad que nos sitúa —casi como Jesús— en el corazón de la realidad, lo que resulta ser el trazo más hermoso y fascinante de la vida cristiana auténtica. Un trazo que nadie hoy nos testimonia como lo hace el papa Francisco, que es como una lámpara de amor y de esperanza colocada delante de todos.

Un tenaz apego a la realidad protege a la santidad de las caricaturas con las que el poder de este mundo busca siempre deformarla. Y la hace deseable, atractiva, como lo es una vida bienaventurada y llena de dones. Es la experiencia que ya han hecho muchos amigos vuestros y compañeros de camino. Es la experiencia que estáis haciendo muchos de vosotros —estoy seguro—, tal vez algunos desconocidos para la mayoría.

La Iglesia os está agradecida por ello. Y Jesús también os está agradecido. Os estamos agradecidos por vuestro «sí» cotidiano, por el asentimiento, encubierto o evidente, con que obsequiáis a Jesús todos los días. No os preocupéis por cosechar pronto. Preocupaos en cambio por sembrar bien, que ya el Señor se encargará de cosechar y mostrar a todos los bienes que habéis acumulado en vuestro corazón. Preocupémonos por sembrar bien, al lado de Aquel que —sin interrupción— siembra bien en los corazones de los hombres la verdad, según los tiempos de su Designio, y sabe recoger y llevar fruto.

Jesús nos poda, nos purifica y nos corrige, según la medida de su misericordia. Nos cambia y nos invita a que nos dejemos cambiar. Según la medida cada vez mayor a la que nos invita, a la que invita a nuestro corazón, para que cada vez esté más cautivo de Él. Porque lo que el corazón desea es que se le aferre cada vez más, que se le abrace cada vez más, según una medida eterna. Según una medida que, en nosotros, nunca termina de realizarse.

Sé que don Giussani definía la misericordia de Dios como una «justicia que recrea» al hombre. ¡Es así! El Señor nos toma tal cual somos, pero no nos deja como nos encuentra, nos cambia según la medida exigente de su amor. Porque no es que su gracia llegue desde lo alto para justificarnos, dejándonos como somos, sino que es un don que entra en nosotros y nos

transforma, nos renueva siempre según la medida cada vez mayor a la que el Espíritu nos conduce.

Y este es mi augurio para todos vosotros. Deseo y rezo porque vuestro corazón y vuestra humanidad tiendan a crecer y a dilatarse cada vez más, según las medidas infinitas que nuestra naturaleza desea, conforme a los horizontes grandes que la Iglesia nos abre, según los planes buenos y misteriosos que Jesús mismo va realizando por nosotros.

Trabajad para esto, rezad para esto, estad dispuestos a ofrecerlos por esto. Tendréis a Dios como premio.

¡Amén!

ANTES DE LA BENDICIÓN

Julián Carrón. Eminencia Reverendísima, es un placer tenerle hoy con nosotros. Conozco al cardenal Müller desde hace años porque solía ir a la Facultad de Madrid para impartir cursos de Teología, hace ya muchos años. Es una gran alegría poder acogerle y agradecerle su disponibilidad para presidir la misa de nuestros Ejercicios.

Le agradezco también su delicado servicio a la custodia inestimable de la riqueza de la fe del pueblo cristiano a través de su ministerio, que desarrolla al servicio de la fe y del Santo Padre.

Estamos especialmente agradecidos porque su presencia hoy aquí renueva la alegría del vínculo con la paternidad del papa Francisco, que ha tenido la ocasión de manifestarse de forma conmovedora en la reciente audiencia del 7 de marzo en Roma. Deseamos servirle y seguirle con todas nuestras fuerzas, con el corazón y con los hechos, como siempre nos ha testimoniado don Giussani en su vínculo con Pedro.

Gracias, Eminencia.

Cardinal Müller. Permitidme unas palabras de agradecimiento. Mi primer agradecimiento se refiere a don Giussani. Del «sí» de su corazón a Jesús nació este numeroso pueblo. Impresiona pensar en los milagros que puede realizar el corazón de un hombre cuando entrega su «sí» por entero a Jesús.

Mi segundo agradecimiento se dirige a todos vosotros, porque sin vuestro «sí», sin el «sí» de cada uno a Jesús este pueblo no existiría. Ninguno de vosotros queda oculto a los ojos de Jesús; todos vosotros, uno a uno, sois importantes para Él. Gracias por vuestra fe y por vuestro testimonio a todo el mundo de hoy.

Permitid que Jesús alcance la periferia de vuestro corazón y seréis capaces de llevarle a todas partes, hasta las extremas periferias del mundo

—como nos pide el papa Francisco—, hasta los extremos confines de la tierra, a los confines de la existencia humana —como nos pide Jesús—.

Mi último agradecimiento, *last but not least*, se dirige a don Julián Carrón, por su amistad *desde Madrid* (los tiempos de Madrid, por eso lo digo en español) y por haberme invitado a rezar junto a vosotros. Le agradezco también la guía humilde y segura con la que conduce vuestras comunidades. Su humildad y su fe cierta son conocidas para todos vosotros y para todos nosotros; dan un gran y buen ejemplo de cristianismo vivo, de testimonio personal de Jesucristo.

Gracias también en nombre de la Iglesia por lo que sois y vivís. ¡Rezad por mí! Son palabras del Santo Padre Francisco que conocemos bien; siempre pide la oración del pueblo de Dios, del que es sumo pastor, y que estableció Jesucristo, nuestro Salvador.

Ayer me recibió en audiencia el Santo Padre y le hablé de este encuentro, de esta misa de hoy con ocasión de los Ejercicios, me pidió que os trajese a todos sus cordiales deseos y su bendición para todos vosotros.

Sábado 25 de abril por la tarde

A la entrada y a la salida:

Ludwig Van Beethoven, Concierto para violín y orquesta en re mayor, op. 61

David Oistrakh, violín

André Cluytens Orchestre National de la Radiodiffusion Française

“Spirto Gentil” n. 6, EMI

Julián Carrón. Esta mañana se ha mostrado con claridad nuestra continua necesidad de desplazarnos de nosotros mismos y la urgencia de Cristo, de una mano que nos le ofrezca ahora. ¿Quién mejor que don Giussani nos ha testimoniado lo que significa vivir con esa Presencia en la mirada? ¿Y puede haber algo mejor que escucharle a él para que nos diga cuál es la naturaleza del carisma y llevarnos una vez más —como hacía siempre— al centro, a Cristo?

Hemos pensado que lo mejor que podemos hacer para recordarle a los 10 años de su muerte es ver juntos el vídeo de la intervención de don Giussani en los Ejercicios espirituales de los universitarios del movimiento en 1994, que fue publicado con el título *Reconocer a Cristo*.

■ SEGUNDA MEDITACIÓN

Luigi Giussani

Reconocer a Cristo

La meditación de esta mañana terminaba con una frase lapidaria de Kafka: «Existe un punto de llegada, pero ningún camino»¹. Es innegable: hay algo ignoto. Los geógrafos antiguos trazaban prácticamente una analogía entre lo ignoto y la famosa «*terra incognita*» que cerraba sus grandes mapas; en los márgenes del pergamino señalaban: tierra desconocida. En los márgenes de la realidad que el ojo abarca, que el corazón siente, que la mente imagina hay algo ignoto. Todos lo sienten. Todo el mundo lo ha sentido siempre. En todas las épocas los hombres lo han sentido tanto que hasta lo han imaginado. En todas las épocas los hombres han intentado, a través de sus elucubraciones o de su fantasía, imaginar, descubrir el rostro de lo ignoto. Tácito, en su *Germania*, describía así el sentimiento religioso que caracterizaba a los antiguos

¹ Meditación llevada a cabo durante los Ejercicios espirituales de los universitarios de CL («Reconocer a Cristo», diciembre 1994), publicada en el volumen: L. Giussani, *El templo y el tiempo. Dios y el hombre*, Encuentro, Madrid 1995, pp. 45-90.

¹ F. Kafka, «Gli otto quaderni in ottavo», en *Confessioni e diari, Terzo quaderno*, Mondadori, Milano 1972, p. 716.

teutones: «*secretum illud quod sola reverentia vident, hoc deum appellant*»² (esa cosa misteriosa que intuían con temor y temblor, a esto llamaban Dios, y a esto es a lo que siguen llamando Dios). Los hombres de todos los tiempos, sea cual sea la imagen que se hayan formado de ello, *hoc deum appellant*, llaman Dios a esta realidad ignota ante la cual pasan las miradas de una mayoría indiferente, pero también las de un gran número de apasionados. Indudablemente, entre los apasionados están esos trescientos que desfilaron hace poco con el cardenal Martini desde San Carlo hasta el Duomo de Milán. ¡Trescientos representantes de religiones distintas! ¿Y cómo se puede llamar, con un denominador común, a eso que trataban de expresar y honrar con su participación en la gran iniciativa del cardenal de Milán? Un *secretum illud*, algo misterioso, tierra incógnita, algo que no se puede conocer, ¡no conocible!

Me gustaría recordar ahora un ejemplo que se encuentra en el segundo volumen de la Escuela de comunidad³. Quien lo haya leído ya lo conoce. Imaginaos el mundo de los hombres, la historia humana, como una inmensa llanura, y que en esta inmensa llanura hay una inmensa multitud de asociaciones, de empresas constructoras, especialmente preparadas para construir caminos y puentes. Cada una en su rincón, desde su rincón, trata de lanzar, a partir del punto en que está, desde el momento efímero en que vive, hasta el cielo bordado de estrellas, un puente que una los dos extremos, conforme a la imagen de Víctor Hugo en su bello poema de *Les contemplations* titulado «Le Pont»⁴ («El Puente»). En él se imagina a un individuo, a un hombre que, sentado en la playa por la noche, una noche estrellada, mira fijamente la estrella más grande, aparentemente más cercana, y piensa en los millares y millares de arcos que habría que levantar para construir ese puente, un puente que jamás se podría tender, que jamás se podría realizar. Imaginaos, pues, esta llanura inmensa, toda ella abarrotada de intentos por parte de múltiples grupos,

² Tácito, *Germania*, IX, 2.

³ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2011, pp. 40-41.

⁴ «J'avais devant les yeux les ténèbres. L'abîme / Qui n'a pas de rivage et qui n'a pas de cime, / Était là, morne, immense; et rien n'y remuait. / Je me sentais perdu dans l'infini muet. / Au fond, à travers l'ombre impénétrable voile, / On apercevait Dieu comme une sombre étoile. / Je m'écriai: – Mon âme, ô mon âme! il faudrait, / Pour traverser ce gouffre où nul bord n'apparaît, / Et pour qu'en cette nuit jusqu'à ton Dieu tu marches, / Bâtir un pont géant sur des millions d'arches. / Qui le pourra jamais? Personne! ô deuil! effroi! / Pleure! – Un fantôme blanc se dressa devant moi / Pendant que je jetais sur l'ombre un œil d'alarme, / Et ce fantôme avait la forme d'une larme; / C'était un front de vierge avec des mains d'enfant; / Il ressemblait au lys que sa blancheur défend, / Ses mains en se joignant faisaient de la lumière. / Il me montra l'abîme où va tonte poussière, / Si profond que jamais un écho n'y répond; / Et me dit: – Si tu veux je bâtirai le pont. / Vers ce pâle inconnu je levai ma paupière. / – Quel est ton nom? lui dis-je. Il me dit: – La prière» (V. Hugo, «Le pont», en *Les Contemplations*, Garnier Frères, Paris 1969, p. 335).

grandes y pequeños, e incluso por parte de algún que otro personaje solitario, como en la imagen de Víctor Hugo, cada uno aplicando el proyecto que ha imaginado, que ha soñado. De repente se oye en la inmensa llanura una voz potente que dice: «¡Parad! ¡Parad todos!». Y todos, los obreros, los ingenieros y los arquitectos, interrumpen su trabajo y miran hacia el lugar de donde proviene la voz. Es un hombre que, alzando sus brazos, continúa: «Sois grandes, vuestro esfuerzo es noble, pero este intento vuestro, aunque sea grande y noble, resulta triste; por eso tantos lo abandonan y no piensan más en ello, se vuelven indiferentes. Es grande, pero triste, porque jamás llega a su término, jamás consigue llegar hasta el final. Sois incapaces de ello porque no tenéis poder para alcanzar ese objetivo. Hay una desproporción que no puede colmarse entre vosotros y la última estrella del cielo, entre vosotros y Dios. No podéis imaginaros el Misterio. Ahora dejad ese trabajo tan duro e ingrato, y seguidme: Yo os construiré ese puente; es más, ¡Yo soy ese puente!; Porque Yo soy el camino, la verdad y la vida!»⁵.

Estas cosas no se comprenden en su estricto valor intelectual si uno no se identifica con ellas, si uno no trata de identificarse con el corazón. Imaginaos, por ejemplo, que estáis en unas dunas cercanas al mar, y veis un corrillo de personas del pueblo vecino que están escuchando a uno de ellos hablar, uno que está allí en medio del grupo al que está hablando. Vosotros pasáis por allí para ir a la playa a la que os dirigís; pasáis cerca, y mientras pasáis y miráis con curiosidad, oís decir al individuo que está en medio: «Yo soy el camino, la verdad, la vida. Yo soy el camino, la verdad...». El camino que no se puede conocer del que hablaba Kafka: «Yo soy el camino, la verdad, la vida». Imaginaos, haced un esfuerzo de imaginación, de fantasía: ¿qué haríais? ¿qué diríais? Por muy escépticos que seáis no podríais evitar que vuestros oídos se sintieran atraídos hacia allí y, por lo menos, miraríais con extrema curiosidad a ese individuo que, o bien está loco, o dice la verdad: *tertium non datur*. O está loco o es verdad lo que dice. Tanto es así que solo ha existido un hombre, uno, que haya dicho esta frase, uno solo en toda la historia del mundo, ¡del mundo! Un hombre que hablaba en medio de un grupillo de gente, muchas veces en medio de un grupillo de gente, y muchas otras en medio de una muchedumbre.

Así pues, en la gran llanura todos interrumpen el trabajo y prestan atención a esa voz, mientras Él repite continuamente las mismas palabras. ¿Quiénes fueron los primeros que se sintieron molestos con ello? Los ingenieros, los arquitectos, los dueños de las diversas empresas constructoras, que dijeron casi de inmediato: «¡Venga chicos, al trabajo, al trabajo! ¡Obreros, al trabajo! ¡Ese es un fanfarrón!». Era una alternativa radical, *tranchant*, a su proyecto,

⁵ Cf. Jn 14, 6.

a su creatividad, a sus ganancias, a su poder, a su renombre, a sí mismos. Era la alternativa a ellos mismos. Después de los ingenieros, los arquitectos y los jefes, también los obreros, medio riendo, con más dudas, desviaron la mirada de aquel individuo, hablando sobre él durante algún tiempo y tomándolo a broma, o diciendo: «Quién sabe, vete a saber quién es, ¿estará loco?». Pero algunos, en cambio, no. Algunos oyeron un acento que no habían oído jamás, y cuando el ingeniero, el arquitecto o el dueño de la empresa les decía «Vamos, deprisa, ¿qué hacéis ahí?, ¿qué estáis mirando todavía ahí?», ellos no respondían: seguían mirándole. Y él caminaba. Entonces se fueron con él. Entre ciento veinte millones eran doce. Pero aconteció: *es un hecho histórico*.

Lo que Kafka dice («ningún camino») no es cierto históricamente. Paradójicamente se podría decir que es cierto teóricamente, pero no históricamente. ¡El misterio no se puede conocer! Esto es cierto teóricamente. ¡Pero si el misterio llama a tu puerta...! «Si alguno me abre yo entraré y cenaré con él»⁶. Son palabras que se leen en la Biblia, palabras de Dios en la Biblia. Pero es, además, un hecho que ha acontecido.

* * *

El capítulo primero del evangelio de san Juan, que es la primera página literaria que habla de ello, además del anuncio general —«El Verbo se ha hecho carne», aquello de lo que toda la realidad está hecha se ha hecho hombre—, contiene el recuerdo de los primeros que le siguieron, de los que resistieron la presión que les hacían los ingenieros y los arquitectos. En una página uno de ellos anotó sus primeras impresiones y los rasgos de aquel primer momento en que el hecho sucedió. En efecto, el primer capítulo de san Juan contiene una serie de apuntes que son precisamente notas sacadas de su memoria. Siendo él uno de los dos primeros discípulos, ya anciano, recuerda los apuntes que perduraban en su memoria. Porque la memoria tiene su propia ley. La ley de la memoria no es una continuidad sin espacios en blanco, como ocurre, por ejemplo, en una creación imaginaria, de ficción. La memoria literalmente «toma apuntes» como estáis haciendo ahora vosotros: una nota, una línea, un punto, y este punto encierra muchas cosas, de modo que la segunda frase parte ya de las muchas cosas supuestas en el primer punto. Las cosas están más supuestas que dichas; sólo se narran algunas como puntos de referencia. Por esto yo, a mis setenta años de edad, releo ese pasaje por enésima vez sin ningún síntoma de cansancio. Os reto a imaginar algo que sea de por sí más grave, que tenga más peso, en el sentido latino de *pondus*, que sea más grande, que desafíe más la existencia del hombre, que esté más repleto de consecuencias en la historia que esto, que este hecho, a pesar de su fragilidad aparente.

⁶ Cf. Ap 3, 20.

«Aquel día estaba Juan allí de nuevo con dos de sus discípulos. Fijando su mirada en Jesús que pasaba dijo...». Imaginad la escena. Llevaban 150 años esperándolo. El pueblo hebreo, que siempre, a lo largo de toda su historia, durante dos milenios, había tenido algún profeta, alguno reconocido por todos, tras 150 años, por fin, tenía un nuevo profeta: se llamaba Juan el Bautista. Hablan también de él otros escritos de la antigüedad; está, pues, documentado históricamente. Toda la gente—ricos y pobres, publicanos y fariseos, amigos y contrarios—iba a oírle y a ver cómo vivía, al otro lado del Jordán, en tierra desierta, comiendo langostas y hierbas silvestres. Tenía siempre un corro de personas a su alrededor. Entre estas personas estaban también aquel día dos que habían ido por primera vez y que venían, por así decirlo, del campo: del lago, que estaba bastante lejos y se encontraba fuera de la influencia de las ciudades importantes. Estaban allí como dos pueblerinos que van por primera vez a la ciudad, desorientados, mirando con ojos asombrados a todo lo que sucedía a su alrededor y, sobre todo, mirándole a él. Estaban allí con la boca abierta y con los ojos abiertos de par en par mirándole, escuchándole, atentísimos. De repente, uno del grupo, un hombre joven, se marcha tomando el sendero que bordea el río para ir hacia el norte. Y Juan el Bautista, de improviso, con la mirada fija en él, grita: «¡He ahí el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo!». La gente no se movió, porque estaba acostumbrada a oír de vez en cuando al profeta expresarse con frases extrañas, incomprensibles, sin nexo aparente entre ellas, sin contexto; por eso la mayor parte de los presentes no hizo caso de ello. Pero los dos que venían por primera vez, que estaban allí pendientes de todas las palabras que decía Juan, que miraban sus ojos y los seguían hacia donde él dirigía su mirada, vieron que se fijaba en aquel individuo que se iba, y se marcharon detrás. Le seguían manteniéndose a distancia, por temor, por vergüenza, pero extrañamente, profundamente, oscuramente y sugestivamente movidos por la curiosidad. «Aquellos dos discípulos, oyéndole hablar así, siguieron a Jesús. Jesús se volvió y al ver que le seguían dijo: ‘¿Qué buscáis?’. Le respondieron: ‘Rabí, ¿dónde vives?’ Les dijo: ‘Venid y lo veréis’». Esta es la fórmula, *la* fórmula cristiana. El método cristiano es este: «Venid y lo veréis». «Y fueron, vieron dónde vivía, y se quedaron con Él aquel día. Eran alrededor de las cuatro de la tarde». No especifica cuándo se fueron, o cuándo empezaron a seguirle. Como decía antes, todo el párrafo, y también el siguiente, está hecho a base de apuntes: las frases terminan en un punto que da por descontado que ya se saben muchas cosas. Por ejemplo: «Eran alrededor de las cuatro de la tarde»; pero, ¿quién sabe cuándo se fueron, cuándo se marcharon de allí? Sea como fuere, eran las cuatro de la tarde. Uno de los dos que habían oído las palabras de Juan el Bautista y habían seguido a Jesús se llamaba Andrés y era hermano de Simón Pedro. Se encontró, en primer

lugar, con su hermano Simón... Dejan a Jesús y el primero con el que Andrés se encuentra es con su hermano Simón que volvía de la playa, de pescar o de repasar las redes para pescar, y le dice: «Hemos encontrado al Mesías». No narra nada, no cita nada, no documenta nada: es cosa ya sabida, está claro, ¡son apuntes de cosas que todo el mundo sabe! Pocas páginas se pueden leer con tanto realismo y veracidad, tan sencillamente verídicas, donde no se añade ni una sola palabra al puro recuerdo.

¿Cómo pudo decir: «Hemos encontrado al Mesías»? Jesús, al hablar con ellos, les diría esta palabra propia de su vocabulario. Porque decir espontáneamente que aquel era el Mesías, tan seguros como de que «dos y dos son cuatro», habría sido de otro modo imposible. Pero se ve que estando allí durante horas escuchando a aquel hombre, mirándole, viéndole hablar —¿había alguien que hablase así? ¿Quién había hablado así hasta entonces? ¿Había alguien que hubiese dicho esas cosas? ¡Nunca se habían oído! ¡Nunca se había visto a alguien como Él!—, lentamente se iba abriendo paso en su ánimo la expresión: «Si no creo en este hombre no puedo creer en nadie, ni siquiera en mis propios ojos». No es que lo dijeran, ni que lo pensaran; lo sintieron, no lo pensaron. Aquel hombre diría, pues, entre otras cosas, que Él era el que tenía que venir, el Mesías que tenía que venir. Y fue tan obvio el carácter excepcional de su anuncio (de su afirmación), que ellos lo asumieron como si fuese algo sencillo —¡de hecho era algo sencillo!—, como si fuese algo fácil de entender.

«Y Andrés le llevó a donde estaba Jesús. Jesús, con la mirada fija en él, le dijo: ‘Tú eres Simón, el hijo de Juan. Tú te llamarás Cefas, que quiere decir piedra’». Los judíos solían cambiar el nombre de uno para indicar su carácter, o para indicar algún hecho que le había sucedido. Imaginaos, pues, a Simón que va con su hermano, lleno de curiosidad y un poco de temor, que mira fijamente a ese hombre a cuyo encuentro le conduce su hermano. Aquel hombre le estaba mirando ya desde lejos. De qué modo le miraría que comprendió su carácter hasta la médula: «Tú te llamarás Piedra». Pensad en uno que se siente mirado así, que se siente alcanzado en lo más profundo de sí mismo por alguien que acaba de conocer, absolutamente extraño. «Al día siguiente, Jesús quiso partir hacia Galilea...». Se trata de media página compuesta de este modo, a base de breves alusiones y de puntos en los que se da por descontado que lo que había sucedido lo sabían todos, que era algo evidente para todos.

«Existe un punto de llegada, pero ningún camino». ¡No! El hombre que dijo «Yo soy el camino» es *un hecho histórico que ha acontecido* y cuya primera descripción está en esta media página que he empezado a leer. Y cada uno de nosotros sabe que ha sucedido. Nada ha sucedido en el mundo tan impensable y tan excepcional como aquel hombre del que estamos hablando: Jesús de Nazaret.

* * *

Pero aquellos dos, los dos primeros, Juan y Andrés –Andrés, muy probablemente, estaba casado y tenía hijos–, ¿cómo es posible que quedaran cautivados tan de repente y pudieran reconocerle? No existe otra palabra que pueda emplearse adecuadamente más que esta: reconocerle. Diré que, si este hecho sucedió, reconocer a aquel hombre, reconocer quién era aquel hombre, no de manera exhaustiva y detallada sino como algo excepcional, algo fuera de lo común –absolutamente fuera de lo común–, que ningún análisis podía deducir, reconocer esto debía de ser fácil. Si Dios se hiciese hombre y viniese a vivir entre nosotros, si viniese ahora, si se hubiese colado entre el gentío actual, si estuviese aquí entre nosotros, reconocerle, *a priori* lo digo, debería de ser *fácil*, tendría que ser fácil reconocer su valor divino. ¿Por qué sería fácil reconocerle? Por su carácter excepcional, por una excepcionalidad incomparable. Yo tengo delante algo excepcional, un hombre excepcional, sin comparación posible.

¿Qué quiere decir excepcional? ¿Qué significa? ¿Por qué te impacta lo excepcional? ¿Por qué sientes como «excepcional» una cosa que es excepcional? Porque *corresponde* a las expectativas de tu corazón, por muy confusas y nebulosas que sean. Corresponde de repente –¡de improviso!– a las exigencias de tu alma, de tu corazón, a las exigencias irresistibles e innegables que tiene tu corazón, como nunca lo habrías podido imaginar ni prever, porque no existe nadie como ese hombre. Lo excepcional es, pues, paradójicamente, que aparezca, que se manifieste lo que es más natural para nosotros. Y ¿qué es lo más natural para mí? Que lo que deseo suceda. ¡Nada más natural que esto! Que aquello que más deseo suceda: esto es lo natural. Sin embargo, toparse con algo que es absoluta y profundamente natural, porque corresponde a las exigencias del corazón que la naturaleza nos ha dado, es absolutamente excepcional. Es como una contradicción extraña: lo que sucede corrientemente nunca es excepcional, realmente excepcional, porque no logra responder adecuadamente a las exigencias del corazón. Consideramos excepcional algo cuando nos hace latir el corazón por una correspondencia a la que atribuimos un cierto valor, pero que el día después impugnará, o que al año se habrá vaciado.

Es el carácter excepcional con el que se presenta la figura de Cristo lo que hace fácil reconocerle. Hace falta imaginar, como he dicho antes; es necesario identificarse con estos acontecimientos. Si pretendes juzgarlos, si quieres juzgarlos, no digo comprenderlos, sino juzgarlos sustancialmente, determinar si son verdaderos o falsos, es la sinceridad de tu identificación lo que te permitirá ver como verdadero lo que es verdadero y no como falso, y que tu corazón no dude de lo verdadero. Es fácil reconocer su ontología divina

porque es excepcional, porque corresponde al corazón: uno *asiente* y no se alejaría nunca, lo cual es signo de su correspondencia con el corazón. No se alejaría nunca y le seguiría toda la vida, como de hecho le siguieron ellos los otros tres años que vivió.

Pero imaginad a aquellos dos escuchándole durante varias horas y que luego tienen que volver a casa. Él se despide y ellos se marchan callados, en silencio, porque les invade la impresión de haber presentado el misterio, de haberlo sentido. Y después se separan. Cada uno se va a su casa. No se despiden. No es que no se despidan, sino que lo hacen de otro modo: se despiden sin despedirse, porque están llenos de lo mismo. Los dos son una sola cosa, porque están llenos de lo mismo. Andrés entra en su casa, se quita el manto y su mujer le dice: «Pero, Andrés, ¿qué pasa? Estás diferente, ¿qué te ha sucedido?». Imaginemos que él, abrazándola, rompiese a llorar y que ella, turbada, siguiese preguntándole: «Pero, ¿qué te pasa?». Él seguía abrazando a su mujer, que no se había sentido abrazada así en toda su vida: ¡Era otro! Era él, pero era otro. Si le hubiesen preguntado «¿Quién eres?», habría dicho: «Me doy cuenta de que soy otro... Después de haber oído a ese individuo, a ese hombre, soy otro». Amigos, esto, sin muchas sutilezas, es lo que sucedió.

No solo es fácil reconocerle, no solo fue fácil reconocer su excepcionalidad –porque «si no creo en este hombre ya no podría creer siquiera en mis propios ojos»⁷–, sino que también fue fácil comprender qué tipo de moralidad, es decir, qué tipo de relación nacía de Él. Porque la moralidad es la relación con la realidad en cuanto creada por el misterio, es la relación justa, ordenada con la realidad. Fue fácil, les resultó fácil comprender lo sencilla que era la relación con Él, lo sencillo que era seguirle, ser coherentes con Él, coherentes con su presencia –ser coherentes con su presencia–.

* * *

Hay otra página de san Juan que cuenta estas cosas de un modo espectacular: es el último capítulo de su evangelio, el vigésimo primero. Cuenta que una mañana estaban en la barca, volviendo ya a tierra, y no habían pescado nada. Cuando estaban aún a varios centenares de metros de la orilla se dieron cuenta de que había un hombre allí, erguido –había preparado una pequeña hoguera y por eso se le veía a cien metros de distancia–, que les interpeló de una forma que ahora no detallo. Juan dijo antes que nadie: «¡Es el Señor!».

Pedro se lanza sin pensárselo al agua y en cuatro brazadas alcanza la orilla: y es el Señor. Mientras tanto llegan los demás, pero nadie habla. Se ponen todos en corro, en silencio. Permanecen callados porque todos sabían que era el Señor resucitado: había muerto y se les había aparecido ya varias veces

⁷ Cf. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., pp. 71 y 88.

después de haber resucitado. Esta vez había preparado para ellos pescado asado. Todos se sientan y comen. En el silencio casi total que pesaba sobre la playa, Jesús, recostado, miró al que tenía a su lado, que era Simón Pedro. Le miró fijamente y Pedro sintió sobre él –imaginemos cómo lo sintió– el peso de aquella mirada, porque se acordaba de su traición de pocas semanas antes, y de todo lo que había hecho –hasta el punto de que Jesús le había llamado una vez Satanás: «Apártate de mí, Satanás, escándalo para mí, para el destino de mi vida»⁸–. Se acordaba de todos sus defectos, porque cuando uno se equivoca gravemente le vienen también a la mente el resto de errores, incluso los menos graves. Pedro se sintió aplastado bajo el peso de su incapacidad, su incapacidad para ser hombre. Y aquel hombre recostado allí a su lado abre la boca y le dice: «Simón (imaginaos cómo debía temblar Simón), ¿me amas?».

Si intentáis identificaros ahora con esta situación temblaréis solo de pensarlo, de pensar en esta escena tan dramática. Y es dramática porque describe muy bien lo humano, lo expone con claridad, lo exalta. Porque el drama exalta los factores humanos, no los aniquila, como la tragedia. El nihilismo conduce a la tragedia; en cambio este encuentro introduce en la vida el drama, pues el drama es la relación que se vive entre un «yo» y un «tú».

Entonces, como un suspiro, apenas como un suspiro, Pedro respondió. Su respuesta fue apenas musitada, como un suspiro. No se atrevía, pero...: «No sé cómo, pero sí, Señor, yo te amo; no sé cómo, pero es así» (como decía el vídeo que algunos de nosotros vieron hace pocas semanas)⁹. «Sí, Señor. No sé cómo, no puedo decirte cómo, pero...».

En resumidas cuentas, era facilísimo mantener, vivir la relación con aquel hombre. Bastaba adherirse a la simpatía que provocaba, una *simpatía profunda*, parecida a la simpatía vertiginosa y carnal que siente el niño hacia su madre, que es simpatía en el sentido más intenso del término. Bastaba con adherirse a la simpatía que provocaba. Porque, después de todo lo que le había hecho, después de su traición, se encontró frente a la pregunta: «Simón, ¿me amas?». Tres veces. Y a la tercera vez dudó –puede que hubiera también duda en la pregunta– y respondió más extensamente: «Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero. Mi simpatía humana es para ti; mi simpatía humana es tuya, Jesús de Nazaret».

Se aprende de algo excepcional cuando se está dentro de una simpatía: esta es la lógica del conocimiento y la lógica de la moralidad que la convivencia con aquel individuo requería, solo esto. Aprender, en última instancia,

⁸ Cf. *Mc* 8, 33.

⁹ Los textos y las imágenes de ese vídeo han sido publicadas en *30 Días*, año IX, n. 89, Madrid 1995, pp. 33-48, inserto central bajo el título «Simón, ¿tú me amas?».

es una simpatía. Como el niño con su madre; puede equivocarse mil veces al día, cien mil veces al día, pero si se le separa de su madre, ¡ay de él! Si el niño pudiera comprender la pregunta «¿Amas a esta mujer?» y responder, pensad con qué grito diría «¡sí!». Cuanto más se hubiese equivocado, más gritaría que sí para afirmarlo. Estoy hablando como hombre a hombres que, por ser jóvenes, tenéis menos prejuicios; o mejor, estáis «lentos» de prejuicios, pero son los de los adultos.

¿Qué es, entonces, en el fondo, lo que esta moralidad de la simpatía hacia Él exige que tú hagas, que tú llesves a cabo? *Observarle*, ese observarle activo que se llama seguir. *Seguirle*. De hecho, ellos volvieron con Él al día siguiente. Y Él volvió con ellos al tercer día, porque vivía en un pueblo cercano. Empezó a ir a pescar con ellos, y por la tarde iba a buscarles a la playa cuando ordenaban las redes. Y cuando empezó a ir de vez en cuando a los pueblos del interior, iba antes a buscarles y les decía: «¿Venís conmigo?». Algunos iban, otros no; pero al final acabaron yendo todos. Pasaban con Él algunas horas, después algunas horas más, y luego el día entero. Después empezó a pasar fuera también las noches, y ellos le seguían, olvidando su casa... ¡Pero no es que olvidaran su casa! Había algo más grande que su casa, había algo de lo que nacía su casa, de lo que nacía el amor a su mujer, que podía salvar el amor con que miraban a sus hijos y con que les veían con preocupación hacerse mayores; había algo que salvaba todo esto más que sus pobres fuerzas y su débil imaginación. ¿Qué podían hacer ellos frente a los años de carestía o frente a los peligros con los que se topaban sus hijos? ¡Le siguieron! Todos los días escuchaban lo que decía; todo el mundo estaba allí con la boca abierta, y ellos con la boca más abierta aún. No se cansaban de oírle.

Además, era bueno. «Tomó a un niño, le estrechó contra sí y dijo: ‘Ay de aquel que haga el menor daño al más pequeño de estos niños’»¹⁰. Y no hablaba de no hacer daño físico a los niños, pues se tiene por lo general un poco más de reparo en hacerlo –ahora no, y este es otro triste síntoma de nuestros tiempos–, sino que hablaba de escandalizar a los niños, que es –aunque nadie lo piense– hacerles daño. Era bueno. Cuando vio aquel funeral, enseguida se informó: «¿Quién es?». «Es un adolescente que perdió a su padre hace poco tiempo». Su madre iba gritando y llorando detrás del féretro, no ritualmente como se solía hacer entonces sino como hace la naturaleza del corazón de una madre cuando se expresa libremente. Se abrió paso hasta ella y le dijo: «Mujer, ¡no llores!»¹¹. Pero, ¿hay algo más injusto que decirle a una mujer viuda cuyo hijo ha muerto, «Mujer, no llores»? Y, sin embargo, era señal de una compa-

¹⁰ Cf. *Mt* 18, 2-6 y *Mc* 9, 36-42.

¹¹ Cf. *Lc* 7, 11-13.

sión, de un afecto, de una participación en el dolor que no tenía límites. Le dijo al hijo: «¡Levántate!». Y le restituyó su hijo. Pero no podía devolverle el hijo sin decir algo antes: habría quedado como un profeta y taumaturgo lleno de gravedad, como un hombre capaz de obrar milagros. «Mujer, ¡no llores!», le dijo. Y le restituyó su hijo. Pero primero le dijo: «Mujer, ¡no llores!».

Imaginaos esto durante un año o dos, imaginad que le hubierais escuchado todos los días, que hubierais sentido esa bondad suya, que hubierais visto ese poder suyo sobre la naturaleza, una naturaleza que parecía estar a su servicio.

* * *

Aquella tarde se fue en la barca con ellos y se hizo de noche. De repente se levantó un viento impetuoso y se desencadenó una tempestad terrible sobre el lago de Genesaret; y estaban a punto de irse a pique. La barca estaba llena de agua y Él dormía; estaba tan cansado que ni siquiera sentía la tempestad y dormía en popa. Uno de ellos dijo: «¡Maestro, despiértate, despiértate, que nos hundimos!». Y Él alzó la cabeza, extendió la mano, «increpó al viento y al mar y sobrevino una gran bonanza». Aquellos hombres –termina el Evangelio– llenos de temor se decían unos a otros: «¿Pero, quién es este?»¹².

Esta pregunta da comienzo al problema de Cristo en la historia del mundo y hasta el fin del mundo; esta precisa pregunta que se encuentra en el capítulo octavo del evangelio de san Lucas. Era gente que le conocía muy bien, que conocía a su familia; le conocían como la palma de su mano, le seguían ¡hasta el punto de que habían abandonado su casa! Pero era tan desproporcionado el modo de actuar de aquel hombre, tan inconcebible, tenía tal soberanía, que entre sus amigos surgía espontáneamente la pregunta: «¿Quién es este?». Es decir: «¿Qué es lo que hay detrás de él?». No hay nada que desee más el hombre que esta «incomprensibilidad». No hay nada que desee más ardentemente, aunque sea con temor, sin ser consciente, que esta presencia inexplicable. Porque esto es Dios. Esta es la señal que enlaza al hombre con el misterio.

De hecho, es la misma pregunta que le hicieron sus enemigos al final de su vida antes de matarle. Pocas semanas antes de matarle, discutiendo con Él, le dijeron: «¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo –literalmente–? Dinos de dónde vienes y quién eres»¹³. Tenían su empadronamiento, era alguien que se había empadronado en el registro hacía treinta y tres años. De ningún otro hombre en el mundo se ha podido decir «¿Pero quién es este que hace estas cosas?», obligado por el asombro y la desproporción entre lo que se imagina como posible y la realidad que se tiene delante.

¹² Cf. *Mt* 8, 23-27 y *Lc* 8, 22-25.

¹³ Cf. *Jn* 10, 24.

Como aquella vez en que dio de comer a más de cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y los niños –quitándoles el hambre misteriosamente–, y después desapareció porque ellos querían hacerle rey. Viéndose afectados en el ámbito económico, dijeron: «¡Este es realmente el Mesías que tenía que venir!»¹⁴, volviendo así, de repente, a la mentalidad común con la que habían vivido siempre, la que todos tenían. Pues, como les habían enseñado sus jefes, el Mesías tenía que ser un hombre poderoso que habría de dar a Israel, su pueblo, la supremacía sobre el mundo.

Huyó de ellos, y muchos intuyeron que había ido a Cafarnaún. Dieron entonces la vuelta al lago para alcanzarle al atardecer del sábado. Y fueron a la sinagoga, pues era ese el lugar donde podían encontrarle. Él tomaba siempre como punto de partida para hablar el pasaje bíblico que se le proponía al pueblo aquel día, a partir del rollo que escogía el sirviente. En efecto, estaba justamente allí, en la sinagoga, hablando. Y les estaba diciendo que sus padres habían comido el maná, pero que Él daba de comer algo mucho más grande, su palabra, y que su palabra era verdad. Les daba de comer la verdad, les daba de beber la verdad, la verdad de la vida y del mundo.

Entonces se abre la puerta del fondo y entra aquel grupo que le estaba buscando, que, por así decirlo, le había perseguido. Le buscaban. Le buscaban por un motivo equivocado, porque querían hacerle rey. No porque estuvieran impresionados por el signo que constituía Él mismo, por el misterio de su persona, que el poder de sus gestos aseguraba, sino porque buscaban en Él un interés material. Era un motivo equivocado, pero le buscaban. Le buscaban, pues, en efecto, había nacido para que todo el mundo le buscara.

Se conmovió, y de repente –pues, siendo hombre como nosotros, las ideas le venían igual que a nosotros a partir de las circunstancias– le vino a la mente una idea fantástica. Cambió el sentido de lo que estaba diciendo y exclamó: «¡No os voy a dar solo mi palabra sino que os daré a comer mi cuerpo y a beber mi sangre!»¹⁵. ¡El pretexto! Por fin los políticos, los periodistas y los «telepresentadores» de entonces tuvieron un pretexto: «Está loco, ¿quién puede dar a comer su carne?». Cuando decía algo que le apremiaba y la gente no entendía o se escandalizaba por lo que decía, Él no daba explicaciones sino que repetía y repetía: «En verdad os digo, quien no coma mi carne no podrá empezar a comprender la realidad, no podrá entrar en el reino del ser para comprender la realidad, no podrá entrar en las entrañas de la realidad, porque esto es lo verdadero». Se marcharon todos: «Está loco, está loco» decían,

¹⁴ Cf. *Jn* 6, 14-15.

¹⁵ Cf. *Jn* 6, 48-54.

durusest hic sermo, «tiene una forma de hablar estrambótica»¹⁶. Hasta que en la penumbra de la tarde se quedó Él solo con los doce de siempre. Ellos estaban también en silencio y cabizbajos. Imaginaos la escena en la pequeña sinagoga de Cafarnaún, que es como un aula escolar de 30 o 40 asientos. «¿También vosotros queréis marcharos? No retiro lo que he dicho: ¿también vosotros queréis irnos?». Y Simón Pedro, el testarudo Pedro, dice: «Maestro, tampoco nosotros comprendemos lo que dices, pero, lejos de ti, ¿adónde iremos? Solo tú tienes palabras que dan sentido a la vida»¹⁷. Kafka: «Existe un punto de llegada, pero ningún camino». Aquel hombre era el camino. «Si nos vamos de tu lado, ¿adónde iremos? ¿Cuál será el camino, cuál puede ser el camino? ¡El camino eres Tú!».

* * *

Aquellos dos, Juan y Andrés, y aquellos doce, Simón y los demás, se lo dijeron a sus mujeres, y algunas de esas mujeres se fueron con ellos. Llegó un momento en que muchas se fueron con ellos para seguirle: abandonaban sus casas y se iban con ellos. También se lo dijeron a otros amigos, que no abandonaban necesariamente sus casas, pero que compartían su simpatía hacia aquel hombre, que compartían su actitud positiva de asombro y de fe en Él. Y esos amigos se lo dijeron a otros amigos, y luego a otros amigos, y más tarde a nuevos amigos más. Así pasó el primer siglo, y estos amigos invadieron con su fe el siglo segundo al tiempo que invadían también geográficamente el mundo. Llegaron hasta España al final del siglo primero y hasta la India en el siglo segundo. Y luego los del siglo segundo se lo dijeron a otros que vivieron después de ellos, y estos a otros, como una gran corriente que se fue agrandando, como un gran río que crecía, hasta que llegaron a decirselo a mi madre, ¡a mi madre! Y mi madre me lo dijo a mí cuando era pequeño, y yo también digo: «Maestro, tampoco yo comprendo lo que dices, pero si nos vamos de tu lado, ¿adónde iremos? Sólo tú tienes palabras que corresponden al corazón». Que es la ley de la razón: la ley de la razón es confrontar todo con el corazón. Los criterios de la razón son las exigencias de mi naturaleza, las exigencias del corazón.

Me han contado de una amiga nuestra que, al leer uno de nuestros textos –ella no es católica–, observaba: «Aquí he encontrado la palabra corazón usada de manera distinta a como la entiendo yo, porque yo entiendo que el corazón es el punto de referencia del sentimiento: yo tengo un determinado sentimiento, y tú tienes otro. Mientras que aquí no: ese corazón del que se

¹⁶ Cf. *Jn* 6, 60.

¹⁷ Cf. *Jn* 6, 67-68.

habla en *El sentido religioso*¹⁸ es igual para todos, es igual para mí que para ti». Si el corazón es la sede de la exigencia de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno, de lo justo, de la sed de felicidad, ¿quién de nosotros puede sustraerse a estas exigencias? ¿Quién? Constituyen nuestra naturaleza, la mía y la tuya: por eso en realidad estamos más unidos que «ausentes», no somos tan ajenos unos de otros, como nos sentimos normalmente. Y el último coreano, el último hombre de Vladivostok, el último hombre de la región de la Tierra más lejana y perdida está unido a mí justamente por esto.

Aquella tarde nació un flujo humano, una corriente humana que ha llegado hasta *ahora*, hasta *mí*. Al igual que mi madre pertenecía a este flujo, yo también pertenezco a él, y al decírselo a muchos amigos, también les hago partícipes de él.

Aunque ya la hayáis leído en *Litterae Communionis*, vuelvo a leer –porque no es perder el tiempo– la carta, que descubrí tarde, desgraciadamente, de un joven enfermo de Sida que murió dos días después de haberme escrito. «Querido don Giussani: Le escribo llamándole ‘querido’ aunque no le conozco, nunca le he visto ni le he oído hablar. Sin embargo, a decir verdad, puedo decir que le conozco en cuanto que, si he entendido algo de *El sentido religioso* y de lo que me dice Ziba, ‘le conozco por fe’ y, añado ahora yo, gracias a la fe. Le escribo únicamente para darle las gracias. Gracias por haberle dado sentido a mi árida vida. Soy un compañero del colegio de Ziba, con quien siempre he mantenido una relación de amistad pues, aunque no compartía su postura, siempre me ha sorprendido su humanidad y su disponibilidad desinteresada [que es el único modo en que podemos proclamar a otro y a todo el mundo que «Cristo es verdadero»]. En esta atormentada vida creo que he llegado a la estación final, llevado por ese tren que se llama Sida y que no perdona a nadie. Ahora decir esto ya no me da miedo. Ziba me decía siempre que lo importante en la vida es tener interés en algo verdadero y seguirlo. Yo he buscado este interés muchas veces, pero nunca era el verdadero. Ahora he visto el verdadero, lo veo, lo he encontrado y comienzo a conocerlo y a llamarlo por su nombre: se llama Cristo. No sé siquiera qué quiere decir eso ni cómo puedo decir estas cosas, pero cuando veo el rostro de mi amigo o leo *El sentido religioso*, que me está acompañando, y pienso en usted o en las cosas que Ziba me cuenta de usted, todo me parece más claro, todo, incluso mi mal y mi dolor. Mi vida, que estaba ya aplastada y estéril, como una piedra lisa por la que todo resbala como el agua, ha cobrado repentinamente un sentido y un significado que expulsa los malos pensamientos y los dolores; es más, que los abraza y los vuelve verdaderos haciendo de mi cuerpo, larvoso y

¹⁸ Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 22-24.

pútrido, un signo de Su presencia. Gracias, don Giussani, gracias porque me ha comunicado esta fe o, como usted lo llama, este Acontecimiento. Ahora me siento en paz, libre y en paz. Cuando Ziba rezaba el Ángelus delante de mí mientras yo blasfemaba en su cara, le odiaba y le decía que era un cobarde, porque lo único que sabía hacer era decir aquellas estúpidas oraciones. Ahora, cuando intento balbucearlo con él, comprendo que el cobarde era yo, porque no veía la verdad que tenía delante, a un palmo de mi nariz. Gracias, don Giussani; es lo único que un hombre como yo puede decirle. Gracias, porque puedo decir con lágrimas en los ojos que morir así tiene ahora sentido, no porque sea más bonito –tengo mucho miedo de morir–, sino porque ahora sé que hay alguien que me quiere, que incluso yo puedo quizá salvarme y que también yo puedo rezar para que mis compañeros de habitación encuentren y vean lo que yo he visto y encontrado. Así me siento útil, fíjese, usando solamente la voz me siento útil; con la única cosa que todavía puedo usar bien, puedo ser útil; yo, que he desperdiciado mi vida, puedo hacer el bien por el simple hecho de rezar el Ángelus. Es impresionante, pero aunque fuese una ilusión, es algo tan humano y razonable, como usted dice en *El sentido religioso*, que no puede dejar de ser verdad. Ziba ha puesto en la cabecera de mi cama una frase de santo Tomás: ‘La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente le sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción’. Creo que mi mayor satisfacción ha sido haberle conocido [¡nunca nos hemos visto!] escribiéndole esta carta, pero será aún mayor cuando, por misericordia de Dios y si Él quiere, yo le conozca a usted allí donde todo será nuevo, bueno y verdadero. Nuevo, bueno y verdadero como la amistad que usted ha llevado a la vida de muchas personas y en la que puedo decir que ‘yo también estaba’. También yo, en esta mísera vida, he visto y he participado en este acontecimiento nuevo, bueno y verdadero. Rece por mí; yo seguiré sintiéndome útil durante el tiempo que me quede rezando por usted y por el movimiento. Un abrazo. Andrea, Milán»¹⁹.

Dos mil años quedan barridos de golpe por esta carta. No fue ayer, *es hoy*, y no es hoy solo para mí, sino que es hoy también *para ti*, sea cual sea la postura que tengas: ¡Cámbiala, si la tienes que cambiar! Yo me doy cuenta todas las mañanas de que la tengo que cambiar, porque soy responsable de muchas cosas que Él ha puesto en mis manos. Digo solamente que este acontecimiento o esta presencia es una presencia actual, ¡de hoy! Ese flujo humano del que hemos hablado lo llevo yo hoy a tu vida. No hay nada más que Dios, solo Dios, ayer, hoy y siempre. Un acontecimiento grande, decía Kierkegaard, únicamente puede ser *presente*, porque lo que nos puede cambiar no es

¹⁹ Ver *Litterae Communionis*, Madrid, enero 1995, n. 1, p. 4.

algo pasado, no es un muerto. Si algo nos cambia, es que está presente: «Está, porque cambia», dice un texto nuestro.

Pero no tenemos solamente esta bellísima carta. Habréis leído (en los periódicos o en *Litterae*) la oración que han escrito nuestros amigos de Turín que han perdido a todos sus familiares en la reciente tragedia del Piamonte²⁰. «En esta hora tremenda y grande queremos dar gracias al Señor, Dios y Padre nuestro, por habernos dado, en Cristo, a Francisco, Cecilia, Lucía y la pequeña Cecilia. A través de ellos Tú, Cristo, has comenzado a darte a conocer a nosotros con el Bautismo, la educación, la adhesión de Lucía al movimiento y la llegada de Cecilia, acogida como un milagro. Haz, Cristo, que ahora que ellos están en Ti mientras Tú haces toda la realidad, nos ayuden a reconocer cada vez más en todos los instantes de la vida»²¹. Sigue estando ahora, después de dos mil años. Para Alberto y Mario está aquí ahora. ¡Pídele a gritos a Él, que está aquí ahora, que venza tu frialdad, tu ignorancia, tu distancia!

Cuando era niño y me ponía enfermo, mientras estaba en la cama con fiebre, veía a la gente lejana, lejana; la habitación y las paredes las veía lejos, lejos; veía los muebles lejísimos; y tenía miedo de quedarme solo en aquel espacio enorme y larguísimo, hasta el punto de que cuando mi madre entraba en la habitación la veía pequeñísima, casi inexistente. Es una patología lo que hace que Le veamos lejano, porque Él es Dios, el Presente. «Es», Él «es», *porque está presente*. Lo que no está en nuestra experiencia presente, lo que de algún modo no estuviese en nuestra experiencia presente, no existe, no existiría.

Hay un tercer testimonio que quiero citar. Siete amigos nuestros, cuatro mujeres de los *Memores Domini* y tres sacerdotes, dos de los cuales proceden del seminario de monseñor Massimo Camisasca en Roma, todos del movimiento, están viviendo en la gran Siberia, concretamente en Novosibirsk. Es la diócesis, y la parroquia, más grande del mundo: va desde Novosibirsk hasta Vladivostok, 5.000 kms. Ellos recorren toda esta zona, haciendo 400 kms. cada semana. Recientemente se ha celebrado el primer Sínodo católico de Siberia en Vladivostok, ciudad que está cerca de Japón en el extremo oriental del continente, y los obispos han invitado también a nuestros amigos. Están allí desde hace tres años y tienen ya un grupo de amigos que se han bautizado. Algunos participan de la vida de CL. Uno de ellos ha contado lo que le ha sucedido en su vida. Es un muchacho de 17 años.

²⁰ Se refiere a las gravísimas inundaciones que asolaron sobre todo el Piamonte en el otoño de 1994.

²¹ Ver *Litterae Communionis*, Madrid, enero 1995, n. 1, pp. 8-9.

«Conocí el movimiento justo después de mi encuentro con la Iglesia católica. Por aquel entonces no sabía prácticamente nada de la vida cristiana, y comprendía todavía menos. Me encontré con un grupo de gente bastante joven, donde había sobre todo estudiantes y algunos italianos que no sabían casi nada de ruso. Les oía hablar de la vida, del trabajo; hablaban de su experiencia cristiana, de su primer encuentro con Cristo; y también cantaban y se divertían. Luego íbamos juntos a Misa, y a veces a rezar Vísperas. Tuve la impresión de que eran buenos amigos, pero realmente había algo que me resultaba extraño: ¿Por qué estos extranjeros habían venido desde tan lejos? ¿Por qué habían venido hasta un sitio como este donde hace tanto frío y la vida no es tan cómoda como en su país? ¡Y, además, gente tan joven, tan distintos unos de otros, y aun así tan amigos! Y ¿por qué juntos? Probablemente justo en esto, o también en esto, consiste la gracia del primer encuentro: cuando tú, intuitivamente, sientes aquello de lo que tienes necesidad en la vida, sientes algo que te corresponde, algo bueno que despierta en ti curiosidad y deseo, de forma que constantemente revives ese primer encuentro sin reconocer hasta el fondo por qué. Pues, en efecto, solo más tarde he empezado a intuir y a comprender que en esta compañía está presente Alguien frente al que todos se inclinan y que une a gente que a primera vista no podría jamás estar junta. Para mí fue una especie de ‘momento extraordinario’ cuando reconocí la presencia de Cristo, cuando la descubrí en esa compañía. Reconocí que soy amado [como Andrea], que Jesús me ama mucho, precisamente a través de esta gente que Él mismo ha puesto a mi lado y que me acompaña. Hace ya tres años que estoy en el movimiento de CL y esto me ayuda. Puedo decir que ahora siento el gusto de vivir, y esto me parece realmente importantísimo [lo contrario de lo que predomina hoy: la pérdida del gusto de la vida como síntoma del carácter macabro de la cultura actual]. De hecho todos los aspectos de mi vida son ahora distintos: el trabajo, el descanso, el estudio, las vacaciones. Esto es el cristianismo: ver el sentido que tienen todos esos aspectos de la vida, reconocer que Dios se ha hecho acontecimiento en nuestra vida. Nada sucede por casualidad, nada sucede simplemente porque sí, y cada momento de la historia puede atestiguar la presencia de Cristo aquí y ahora. Tengo muchos amigos, conozco a mucha gente y experimento cada vez más dolor por el hecho de que no hayan tenido aún la gracia del primer encuentro que permite acoger Su presencia y empuja a seguirla. Quisiera comunicar a todos los que conozco el deseo de experimentar el gusto de esta vida [‘gusto’: un término tan natural, tan carnal y tan divino; es el anticipo de la felicidad eterna, de ese gusto eterno que es el objetivo del vivir]. Es verdad que mi experiencia es todavía pequeña, pero yo pido que

en todos los aspectos de mi vida pueda dar testimonio de Cristo, *presente aquí y ahora*. Josif»²².

En efecto, al igual que para Josif, la sorpresa más grande para mí, cristiano, es experimentar ahora, encontrar ahora, la correspondencia con el corazón que Él significa. Recuerdo a aquel periodista que se acercó a una hermana de la Madre Teresa de Calcuta en la India y le hizo algunas preguntas. Una de las cosas que ella –y era una hermana jovencísima, que no llegaba a los veinte años– contó fue: «Me acuerdo de aquella vez que recogí a un hombre por la calle y le llevé a nuestra casa». «Y ¿qué dijo aquel hombre?». «No murmuró, no blasfemó; dijo solamente: ‘He vivido en la calle como un animal pero estoy muriendo como un ángel, amado y cuidado. Hermana, estoy volviendo a la casa de Dios’, y murió. No había visto nunca una sonrisa como la que vi en el rostro de aquel hombre»²³. El periodista replicó: «¿Por qué incluso cuando hacéis los sacrificios más grandes parece que no os supone ningún esfuerzo, como si no os cansaseis?». Entonces intervino la Madre Teresa: «Es a Jesús a quien le hacemos todo lo que hacemos. Nosotras amamos y reconocemos a Jesús hoy»²⁴. Hoy: el ayer ya no existe. Lo que había ayer, o está hoy, o ya no existe.

Siento no poder leerla entera porque es demasiado larga, pero quiero citar también al menos un trozo de esta carta²⁵ de Gloria, una amiga nuestra, joven profesora, que se ha ido con Rose a África, a Kampala, y que dice: «Nada me es inmediato [nada me resulta oportuno, nada me resulta fácil]. Y en ciertos momentos he experimentado que me era imposible estar ante esta gente enferma, sucia, sin el mínimo de condiciones higiénico-sanitarias. [Pero, ¿quién le hace obrar así? ¿El recuerdo de algo que sucedió hace dos mil años? ¡No! Una presencia de ahora. Algo que está aquí ahora]. Una mañana, mientras me despedía de Rose, ella me dijo: ‘Pídele a la Virgen no tener miedo de la forma con la que Cristo se te va a presentar hoy’. Con estas palabras en el corazón me fui con Claudia a la cárcel de menores. Todo me producía horror: el olor, la suciedad, la sarna, los piojos. Y en ese momento comprendí que mi petición coincidía con la postura de mi persona». Cuando estaba inclinada sobre el enfermo o sobre el niño encarcelado, cuando estaba inclinada así, en esa postura, su petición, la petición de ser, que es la petición del corazón del hombre

²² Ver *Litterae Communions - Tracce*, n. 10, Milán, noviembre 1994, p. 19.

²³ Ver *Il sabato*, n. 15, 1 febrero 1986, p. 8.

²⁴ Ver *Il sabato*, n. 22, 30 mayo 1987, p. 4.

²⁵ El texto completo de la carta se encuentra en *Litterae Communions*, Madrid 1994, n. 6, pp. 18-19.

—porque, aunque uno no lo piense, clama por esto: pide ser, pide ser feliz, pide lo verdadero, el bien, lo bueno, lo justo, lo bello—, esta petición era su misma postura, su petición coincidía con la misma postura que estaba asumiendo.

Pero la noticia más grande de estos últimos tiempos, quizá la mayor de toda nuestra historia, es lo que ha sucedido en Brasilia. Os ruego que leáis en *Litterae* el relato del asesinato de Edimar, un chaval del mundo de los delincuentes de Brasilia, que cometió varios asesinatos porque pertenecía a una banda de asesinos. Al comienzo del curso llega a su clase una profesora libanesa perteneciente a los *Memores Domini*, que actualmente está en Brasil. Habla nuestro lenguaje. Edimar se siente profundamente turbado; también él quiere tener los ojos llenos de azul como los suyos, y no oscuros, negros y sucios como los tiene él. Se propone cambiar. El jefe de la banda comprende que hay algo que no marcha e inmediatamente le pone a prueba y le ordena ir a matar a una persona. [Edimar] dice: «Yo no mato a nadie más». «Entonces te mato yo». Y lo mató. Es el segundo mártir de nuestra historia²⁶.

* * *

Ahora bien, ¿cuál es la fórmula que sintetiza por entero la figura de Cristo en sí misma, como hombre que fue empadronado al nacer en el registro de Belén y que ahora sigue presente para reclamar y exigir la vida y el corazón de cada uno de nosotros, con el fin de que a través de nosotros el mundo entero le reconozca, que sea más feliz, que toda la gente del mundo sea más feliz, conozca el «porqué» de todo y pueda morir como Andrea? La fórmula sintética que describe por completo la dinámica de Jesús es que fue «enviado» por el Padre.

¿Por qué Jesús, siendo Dios, Verbo de Dios, la expresión de Dios, y por lo tanto el origen del mundo, se hizo hombre? ¿Por qué entró en las entrañas de una joven de quince años, fue engendrado en esas entrañas, nació, se hizo niño, adolescente, joven, hombre de treinta años, y habló como hemos visto? ¿Por qué ha tocado a Andrea, o a nuestros amigos de Villa Turro (los enfermos de sida que cuidan otros amigos nuestros), o a Edimar? ¿Por qué se hizo hombre y actúa así en la historia? ¿Por qué se hace presente en la historia de este modo? Para realizar el designio de Otro. Jesús utiliza, Él mismo utiliza la palabra más extrema que indica el origen de todo, aquello de donde nace por tanto la vida: el Padre. Su vida se define como *llamada del Padre* para llevar a cabo una *misión*: la vida es *vocación*.

Esta es la definición cristiana de la vida: *la vida es vocación*. Y vocación es cumplir una misión, desarrollar la tarea que Dios determina para cada uno a

²⁶ Ver *Litterae Communionis*, Madrid, 1994, n. 5, pp. 28-30.

través de las circunstancias banales, cotidianas, instante tras instante, que Él permite que tengamos que atravesar. Por eso Cristo es el ideal de nuestra vida, en cuanto que esta es intento de respuesta, deseo de responder a la llamada de Dios. Vocación, llamada de Dios, proyecto que el Misterio tiene sobre mí. Porque yo en este instante, si soy sincero, si lo pienso, comprendo que no hay nada tan evidente –ni siquiera tú que estás a dos metros de mí– como el hecho de que yo no me estoy haciendo a mí mismo en este instante: no me doy el pelo, no me doy los ojos, no me doy la nariz, no me doy los dientes, no me doy el corazón, no me doy el alma, no me doy los pensamientos, no me doy los sentimientos. Todo me es dado para que cumpla Su designio –un designio que no es el mío– a través de todas las cosas, a través del escribir, a través del hablar, a través del Ángelus, como decía Andrea, a través de todo, de todo. «Ya comáis, ya bebáis»²⁷, dice san Pablo, poniendo la comparación más banal que se pueda imaginar; «ya veléis, ya durmáis»²⁸, «ya viváis, ya muráis»²⁹ –dirá de nuevo en otros pasajes–, todo es para gloria de Cristo, es decir, designio de Dios.

Cristo es el ideal de la vida. Aquel al que oían Juan y Andrés era el ideal de la vida. Por eso su corazón se sobresaltó, por eso volvieron a casa en silencio, por eso aquella noche Andrés abrazó a su mujer como nunca la había abrazado antes, sin saber qué decir. Habían encontrado el ideal de la vida. Pero los pobrecillos no podían expresarlo inmediatamente de este modo. Lo dijeron pocos años después. Desde entonces fueron a decirlo por todo el mundo: Cristo es el ideal de la vida.

¿Qué quiere decir que Cristo es el ideal de la vida? Quiere decir que es el ideal del modo en que tratamos a toda la naturaleza, el ideal del modo en que vivimos el afecto, en que por consiguiente concebimos, miramos, sentimos, tratamos, vivimos la relación con la mujer y con el hombre, con nuestros padres y con nuestros hijos. Es el ideal con el que nos dirigimos a los demás y vivimos nuestras relaciones con ellos, es decir, con la sociedad en su conjunto y como compañía de hombres. Y ¿cuál es la característica que infunde este ideal en el modo que tenemos de tratarnos unos a otros, de tratar todo, desde la naturaleza –y con esta palabra quiero indicar todo lo que existe, porque puedo tratar mal, injustamente, a este micrófono, como hice antes sin darme cuenta– hasta mi padre y mi madre? Esa característica está descrita por dos palabras que tienen la misma raíz, pero una es el principio y la otra es el fin de la trayectoria de nuestros actos.

²⁷ 1 Cor 10, 31.

²⁸ 1 Ts 5, 10.

²⁹ Rm 14, 8.

La primera es la *gratitud*. ¿Por qué? Por lo que he dicho antes: nada es tan evidente en este momento, para mí y para ti, como el hecho de que no te estás haciendo a ti mismo, que todo te es dado, que hay Otro en ti que es más tú que tú mismo, que naces de una fuente que no eres tú. Esa fuente es el misterio del ser. Así comprendemos, análogamente, que todas las cosas están hechas por Otro. Tú, hombre, eres la conciencia de la naturaleza: el yo es el nivel en que la naturaleza toma conciencia de sí misma. Al igual que yo tengo conciencia de que no me hago a mí mismo, soy consciente de que tampoco la naturaleza se hace a sí misma: es dada, algo dado, don. Por eso lo primero es estar agradecido: la gratitud es el fundamento y la premisa de cada acto, de cada actitud.

¿Qué es lo que insinúa esta gratitud en todos mis actos? Insinúa un aspecto, un matiz, un aura de *gratuidad*. Pura gratuidad, aquella de la que hablaba Ada Negri, como tantas veces hemos recordado, en un incomparable poema³⁰ suyo que expresa esto de una manera que yo no sé decir mejor: «Amas, y no piensas en ser amada: a cada / flor que brota o fruto que madura / o niño que nace, al Dios de los campos / y de las estirpes das gracias en tu corazón». Amas, te gusta la flor no porque la huelas sino porque existe. Miras el fruto que madura no porque lo muerdas sino porque existe. Miras al niño no porque sea tuyo sino porque existe. Esto es la *pureza* absoluta. Por favor, haced un esfuerzo para identificaros con esta pureza absoluta. Un matiz de esta pureza, de esta gratuidad, entra en nosotros aunque no nos demos cuenta, entra en cada uno de nuestros actos de modo casi natural. Porque cualquier actitud que yo tenga hacia ti, si no lleva dentro esta gratuidad, una pincelada de esta gratuidad, es deforme, es una relación acabada, caduca y acabada, es una relación que está ya empezando a arruinarse, a deshacerse. Únicamente esta gratuidad pura hace que nada se pierda, solo esta gratuidad permite no perder nada, mantener vivas todas las cosas del pasado, mantener en el presente todas las cosas nacidas en el pasado. Y así mi sujeto se enriquece en el presente con todo lo que hizo ayer y antes de ayer, y ya nada es inútil, como decía nuestro amigo Andrea dos días antes de morir.

³⁰ «Non t'ho perduta. Sei rimasta, in fondo / all'essere. Sei tu ma un'altra sei: / senza fronda né fior, senza il lucente / riso che avevi al tempo che non torna, / senza quel canto. Un'altra sei, più bella. / Ami, e non pensi essere amata: ad ogni / fiore che sboccia o frutto che rosseggia / o pargolo che nasce, al Dio dei campi / e delle stirpi rendi grazie in cuore. / Anno per anno, entro di te, mutasti / volto e sostanza. Ogni dolor più salda / ti rese: ad ogni traccia del passaggio / dei giorni, una tua linfa occulta e verde / opponesti a riparo. Or guardi al Lume / che non inganna: nel suo specchio miri / la durabile vita. E sei rimasta / come un'età che non ha nome: umana / fra le umane miserie, e pur vivente / di Dio soltanto e solo in Lui felice. / O giovinezza senza tempo, o sempre / rinnovata speranza, io ti commetto / a color che verranno: – infin che in terra / torni a fiorir la primavera, e in cielo / nascan le stelle quand'è spento il sole.» (A. Negri, «Mia Giovinezza» en *Mia giovinezza*, Bur, Milano 2010, p. 78).

Por eso el *resultado* de seguir a Jesús como ideal de la vida, el resultado de la vida entendida como vocación es –como dice el Evangelio– el *ciento por uno*³¹: las cosas se vuelven más potentes. Se hace más potente mi relación contigo. Es como si hubiésemos nacido juntos, aunque no te conocía, hasta hace pocos años no te conocía. Y no tengo ningún tipo de interés, en el sentido de buscar una contrapartida o un provecho. Ninguno. No es por provecho por lo que estamos juntos. Y me encuentro muy a gusto contigo, a pesar de lo que pienses, porque no es por esto por lo que soy amigo tuyo. Se trata, pues, de una riqueza mayor en todas las relaciones: en el modo de mirar las flores, en el modo de mirar las estrellas, en el modo de mirar las plantas, las hojas, en la manera de soportarme a mí mismo, que pretendo con osadía de vosotros que permanezcáis aquí todavía cinco minutos más, en la forma en que pienso en mis culpas de ayer o de antes de ayer. «Señor perdóname, perdóname porque soy pecador»: decir esto no me defrauda, no me deprime, me vuelve más verdadero. Si no lo dijese sería menos verdadero, ya que soy, de hecho, pecador.

De esta riqueza deriva una capacidad de *fecundidad* que no tiene nadie; de fecundidad, esto es de comunicación de la propia naturaleza, de la propia riqueza, de la propia inteligencia, de la propia voluntad, del propio corazón, del propio tiempo, de la propia vida. Es decir, «daría la vida por cada uno de vosotros»: cada uno de nosotros lo diría por cada uno de los demás. Y lo dice de hecho. Si no lo dice es porque no lo ha pensado nunca, y si no lo ha pensado es porque no ha pensado nunca cayendo en la cuenta de la presencia de Cristo. Si parte de esto lo dirá: «Daría hasta mi vida, ¡pero Jesús, ayúdame, ¿eh?!»). Se trata de una fecundidad nueva en el trabajo, de una pasión por el trabajo que no es para buscar provecho, por gusto o para perseguir una incidencia particular en el resultado de mi presencia en la sociedad; es amor al trabajo como perfeccionamiento de cada acción, tenga el resultado que tenga. Se trata de una fecundidad que es pasión por dar lo que soy, por entregarte mi persona, es decir, por entregarse a los hijos: amor a todo lo que entra y entrará en relación con los hijos, amor a los demás, pues también ellos son hijos, amor a todos los hombres, al pueblo. Es fecundidad en el trabajo, fecundidad con los hijos, fecundidad para la vida del pueblo. En definitiva, el ideal de la vida se traduce en el bien de los demás, en el bien para los demás: el bien de todos, vuestro bien, mi bien. Esta es la finalidad para la que Dios ha hecho el mundo: el bien de todo, el bien. Lo contrario del ensayo sobre el mal que ha escrito Bobbio³², un ensayo serio y conmovedor, creo yo, por algunas

³¹ Cf. *Mc* 10, 29-30.

³² N. Bobbio, «Gli dei che hanno fallito. Alcune domande sul problema del male», en *Elogio della mitezza e altri scritti morali*, Ed. Linea d'Ombra, Milán 1994.

de sus páginas. Pero el proyecto de un padre es el bien de su hijo. El ideal de la vida pasa a ser el bien.

* * *

Ahora os pido que estéis especialmente atentos estos últimos cinco minutos, porque lo que voy a decir es lo más peliagudo de todo lo que hemos hablado hoy, es la consecuencia más extrema del tema de hoy. Hay una forma de vocación que llama a tomar un camino imprevisto e imprevisible, impen-sado e impensable para la mentalidad corriente y que se llama, perdonad si lo digo inmediatamente, *virginidad*. Es una forma de vocación que nos atraviesa, como la luz atraviesa el cristal –la palabra «atraviesa» es insustituible–. Es una forma de vocación que atraviesa las exigencias más naturales, tal y como se presentan en la experiencia de todos. Los que toman este camino tienen las mismas exigencias naturales que tenemos todos: pues bien, esta forma de vocación atraviesa las exigencias más naturales, tal y como se presentan en la experiencia, satisfaciéndolas paradójicamente con un potencial nuevo.

En aquellos que tienen esta vida, que tienen esta forma de vocación, el *trabajo* se convierte en *obediencia*. Porque cada uno tiene sus motivos para ir al trabajo, entre los que está también ese matiz que se llama gratuidad. Pero en el caso de estos todo su trabajo se convierte en gratuidad, tiende a convertirse en gratuidad totalmente. ¿Por qué vas a tu despacho de abogados? ¿Por qué vas a tu clase como profesor? Que llegue el sueldo a fin de mes, o tener éxito profesional, o el hecho de que en todo caso haga falta trabajar, son motivaciones que con el tiempo desaparecen realmente; solo subsiste la voluntad de hacer el bien a los demás: que se cumpla la voluntad de Dios. Es decir, el trabajo se convierte en obediencia. ¿Qué es la obediencia? La obediencia es actuar para afirmar a Otro. ¿Qué es la acción? La acción es el fenómeno mediante el cual se afirma el «yo», mediante el cual se afirma a sí mismo, se realiza. Para realizarme a mí mismo la acción que ejerzo no la hago para mí sino para Otro: esto es la obediencia. La ley de la acción es Otro, es afirmar a Otro, es un amor al Verbo, es amor a Cristo. El trabajo es amor a Cristo.

Del mismo modo que el trabajo se convierte en obediencia, el amor a la mujer o al hombre se ve exaltado. Un hombre cuya humanidad es exaltada, en el sentido físico del término, es un hombre que se erige en toda su grandeza, con toda la estatura de su persona. El amor a la mujer se exalta como *signo* de la perfección, del atractivo para el que está hecho el hombre. Es lo que intuyó Leopardi. Hubo un momento en su vida, aunque después decayó, en el que intuyó que el rostro de la mujer era un signo. Había amado a muchas mujeres, pero en aquel momento intuyó que no se trataba de este o de aquel rostro, sino que lo que buscaba era otro rostro con la «R» mayúscula, era una mujer con la «M» mayúscula –para la que compuso un himno bellísimo–.

El amor a la mujer se exalta en cuanto que es signo de la perfección y del atractivo que tiene lo bello, lo bueno, lo verdadero y lo justo, que es Cristo. Porque la perfección, la fuente del atractivo, la fuente de lo bello, del bien, de lo verdadero y de lo justo es el Verbo de Dios. Como decía Leopardi en el himno *A su dama*³³, lo que deja entrever la belleza de un paisaje, la belleza de un sueño o de un rostro, es lo divino que está en el origen de todo. En el rostro del otro –del otro por excelencia, como es la mujer para el hombre y viceversa– se deja entrever lo divino, se deja entrever de manera inefable, que no se puede expresar. Quien mejor ha conseguido expresarlo, creo yo, ha sido Leopardi, aunque tampoco llegó a explicarlo del todo, pero estubo a punto. Perdonadme, pero para que no os resulten abstractas estas cosas os voy a leer una carta que le mandó a una chica uno que fue su novio. Habían estado juntos tres años. Pasados esos tres años ella intuó que tenía vocación a la virginidad y le dijo que había decidido comprobarlo, empezando un período de verificación vocacional.

Su antiguo novio le escribió esto: «Querida, solo quiero emplear unas pocas palabras pues todo está ya contenido en nuestros corazones para siempre [¡para siempre! Nada desaparece]. Estoy conmovido, es decir, asombrado, maravillado por lo que se está cumpliendo en tu vida, o mejor, por quien la está cumpliendo. Es una alegría pensar que el destino de bien que te ha afe-rrado también me guiará a mí con el tiempo. Incluso el dolor que me asalta, algunas veces con más fuerza que otras, por cómo te traté en algunos mo-

³³ «Cara beltà che amore / Lunge m'inspiri o nascondendo il viso, / Fuor se nel sonno il core / Ombra diva mi scuoti, / O ne' campi ove splenda / Più vago il giorno e di natura il riso; / Forse tu l'innocente / Secol beasti che dall'oro ha nome, / Or leve intra la gente / Anima voli? o te la sorte avara / Ch'a noi t'asconde, agli avvenir prepara? // Viva mirarti omai / Nulla spene m'avanza; / S'allor non fosse, allor che ignudo e solo / Per novo calle e peregrina stanza / Verrà lo spirito mio. Già sul novello / Aprir di mia giornata incerta e bruna, / Te viatrice in questo arido suolo / Io mi pensai. Ma non è cosa in terra / Che ti somigli; e s'anco pari alcuna / Ti fosse al volto, agli atti, alla favella, / Saria, così conforme, assai men bella. // Fra cotanto dolore / Quanto all'umana età propose il fato, / Se vera e quale il mio pensier ti pinga, / Alcun t'amasse in terra, a lui pur fora / Questo viver beato: / E ben chiaro vegg'io siccome ancora / Seguir loda e virtù qual ne' prim'anni / L'amor tuo mi farebbe. Or non aggiunse / Il ciel nullo conforto ai nostri affanni, / E teco la mortal vita saria / Simile a quella che nel cielo india. // Per le valli, ove suona / Del faticoso agricoltore il canto, / Ed io seggo e mi lagno / del giovanil error che m'abbandona; / E per li poggi, ov'io rimembro e piagno / I perduti desiri, e la perduta / Speme de' giorni miei; di te pensando, / A palpitar mi sveglio. E potess'io / Nel secol tetro e in questo aer nefando / L'alta specie serbar; ché dell'imgo / Poi che del ver m'è tolto, assai m'appago. // Se dell'eterne idee / L'una sei tu, cui di sensibil forma / Sdegni l'eterno senno esser vestita, / E fra caduche spoglie / Provar gli affanni di funerea vita; / O s'altra terra ne' superni giri / Fra' mondi innumerabili t'accoglie, / E più vaga del Sol prossima stella / T'irraggia, e più benigno etere spiri, / Di qua dove son gli anni infausti e brevi, / Questo d'ignoto amante inno ricevi.» (G. Leopardi, «Alla sua donna», en *Cara beltà...*, Bur, Milano 2010, pp. 53-55).

mentos de nuestra relación, es abrazado por una misericordia que lo vuelve más verdadero. Sigue siendo un misterio, pero un misterio que ya empieza a desvelarse. Toda la plenitud de la relación que hemos vivido entre nosotros, de ese tramo de historia que hemos recorrido juntos, se explica mejor así. Me gusta creer que no se perderá [¡para siempre!] ningún instante de los que has pasado conmigo, y que todo ha servido, es decir, que ha sido utilizado por Cristo para acompañarte hacia Él. Te pido perdón^{34*}, en el sentido de que te pido que me dones tu petición, con la certeza de que me has amado más perteneciendo a los *Memores Domini*, de que me has querido más así que habiéndote casado conmigo. Te agradezco tu espera y le pido a la Virgen que siempre te rodeen rostros de esperanza como los que ahora tienes en torno a ti, para que en cada paso te protejan y te amen. Te he regalado un icono de Cristo, signo de Su encarnación [un concepto que la ortodoxia tiene bien claro] con el fin de que Su presencia te conforte siempre y para que te acuerdes de pedir por mí, por la tarea que ahora se me ha confiado de amar a Elisabetta, por mis familiares y nuestros amigos, pero sobre todo para que no abandone ese abrazo del Espíritu Santo que es el movimiento y su misteriosa protección».

Él ha comprendido. ¿Os dais cuenta de cómo ha entendido? El trabajo se convierte en obediencia; el amor a la mujer se convierte en signo supremo de la perfección del atractivo que ella ejerce sobre nosotros, de la felicidad que nos espera. Y el pueblo, en lugar de ser sujeto de una historia humana llena de luchas y peleas, se convierte en la historia de gente, de un flujo, de un río de conciencias que lentamente se iluminan cediendo, al menos en la muerte, a la gloria de Cristo.

Esto es la *caridad*; estos cambios se llaman caridad. El trabajo, cuando se convierte en obediencia, se llama caridad. El amor a la mujer, cuando se convierte en signo de la perfección final, de la belleza final, se llama caridad. Y el pueblo que se convierte en historia de Cristo, en reino de Cristo, en gloria de Cristo, es caridad. Porque la caridad es mirar a lo presente, a toda presencia, con el ánimo cautivado de pasión por Cristo, de ternura por Cristo. Se produce un gozo y una alegría que solo son posibles en estas condiciones. Gozo y alegría son dos palabras que en caso contrario habría que arrancar del vocabulario humano, porque de otro modo resultan imposibles. Existe el estar contento, la satisfacción, todo lo que queráis, pero el gozo no existe, porque el gozo exige la gratuidad absoluta, que solo es posible con la presencia de lo divino, con el anticipo de la felicidad. Y la alegría es su explosión momentánea-

^{34*} *Perdón*: a menudo don Giussani explicaba el perdón retomando su etimología, *per-don*, un don mayor [ndt].

nea, cuando Dios quiere, para alentar y sostener el corazón de una persona o de un pueblo en momentos educativamente significativos.

Pero, perdonad, que el trabajo se convierta en obediencia, que el amor a la mujer se convierta en signo, como intuyó Leopardi, que el pueblo no sea un gentío informe de caras sino el reino de Cristo que avanza, esta caridad es *la ley para todos*, no solamente para los que son vírgenes. Es la ley para todos, sí, de todos. La virginidad es una forma de vida visible que nos recuerda a todos el ideal común que todos tenemos y que es para todos, que es Cristo, lo único por lo que merece la pena vivir y morir, trabajar, amar a la mujer, educar a los hijos, gobernar y ayudar a un pueblo. Es para todos, pero algunos son llamados al sacrificio de la virginidad justamente para que estén presentes, entre los demás, recordando este ideal que es para todos. Ya deberíais de haber visto en el tercer volumen de la Escuela de comunidad³⁵, si es que habéis llegado hasta ahí, el concepto de milagro. El milagro es un acontecimiento –como se define allí– que remite a Dios de manera inexorable, un fenómeno que te hace pensar en Dios a la fuerza. El milagro de los milagros, más que todos los milagros de Lourdes, más que todos los milagros de cualquier santuario del mundo, el milagro de los milagros, es decir, el fenómeno que de manera inexorable te obliga a pensar en Jesús, es una chica guapa de veinte años que abraza la virginidad.

La Iglesia es el lugar de este camino y de todas las influencias operativas, fecundas y florecientes sobre la gente que camina unida en la compañía que Dios crea, compañía en la que todos los caminos van juntos. La Iglesia es el lugar en el que toda esa gente se enriquece, se da y se enriquece con el don de los demás. La Iglesia es un lugar de humanidad conmovedora, es el lugar de la humanidad, donde la humanidad crece, donde se incrementa, expurgando continuamente lo falso que entra en ella, porque somos hombres; pero es humana, pues los hombres son humanos cuando expurgan lo falso y aman lo puro. La Iglesia es algo verdaderamente conmovedor.

La lucha con el nihilismo, contra el nihilismo, consiste en vivir esta conmoción.

* * *

Julián Carrón. Este es uno de esos momentos en que se comprende de verdad, sin necesidad de explicaciones, de dónde nace el silencio: no de no hablar, sino de estar pleno de otra cosa que nos deja sin palabras. Esperemos no perderlo en el regreso a los hoteles.

Regina Coeli

³⁵ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 305-313.

Domingo 26 de abril por la mañana

A la entrada y a la salida:

Ludwig van Beethoven, Sinfonía n. 9 en re minore, op. 125

Herbert von Karajan – Berliner Philharmoniker

“Spirto Gentil” n. 27, Deutsche Grammophon

Don Pino. No fue hace dos mil años, no fue hace veintiún años, no fue ayer. Es ahora.

Ángelus

Laudes

■ ASAMBLEA

Davide Prosperi. Muchas de las preguntas que han llegado tienen un denominador común: puede haberse entendido poco o mucho, pero predomina un agradecimiento por lo que en estos días se nos ha dado. Esta gratitud indica que ha sucedido algo. Es una gracia. Como escuchábamos ayer, la gratitud es el comienzo de una vida nueva. Para quienes han sido elegidos, el camino de la vida es un continuo comienzo, porque el encuentro con la Presencia que nos da la vida vuelve a suceder. Nosotros no hemos hecho nada para merecerlo. Sin esta Presencia, la vida consistiría en intentar alcanzar una meta a la que no llega ningún camino.

Hemos podido llegar hasta aquí con preocupaciones, con problemas o con ciertas ideas sobre el movimiento, pero si somos leales tenemos que reconocer que hemos recibido mucho más que respuestas a nuestros problemas. Hemos acusado un impacto. A nuestra vida se le ha concedido ahora, una vez más, una Presencia. Por esta razón, las preguntas que hemos elegido son solamente el principio de un trabajo. Más adelante tendremos tiempo para retomar todo.

La primera pregunta es esta: ¿puedes explicar mejor qué significa que en la Resurrección está la clave de la relación conmigo mismo?

Julián Carrón. En el primer canto que hemos escuchado, *Barco negro*¹, se documenta cómo nos levantamos cada mañana. «De mañana, tengo miedo de que me encuentres fea. Me desperté temblando». Cuántas veces nos levantamos así y todo lo demás parece que no es nada frente a esa impresión que nos bloquea. ¿Cómo sería una mañana en la que nosotros, como nuestros hijos cuando lloran, no encontrásemos una presencia capaz de abrazarlo todo, cualquiera que sea la preocupación con la que nos levantemos, el sentimiento que tengamos de nosotros mismos? «Pero enseguida tus ojos me dijeron que no [era fea], y el sol penetró en mi corazón». ¿Quién no desea una cosa así cada mañana? Pero, ¿qué hace falta para que esto pueda ocurrir? Que esa presencia, que por su mirada llena de ternura hacia nosotros ha llenado la vida despertando en nosotros una promesa, pueda quedarse, pueda permanecer en el tiempo. Ningún otro don habría sido suficiente si Cristo, que había abandonado el cielo por piedad hacia nosotros, no permaneciese vivo en medio de nosotros. Este es el hecho: Cristo ha resucitado. Un hecho, no un pensamiento. Porque muchas veces también nosotros sentimos esa tentación: «ya no volverá». Solo la certeza del encuentro con Él nos lleva a poder decir a cualquiera que nos diga que no volverá: «são locas, são locas», «están locas» las personas que dicen que ya no volverá, porque ha resucitado para siempre. Él está antes de que me levante para que me pueda encontrar con Él cada mañana, para que pueda mirarme bien cada mañana. «Como le pasaría a María Magdalena, que llena de curiosidad —nos cuenta don Giussani—, se lo había encontrado por la calle, cuando observaba a la muchedumbre que andaba detrás de ese Jesús al que llamaban el Mesías, al que matarían algunos meses después. Y Jesús, al pasar por allí, sin pararse siquiera, la mira durante un instante. Desde ese momento, ella ya no se mirará igual, no se verá a sí misma, ni a los hombres, ni a la gente, su casa, Jerusalén, el mundo, la lluvia, el sol..., ya no podrá mirar todas esas cosas más que dentro de la mirada de aquellos ojos. Y cuando se miraba al espejo, su fisonomía estaba determinada, dominada por aquellos ojos, fuera cual fuera su apariencia,

¹ *Barco Negro*, texto y música de Caco Velho, Piratini y D. Mourão-Ferreira. «De mañana, tengo miedo de que me encuentres fea. Me desperté temblando echada sobre la arena / Pero enseguida tus ojos me dijeron que no era fea / y el sol penetró en mi corazón. // Después vi una cruz en una roca, / y tu barca negra bailaba en la luz. / Vi que tu brazo saludaba entre las velas sueltas: / dicen las viejas de la playa que no volverás. / ¡Están locas! ¡Están locas! // Yo sé, amor mío, / que ni siquiera te has ido / porque todo a mi alrededor / me dice que siempre estás conmigo. // En el viento que empuja la arena a los cristales, / en el agua que canta, en el fuego que se apaga, / en el calor del lecho, en los lugares vacíos, / dentro de mi pecho siempre estás conmigo. // Lo sé, amor mío...».

la impresión que tenía de sí misma. No podía dejar de mirarse así. Ahí, dentro de todas las cosas, estaban esos ojos. ¿Entendéis? Su rostro había sido plasmado por ellos. Desde entonces, veía su vida, cada detalle y cada instante de su vida dentro de aquella mirada, a la que no siguió ni una sola palabra hasta algunos días después, cuando Él, que se decía profeta, fue invitado a comer por jefe de los fariseos, que quería sorprenderle en falta; ella entró en la sala sin pedir permiso a nadie y se arrojó directamente a sus pies, lavándose los con su llanto y enjugándose los con sus cabellos ante el escándalo de todos. (“Si fuese un profeta sabría qué clase de mujer es la que le está haciendo eso”). Pero ella no podía mirar su vida —ni en las cosas concretas ni en su conjunto—, no podía sentirla ni vivirla si no era dentro de esa mirada. Imaginad qué llanto cuando lo vio morir, y qué conmoción cuando escuchó decir “¡María!”».

La Resurrección no es un hecho del pasado, es esta mirada que ha aferrado nuestra vida para siempre, determinando el modo con que miramos toda la realidad. Porque la primera relación con la realidad es conmigo mismo. ¡La Resurrección indica una presencia, una presencia presente, que permanece en cualquier situación que yo pueda atravesar, cualquiera que sea la impresión que tengo de mí mismo, cualquiera que sea el asco que siento por mí mismo! «Tu eres mío, y todas las objeciones que puedas tener no cuentan absolutamente nada, nada». La cuestión es si damos crédito a Cristo resucitado, que vuelve a suceder, que está presente, pero no entrará en nuestra vida si no lo dejamos entrar cada mañana, si no nos abrimos de par en par para recibirlo. La vida puede llegar a ser una verdadera carga si no nos miramos con esta presencia en la mirada. ¡No habríamos podido imaginar un don mayor que este!

Prosperi. «Me gustaría comprender mejor qué quiere decir que nuestra mayor aliada contra la ofuscación es la realidad».

Carrón. Siempre me sobrecoge la parábola del hijo pródigo: tenía un padre, una casa, propiedades, todo, todo, tenía todo, pero no lo reconocía. Porque no basta tener todo, ni siquiera basta el encuentro. ¡No basta! En efecto, a veces tampoco nosotros vemos más allá y pensamos que hay otro camino, distinto del encuentro, un atajo para llegar con más facilidad a la meta, a la felicidad que todos deseamos (también el hijo pródigo se fue de casa por esta razón). Pero la realidad es testaruda: te puedes largar, hacer todo lo que se te ocurra para ser feliz, hasta que la realidad te muestre quién eres realmente y, entonces, tal vez empieces a darte cuenta de lo que habías recibido. Hace tiempo me contaron que una persona de la Fraternidad se había marchado,

como hizo el hijo pródigo, y después de diecisiete años llamó a un amigo de la Fraternidad para decirle: «¿Os seguís viendo; os reunís todavía?». «¡Por supuesto!». «¿Puedo ir? ¡Ya no puedo aguantar la nostalgia que tengo!». ¿Por qué ha podido comprender, qué ha podido vencer su ofuscación? La realidad. La realidad le ha hecho comprender lo que le había pasado, ¡todo lo que tenía en la cabeza no era nada con respecto a esto! Sería estupendo no reincidir, pero somos pobre gente y, desgraciadamente, flaqueamos. La realidad nos despierta y, cuando nuestras ilusiones e ideas se desploman, vemos con claridad lo que cuesta vivir y el tiempo que necesitamos para reconocer lo que nos ha sucedido. Cuanto antes lo reconozcamos, menos tiempo perderemos y más gozosa será la vida en su presencia.

Prosperi. «Nos ha sorprendido mucho cómo, sin darnos cuenta, desplazamos nuestro centro afectivo de Cristo a otra cosa. Sin darnos cuenta, o sea, casi inevitablemente, sin que lo podamos evitar. ¡Los apóstoles estaban delante de Él y eso no bastaba! ¿Qué significa entonces que tenemos que cambiar de postura –como dice don Giussani: “¡Si hay algo que cambiar, pues cámbialo!”– si imperceptiblemente nos desviamos del centro, o sea, de Cristo? ¿Cómo no caer en el “hay que hacer algo”? ¿Qué significa existencialmente que uno “decide” participar en un movimiento? ¿En qué consiste tal decisión?».

Carrón. Los apóstoles estaban delante de Él, un hombre de carne y hueso. Al testimonio de Cristo no le faltaba nada. Pero flaqueaban. No podemos justificarnos diciendo: «Los amigos de mi Fraternidad no son los testigos adecuados». ¡No! No decaemos por culpa de los demás, sino porque somos pobre gente! Una de las frases de don Giussani que me he repetido con más frecuencia es la siguiente: «No hay que asombrarse porque la debilidad sea débil» (san Francisco de Sales). ¿Qué misterio es que la debilidad sea débil? Que flaqueemos es normal, amigos. Pero eso sí: ¡miremos con un poco de ternura nuestra debilidad! A los apóstoles no les bastó, para no flaquear, la imponencia del testimonio de Cristo, como hemos visto. Siempre recuerdo el testimonio de don Giussani en la plaza de San Pedro, cuando decía: «En nuestro corazón siempre surge la infidelidad, incluso ante las cosas más bellas y verdaderas, de tal modo que [...] el hombre [...] puede fallar por debilidad o prejuicios mundanos»². Don

² L. Giussani, «*En la sencillez de mi corazón te he dado todo con alegría*», Roma, 30 de mayo de 1998. Publicado en L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Ediciones Encuentro, Madrid 1999, p. 11.

Giussani conocía muy bien nuestra urdimbre: «Sin mí no podéis hacer nada»³, nos dijo Jesús. Ni el testigo más imponente es suficiente, porque media la libertad. En el fondo, deseamos una relación con la realidad, con la evidencia, que no ponga en juego la libertad. Imposible. Somos libres y podemos decaer en cada instante.

¿Qué quiere decir, por tanto, que uno decide participar de un hecho, de un acontecimiento como es la Fraternidad dentro de la Iglesia? Significa querer «estar a remojo» en un lugar en el que, aunque yo flaquee —¡es inevitable!—, se me vuelve a abrazar y se me vuelve a provocar, un lugar en el que se me da de nuevo todo.

Uno de vosotros me cuenta que está pasando un periodo difícil. Una noche, sin ganas, asiste a la reunión del grupo de Fraternidad y regresa contenta, cambiada. La noche del día siguiente su hija de quince años le dice: «Estaba escribiéndote una nota por si no volvías a casa antes de que yo me fuese: quería decirte que tendrías que ir más a menudo al lugar donde estuviste ayer por la noche». Una cosa así les puede pasar a los de dentro, como nosotros, y a los de fuera. Decía hace unos días un chico del CLU: «El viernes comí con un amigo de Derecho que tiene un año más que yo y que no participa en el movimiento, o mejor dicho, ha empezado a participar estas últimas semanas en algunas cosas. Hemos hablado de muchas cosas, de las elecciones, del estudio y, en un momento dado, me ha dicho: “Te pido por favor que volvamos a vernos otra vez, que sigamos viéndonos, que comamos juntos más a menudo”. Le he preguntado: “¿Por qué quieres que nos veamos más a menudo?”. “Quiero estar más tiempo contigo, con vosotros”» —¡esta es la decisión!—, «con vosotros, los del movimiento, porque noto que en vosotros hay algo diferente y ya no consigo no estar con vosotros”. Le pregunto: “Pero, ¿qué es lo que ves diferente?”. Y él me dice: “Si deseo estar con vosotros no es porque seáis simpáticos, tengo amigos más simpáticos que vosotros; no es tampoco porque estudiéis mucho, otros amigos míos estudian mucho más, sino porque sois más verdaderos, más profundos. Sois diferentes y quiero estar con vosotros. He empezado a leer *El sentido religioso*, a ir a la Escuela de comunidad; en mi piso hay otro chico que estudia Economía y durante la cena solo hablamos del sentido religioso; estoy seguro de que, antes o después, también él vendrá a Escuela de comunidad”. Me ha impactado muchísimo y no dejo de preguntarme: ¿qué diferencia ha visto este en nosotros para decir: “No sois los más simpáticos, ni los que más estudiáis, pero no consigo no estar con vosotros”?».

³ Jn 15, 5.

«La Iglesia», dice don Giussani, «es un lugar de humanidad conmovedor, es el lugar de la humanidad, donde la humanidad crece, donde se incrementa, expurgando continuamente lo falso que entra en ella, porque somos hombres; pero es humana»; y subraya: «Pues los hombres son humanos cuando expurgan lo falso y aman lo puro». No justifican lo falso porque aman lo puro. «La Iglesia es algo verdaderamente conmovedor»⁴. Reconocer este lugar no coincide con tener que hacer algo. Es sencillo, porque uno no puede aguantar mucho tiempo, como el chico que no puede no estar junto a los universitarios.

Prosperi. «Durante los años de la universidad me he acostumbrado a estar diariamente con la compañía; me parece que, a menudo, mi seguimiento se ha visto facilitado por esa posibilidad de “vivir con”. Cuando me he incorporado a la vida adulta, las ocasiones de este “vivir con” han disminuido. Hoy has hablado del seguimiento como la identificación con la experiencia de otro. ¿Puedes ayudarme a entender mejor lo que significa eso? Y sobre todo, ¿cómo puede no reducirse a un esfuerzo moralista?».

Carrón. Las ocasiones no se han reducido. ¡Ni lo pienses! Han cambiado, eso sí. Nadie nos impide estar en relación con las personas que nos ayudan a vivir. Todo depende de lo que decidamos hacer con nuestra vida y nuestro tiempo. Es inútil seguir planteando objeciones que no existen. Para lo que nos interesa encontramos todo el tiempo que sea necesario. ¡No hay que vivir la condición de adultos pensando en vivir como cuando éramos universitarios! Todo depende de nosotros, de cuánto queramos jugárnosla con las personas, porque —como siempre decía don Giussani— «hay personas o momentos de personas»⁵ gracias a los cuales podemos saber lo que necesitamos para vivir y podemos identificarnos, ensimismarnos con su experiencia. Ahora bien, que veamos en ellas realizado el ideal no puede sustituir la verificación que cada uno debe hacer en su vida, porque lo que nos da la seguridad del camino es la verificación; gracias a ella alcanzamos la certeza de Cristo a la que nos reclama la Escuela de comunidad de este año. Para alcanzar esta certeza no basta con el simple hecho de estar juntos. «La fe», dice don Giussani, «no puede engañar, no puede decirte: “Es así”, obteniendo tu asentimiento puro y duro sin más». Eso no la hace tuya. «¡No! La fe no engaña porque, de algún modo, está ligada a tu experiencia. En el fondo es como si debiera presentarse ante el tribunal en el

⁴ Ver aquí, p. 88.

⁵ Cfr. L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, Edit-Il Sabato, Milán 1993, p. 459.

que tú eres el juez y juzgas a través de tu experiencia»⁶. Solo si se presenta ante el tribunal en el que yo soy el juez a través de mi experiencia, la mirada de Cristo puede entrar hasta la médula, penetrarme hasta las entrañas, de modo que ya no pueda concebirme a mí mismo fuera de esta relación. «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí»⁷. Nadie puede hacer este camino por mí. Si nuestro estar juntos no es para verificar esto hasta hacerlo cada vez más nuestro, la compañía será algo exterior a nosotros, no penetrará en nuestras entrañas, en la percepción y concepción que tengo de mí, del modo en que digo «Yo», no cambiará la conciencia que tengo de mí mismo. Sin esta verificación personal la fe no se convertirá en algo mío.

Si la fe no puede engañar, «tampoco tú puedes engañarte», continúa don Giussani, «porque para que la puedas juzgar tienes que usarla, para ver si cambia la vida la tienes que vivir seriamente; la fe no según tu interpretación, sino la fe que se te ha transmitido, la fe auténtica. Por eso, nuestro concepto de fe guarda una relación inmediata con la jornada, con la práctica diaria de nuestra vida [...]. Si tú, cuando te enamoras de una chica, o las veces que te hayas enamorado, no has percibido nunca cómo la fe cambia esa relación, no te has sorprendido diciendo: “¡Pues es verdad que la fe ilumina mi relación, la cambia, la mejora!”; si no has podido decir nunca una cosa así [...], si nunca has podido decir: “La fe hace más humana mi vida”, si no lo has podido decir nunca, la fe no será nunca una convicción ni podrá construir nada, no generará nada, porque no ha tocado lo más profundo de ti»⁸. Se nos invita a hacer esta experiencia, la misma que, gracias al vídeo de ayer, don Giussani hizo suceder de nuevo ante nuestros ojos.

Prosperi. La siguiente pregunta pide una clarificación, a la luz de estos Ejercicios, de lo que nos dijo el Papa en la plaza de San Pedro: «¿Qué significa que haya subrayado la autorreferencialidad?».

Carrón. El Papa nos dijo que «“salir” significa también rechazar la autorreferencialidad en todas sus formas, significa saber escuchar a quien no es como nosotros, aprendiendo de todos, con humildad sincera»⁹. Preparando los Ejercicios y releyendo algunos textos de nuestra historia, llegó a mis manos un diálogo de don Giussani con los profesores del movimiento

⁶ Cfr. L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., p. 300.

⁷ *GI* 2, 10.

⁸ Cfr. L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, op. cit., pp. 300-301.

⁹ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

en 1978, en el que dio lectura a una carta que le había escrito uno de ellos. Lo cito solamente para mostrar que hace ya tiempo que se plantea esta cuestión: «Lo que se dice», le escribe una persona, «del cielino medio es que es incapaz de estar con otros porque lo que es distinto a él lo juzga como inferior, superfluo o enemigo. Por eso se circunscribe a los de la comunidad, porque con los otros no se encuentra a gusto, se siente incomprendido». Más allá de que sea esta nuestra situación —no es lo que me interesa en este momento—, es un dato que en cualquier caso tenemos que considerar. De hecho, don Giussani comenta: «Sin embargo [al principio no fue así], cuando empezamos el “raggio” se hacía de tal forma que se aprendía de todos, participaban judíos, protestantes, ateos, precisamente se hacía para abrir el corazón del cristiano para entender que la fe es capaz de valorar y comprender lo que hay de verdadero en cualquier experiencia»¹⁰.

Don Giussani nos ha enseñado desde el primer momento a mirar así, es la mirada católica, que identifica con la palabra “ecumenismo”. Con ecumenismo «se quiere indicar que la mirada cristiana vibra por un impulso que le permite exaltar todo el bien que hay en todo aquello con lo que se encuentra, en la medida en que le hace reconocer que forma parte de ese designio cuya realización será completa en la eternidad y que nos ha sido revelado con Cristo». Nada queda excluido de este abrazo. «Lo que crea la cultura nueva y da origen a la verdadera crítica es el acontecimiento de Cristo», porque «la valoración del poco o mucho bien que hay en todas las cosas compromete a crear una nueva civilización, a amar una construcción nueva [...] una cultura nueva»¹¹. Permanecerá siempre en nuestra memoria el ejemplo del esqueleto del perro: «A propósito de esto hay un episodio que se atribuye a Cristo en un *agraphon*, según el cual, una vez que Jesús atravesaba el campo, vio el esqueleto seco de un perro. San Pedro, que iba por delante, le dijo: «Maestro, apártate»; pero Jesús, al contrario, siguió adelante y parándose a un paso del perro exclamó: «¡Qué dientes más blancos!». Era lo único bueno que quedaba en aquel cuerpo putrefacto. Los límites, aplastantes, saltan a la vista [todos sabemos ver los límites]; el valor verdadero de las cosas, por el contrario, lo encuentran solamente quienes tienen la percepción del ser y del bien, los que hacen que emerja y que se ame el ser de todo, sin olvidar, cortar, borrar o negar nada, porque la crítica no es hostilidad hacia las cosas, sino amor a ellas. Por eso, no se puede ser verdaderamente críticos si no estamos pacificados por ese amor que nos posee y que poseemos. Solo si estamos poseídos entera-

¹⁰ Cfr. *Agli educatori. L'adulto e la sua responsabilità*, op. cit., p. 57.

¹¹ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 145, 147.

mente por el amor, solo reconociéndonos pertenecientes al amor de Cristo “desbordante de paz”, seremos como niños que son capaces de entrar en la oscuridad del bosque sin miedo». Continúa don Giussani: «El mundo fue conquistado para el cristianismo, en última instancia, por esa palabra que lo resume todo: “Misericordia”». ¡Misericordia! ¡Antes, mucho antes de que el papa Francisco la nombrase! Y nadie podrá decir que hablar de este modo es hablar con ambigüedad. La misericordia está en la raíz del cristianismo: «La capacidad de misericordia se expresa en la sensibilidad que se tiene hacia el bien, en la certeza de que el bien vence con la fuerza de Cristo». Esta apertura, en la certeza de Cristo, permite que reconozcamos el bien en cualquier hombre, también en el más alejado. «Esta apertura hace que nos encontremos en nuestra propia casa junto a cualquiera»¹². En esta última frase está el criterio para juzgar si el modo que tiene cada uno de vivir el movimiento es autorreferencial o no, si se encuentra en su «propia casa junto a cualquiera» o no.

Prosperi. «¿Qué valor tiene el pasado si lo que cuenta es solo el momento presente? Si el acontecimiento sucede ahora, ¿qué valor tiene la historia que nos ha precedido?».

Carrón. La historia que nos ha precedido es fundamental porque, como dice Giussani en *El sentido religioso*, sin la experiencia y sin la riqueza del pasado no hay posibilidad de comunicación, todo es aridez: «cuanto más cargado estoy de experiencia más capaz de hablarte soy». Pero para que todo lo que nos pasa pueda llegar a ser nuestro, es decir, una riqueza con la que contamos en nuestra relación con el otro y con todo, necesitamos estar comprometidos con la vida como experiencia. Y esto no se da sin más. «Diálogo y comunicación humana tienen su raíz en la experiencia. En efecto, la endeblez de la convivencia personal, la aridez [...] de la convivencia en las comunidades, ¿a qué se debe sino al hecho de que muy pocos pueden decir que estén comprometidos con la experiencia, con la vida entendida como experiencia? Es la falta de compromiso con la vida como experiencia lo que hace que se charlottee y no se hable. La ausencia de diálogo verdadero, la aridez terrible que hay en la comunicación, la incapacidad de comunicar, crecen solo en paridad al chismorreo». Para que podamos comprender el dinamismo que genera la participación y la comunicación, Giussani hace dos observaciones: «La experiencia está guardada por la memoria. La memoria consiste en custodiar la experiencia. Mi experien-

¹² *Ibidem*, p. 145-148.

cia, por tanto, tiene que guardarse en la memoria, porque yo no puedo dialogar contigo si mi experiencia no está custodiada dentro de mí, no está protegida en mí como un niño en el seno de su madre, y vaya creciendo así dentro de mí a medida que pase el tiempo». La segunda observación, atención, es que «la experiencia debe ser verdaderamente así, es decir, tiene que ser algo juzgado por la inteligencia; de otro modo la comunicación se convierte en chismorrear palabras o vomitar lamentos. ¿Y qué hace la inteligencia para juzgar la experiencia? Confrontar siempre su contenido expresivo con las exigencias que constituyen nuestra humanidad, con la “experiencia elemental”, porque la experiencia elemental es la inteligencia actuando en su misma esencia»¹³.

¿Y dónde está el problema? En que se puede no hacer experiencia, no comprender lo que el pasado nos ha enseñado. Para los judíos, que han visto que Dios les ha dado todo, ¿qué significa aprender del pasado? Estar siempre abiertos al nuevo don que se les entregará. Pero sin la apertura para recibir lo dado, cuando llegue un nuevo regalo de Dios, no estaremos en disposición para acogerlo y lo rechazaremos. Es decir, si en lugar de aprender la sencillez que acoge constantemente la forma con la que el Misterio nos renueva ahora su don, pensamos que ya hemos comprendido, que ya sabemos lo que debemos aprender continuamente, desde lo más elemental de la experiencia cristiana, estamos acabados. Giussani nos dice: «Lo que se sabe y lo que se tiene se convierte en experiencia si lo que se sabe o se tiene es algo que se nos da ahora: hay una mano que nos lo tiende ahora»; si fuera al contrario, perdería lo que soy y lo que tengo. Y añade una frase tremenda: «¡Fuera de este “ahora” no hay nada!»¹⁴. Podéis comprender la verdad de estas palabras si prestáis atención a vuestras relaciones. Sin este “ahora” toda la experiencia vivida con la mujer o el marido se vuelve árida, ya no percibís el inicio, ni el marido ni la mujer se asombran como al principio. ¿Pero para qué sirve vuestra experiencia si no es para sorprenderos cada vez más de que él o ella exista y de que aún os ame? «¡Fuera de este “ahora” no hay nada!». En la experiencia lo entendemos bien: se nos ha dado todo. Si no nos asombramos ahora, en el presente, a pesar de la experiencia pasada, solemos decir: «De acuerdo, sí, eso fue hace un tiempo pero ahora ya no existe, todo se ha vuelto viejo!». Y sucumbimos a la tentación de pensar que el matrimonio es la tumba del

¹³ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit. pp. 112-113.

¹⁴ Cfr. ARCHIVO HISTÓRICO DE LA ASOCIACIÓN ECLESIAL MEMORES DOMINI (ASAEMD), documento impreso titulado «Retiro de la Dedicación del templo, Rimini, 2-4 Octubre 1992». Cfr. A. Savorana, *Vita di don Giussani*, op. cit., p. 851.

amor y que el cristianismo es la tumba del deseo. Terminamos por pensar así porque ya no estamos abiertos, no estamos disponibles. Por esta razón decía ayer que los amigos nuevos que conocemos nos vuelven a recordar la mirada que Cristo ha introducido en el mundo. ¿Qué te pierdes cuando no ves lo que ellos ven? La mayoría de las veces les tratamos como ingenuos, de la misma forma que los fariseos trataban a Juan y Andrés. «¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él?»¹⁵, reprochaban con dureza los fariseos a quienes, después de conocer a Jesús, decían asombrados: «Jamás ha hablado nadie como ese hombre»¹⁶. El día en que nos demos cuenta de que estamos cerrados de esta manera, ¡podremos irnos a casa! Pero el ciego de nacimiento, el último en llegar, no podía no reconocer lo que le estaba pasando en ese preciso momento.

Pidamos a la Virgen que nos mantenga en la disposición original. Lo recomendaba el Papa a los movimientos: «La novedad de vuestras experiencias no consiste en los métodos y en las formas, por importantes que sean, sino en la disposición a responder con renovado entusiasmo a la llamada del Señor»¹⁷. Es como decir: podéis haber hecho cantidad de cosas, pero si habéis perdido la posición original, el fuego del principio se convierte en cenizas. No hay salida. Podemos multiplicar nuestras parrafadas, protestar, enfadarnos, pero si perdemos esa posición original será inútil lamentarse. Sin embargo, no tienen por qué ser así las cosas. Es necesaria una decisión por nuestra parte. Y si aún no estamos en condiciones de tomarla, pidamos al Señor que nos ayude. ¡Rápido, antes de que el desierto avance dentro de nosotros!

Prosperi. Por lo tanto, aceptar que el acontecimiento sucede ahora depende de reconocer que Quien ha entrado en nuestra vida, Quien nos ha aferrado en un encuentro, sigue guiando nuestra vida.

Carrón. Me viene a la memoria el episodio del maná. El pueblo tiene hambre en el desierto. Dios responde dándole el maná todos los días. Pero como pierden la confianza en que el Señor siga a su lado («dicen que no volverás»), los israelitas empiezan a hacer acopio del maná en vez de crecer en conciencia y confianza, en vez de tener un corazón de niño y abandonarse a la Presencia que tan patentemente se ha interesado por su suerte.

¹⁵ Jn 7, 48.

¹⁶ Jn 7, 46.

¹⁷ Francisco, *Discurso a los participantes del III Congreso Mundial de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades*, 22 de noviembre de 2014.

Entiendo la tentación: abandonarse significa depender siempre de Otro, estar a merced de Otro, de su designio, y eso nos desagrade porque quiere decir que no somos los dueños de nuestra vida. Tener un verdadero afecto por uno mismo es lo importante, o lo que es lo mismo, que nuestro amor por nosotros mismos nos haga disponibles a desplazarnos constantemente para reconocer que en el centro está Él, porque Él es el único que cumple nuestra humanidad. ¡Menos mal que Cristo siempre nos *primerea!*

Prosperi. La posición con respecto al trabajo que se vuelve gratuidad para el bien de todos nos resulta especialmente deseable. Sin embargo, la experiencia normal de trabajo es de ambición, de proyecto individual, incluso de mezquindad. ¿Cómo puede el encuentro presente con Cristo cambiar nuestra actitud con respecto al trabajo? ¿De qué modo puede la acción en el trabajo basarse en la obediencia, en lugar de estar encaminada prioritariamente al dinero, al poder, a la carrera?

Carrón. ¿Qué buscamos en el trabajo? ¿Qué buscáis en el trabajo persiguiendo el dinero, el poder, la carrera? El cumplimiento de vuestra vida. Intentad ver si esto es suficiente para cumplir vuestra vida. Si esto basta para cumplirlos. Porque el problema de la vida —os lo he dicho siempre— empieza cuando la vida funciona, cuando tienes todo lo que buscas en el trabajo y no basta. Nos lo ha dicho Pavese: «Lo que un hombre busca en los placeres es un infinito, y nadie renunciaría nunca a la esperanza de conseguir esta infinitud»¹⁸. Por eso, si no comprendemos que lo que cumple la vida es esa relación de la que estamos hablando desde el primer instante en que estamos juntos, no podemos pensar que esto introduzca ninguna novedad en nuestra relación con el trabajo. Porque lo que en el fondo se ofusca en nosotros —y por eso se ofusca también el modo de estar en el trabajo— la naturaleza de mi yo, desaparece la conciencia de que soy una desproporción ilimitada, y por tanto que, aunque tenga éxito, todo es poco y pequeño para la capacidad del alma. Ni siquiera cuando las cosas te van bien podrás estar satisfecho. Pero esto no es un problema ético: «Ahora tengo que conformarme con un poco menos», porque no nos conformaremos con un poco menos. Solo podremos conformarnos si lo tenemos todo, porque todo es poco, el problema del trabajo es que todo es poco. Entonces la cuestión es si empezamos a entender que nuestra vida no la cumple lo que nosotros hacemos, sino que la cumple una relación con una Presencia ahora.

Por eso decía don Giussani: «Solo de este agradecimiento podrá sur-

¹⁸ C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 198.

gir la gratuidad». Espero que podamos trabajar sobre esto. Es decir, una relación nueva, distinta, con el trabajo, «una modalidad subversiva y sorprendente de vivir las cosas habituales que entra en la historia con el cristianismo»¹⁹, como hemos visto en las imágenes: la vida cotidiana, las cosas habituales, cambiadas por la presencia de Cristo, por una mirada dentro de nuestra mirada. Podremos cambiar solamente si nuestro trabajo está impregnado de la memoria de Cristo. El problema es la memoria, pues en caso contrario, vivimos como todos, exactamente igual que todos.

Tengo aquí un texto de un literato francés, Emmanuel Carrère, que habla así del cristianismo: «Estoy convencido de que la fuerza de persuasión de la secta cristiana» [era un antiguo cristiano que lo dejó y escribe porque no puede más] «se basaba sobre todo en la capacidad de inspirar gestos que dejaban con la boca abierta. Gestos, y no solo palabras, que contradecían el comportamiento normal de los hombres. Los hombres son así, no hay nada que hacer: los mejores entre ellos quieren a sus amigos, y todos odian a sus enemigos. Prefieren ser fuertes antes que débiles, ricos antes que pobres, grandes antes que pequeños, mandar antes que obedecer. Es así, es normal, nadie ha dicho nunca que estuviera mal. No lo dice la sabiduría griega y tampoco la religión judía. Ahora surgen hombres que no solo dicen, sino que hacen exactamente lo contrario. Al principio nadie entiende sus razones, nadie comprende para qué sirve esa absurda inversión de valores. Luego alguno empieza a ver claro, empieza a ver para qué sirve: cuánta alegría, cuánta fuerza, cuánta intensidad gana la vida por esa conducta aparentemente insensata. Y entonces no tiene más que un único deseo», lo escuchamos ayer, «hacer lo mismo que ellos»²⁰.

Prosperi. Don Giussani nos dijo que la virginidad en la relación con las cosas es el camino para todos. Podemos decir que es el secreto de la vida. ¿Qué quiere decir que la virginidad es el modo más verdadero para vivir la vida incluso dentro del matrimonio?

Carrón. Se hable del trabajo o del afecto, volvemos siempre al mismo punto: la conciencia de la naturaleza del yo. El problema de la relación con el otro está en el yo, en la percepción que tengo de mí mismo, y por tanto del otro. Pero esto nos parece individualismo. ¡No, no! El problema está en la percepción de uno mismo, porque si uno no tiene esto claro, descarga sobre el otro (él o ella) la posibilidad de resolverlo. Pero no lo resuelve;

¹⁹ Ver aquí, p. 89.

²⁰ Cfr. E. Carrère, *Il Regno*, Adelphi, Milán 2015, p. 148.

de hecho, muchas veces, la relación se vuelve violenta. *El sentido religioso* habla del “carácter de exigencia que tiene la vida”, y lo explica en estos términos: «Un pasaje de *Romeo y Julieta* de Shakespeare expresa sintéticamente la apertura analógica que tiene el dinamismo del amor en el hombre: “Muéstrame a una amante que sea hermosísima; su belleza no será otra cosa que un consejo donde yo lea el nombre de aquella que es más hermosa aún que la hermosísima”. La atracción que ejerce cualquier belleza sigue una trayectoria paradójica: cuanto más bella es, más remite a otra cosa distinta, [...] no ocluye, sino que abre de par en par el deseo: es signo de algo distinto. “Ama quien le dice al otro: tú no puedes morir”; también la intuición amorosa de Gabriel Marcel remite a otra cosa diferente. El carácter de exigencia que tiene la existencia humana apunta hacia *algo que está más allá* de sí misma como sentido suyo, como su finalidad. Las exigencias humanas constituyen una referencia, una afirmación implícita de la realidad de una respuesta última que está *más allá* de las modalidades existenciales que se pueden experimentar»²¹.

Un yo y un tú limitados se suscitan recíprocamente un deseo infinito, [...] un deseo de plenitud desproporcionado a la capacidad que [...] tienen de responder a semejante deseo. [...] Solo en el horizonte de un amor más grande se puede evitar devorarse en la pretensión, repleta de violencia, de que el otro, limitado, responda al deseo infinito que suscita»²².

La experiencia nos dice que un yo y un tú despiertan el uno en el otro, recíprocamente, un deseo infinito —de plenitud, de cumplimiento— que es desproporcionado a la capacidad que tienen de responder a él. El horizonte de un amor mayor impide que cada uno de ellos se consuma en una pretensión (en última instancia violenta) de que el otro —estructuralmente limitado— responda al deseo infinito que ha despertado en uno mismo.

Tu corazón de hombre llamado al matrimonio y mi corazón de hombre llamado a la virginidad como forma vocacional, comparten la misma exigencia: Cristo, el único capaz de responder a la sed de felicidad que el otro suscita constantemente en mí. En este sentido, «la virginidad», como escuchamos ayer decir a don Giussani, «es una forma de vida visible que nos recuerda el ideal común que todos tenemos y que es para todos, que es Cristo, lo único por lo que merece la pena vivir y morir, trabajar, amar a la mujer, educar a los hijos, gobernar y ayudar a un pueblo». Por eso es para todos. Nos conviene. Y por tanto solamente si Cristo determina hasta ese

²¹ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp.165-166.

²² Cfr. J. Carrón, «Rayo divino pareció a mi mente, mujer, tu hermosura» (G. Leopardi), *Revista Huellas*, octubre 2006.

punto mi relación con el otro, con mi marido o mi mujer, solo si está presente, podrá la relación no convertirse en algo violento, sino ser gratuita. Esa gratuidad de haber sido amados así, dominados por esa conmoción de la caridad que Cristo tiene conmigo. Y de este modo, dominado por esa conmoción, podré amar y mirar gratuitamente, sin pretender que el otro pueda llenar lo que no puede llenar —mi corazón, que es necesidad infinita— por su propio límite. Me ha impresionado el final del vídeo: «La lucha con el nihilismo [que puede estar presente en la sociedad o en las relaciones] consiste en vivir esta conmoción».

Prosperi. ¿Qué diferencia hay entre estar contento y la alegría que nace del corazón? Giussani nos decía que la alegría que nace del corazón es mucho más que estar contento, lo llamaba *leticia*. ¿Cómo experimentar esta *leticia*?

Carrón. Solo viviendo como nos estamos recordando. Mirad a la cara las frases pronunciadas por don Giussani en el vídeo de ayer: «La alegría que nace del corazón exige una gratuidad absoluta, que solo es posible con la presencia de lo divino»²³. Solo si Cristo entra en nuestra vida podremos experimentar esta *leticia*; en caso contrario, dependeremos de cualquier cosa y ninguna satisfacción podrá compararse con esta alegría profunda. Jesús dice que nada ni nadie podrá quitarnos la alegría que nace de su presencia.

Prosperi. «¿Cómo sostener y dilatar la unidad entre nosotros siguiendo a quien nos guía hoy?».

Carrón. Hace años, en un Equipe del CLU, preguntaron a don Giussani cómo profundizar en la unidad. Uno le hablaba de la exigencia y las ganas de profundizar en la comunión (muchas veces creemos que ahondar en la comunión es algo que podemos hacer nosotros). Escuchad la respuesta de Giussani: «Decir: “Como hay una carencia de comunión, entonces queremos profundizar en la comunión entre nosotros”, da lugar a algo ficticio; en sí mismo, nos conduciría a algo ficticio. En cambio, se trata de querer profundizar personalmente en la fe [...], la profundización de la fe que tengo es lo que me une a vosotros en la comunión. Este es un peligro muy presente y muy difundido en el movimiento: el de pensar que la solución pasa por ahondar en la propia pertenencia objetiva a una comunión. Sin

²³ Ver aquí, p. 87.

embargo, la objetividad de la comunión nace de profundizar en la fe personal, porque la fe es la relación con Cristo, con Dios».

Juan y Andrés no profundizaron en la comunión entre ellos poniéndose de acuerdo o hablando sobre ella. ¡No! Ayer escuchamos a Giussani decir que aquellos dos estaban llenos de otra cosa. Cuanto más uno está lleno de lo que al otro le llena a su vez, tanto más en comunión están. Si no es así, caeremos en la tentación de pensar que la comunión es algo que podemos realizar nosotros. Pero continúa don Giussani: «Cuanto más voy al fondo de la fe, más me uno a ti, incluso si tú te resistes, si me rechazas. Cuando estéis casados, cuanto más un hombre profundice en el sentido de su relación con Cristo [como veis, siempre vuelve al mismo punto] dentro de la tarea que le ha sido confiada, tanto más amará a su mujer, aunque ella le pusiese los cuernos. Una comunión madura es la consecuencia del camino personal para ir al fondo de la fe. Nuestra comunión no madura porque nos lo proponíamos; de esta forma, se ponen en primer plano los aspectos psicológicos, sentimentales e ideológicos». Don Giussani se detiene largo tiempo sobre el tema para subrayar «que el problema es la persona, que todo deriva de la fe de la persona». Todo; también la presencia: «La presencia será una consecuencia de esto; una consecuencia, incluso desde el punto de vista dinámico, muy análoga: cuanto más profunda es mi conciencia de fe, más me convierto una presencia. Por eso he subrayado ciertos términos». Dice don Giussani: «La presencia me “llena”, da “gusto”, da “paz”, porque todos ellos son síntomas personales». La insistencia que hemos hecho este año en la idea de presencia, ¿a qué se opone? Se opone a una idea de presencia como “comunidad”, colectividad o grupo. No es que esto no deba existir, pero es una consecuencia», porque cuanto más uno vive todo lo que hemos dicho como experiencia personal, tanto más se expresa como grupo. «En caso contrario, se convierte en algo ideológico, se dispersa antes o después, termina cansándonos»²⁴.

Por tanto, el problema es la persona, todo deriva de la fe de la persona. «¿Qué nos reúne? [...] ¡Es el problema de la propia vida, de mi vida, del significado de mi vida, de la verdad de mi vida, de la verdad de mi relación con el mundo, y, por tanto, de mi relación verdadera con el tiempo, con mi destino! Este es el problema: la fe». Me parece que, después de lo que nuestros ojos vieron ayer a lo largo de dos horas, un asunto queda claro para todos: la cuestión nuclear es la fe, «qué significa realmente que Cristo es el significado de mi vida. Lo demás es una consecuencia que surge, que

²⁴ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., pp. 229-230.

sale a la luz con sus instrumentos mediadores, etc., pero esta es la clave»²⁵.

Por eso, la cuestión es seguir. Seguir nos permitirá hacer cada vez más nuestro lo que nos ha sucedido. «Hoy conversaba con una persona y al final, después de haberme comentado su problemática, me pregunta: “Entonces, ¿qué tengo que hacer?”. Y la respuesta fue: “¡Sigue! Sigue [...] la autoridad. Sigue. Si sigues, comprenderás; si no sigues, no comprenderás”. Los que no han seguido el recorrido de la historia del Movimiento han caído en este error. Se han quedado en el recuerdo de los primeros años y ahora, ante la difusión del Movimiento, sienten nostalgia de los primeros tiempos y pretenden juzgar lo que ahora dice el Movimiento con sus medidas, con sus formas de pensar y sentir. [¡Incluso algunos dicen que estoy cambiando la estructura genética del movimiento!] Mientras deberían volver a seguir como hicieron al comienzo. Al inicio entendieron porque siguieron. Ahora que son mayores, dicen: “No. Queremos entender nosotros solos, queremos seguir lo que a nosotros nos parece bien”. De este modo se equivocan, incluso en asuntos de política»²⁶.

Amigos, la vida es una cosa seria.

¡Ayudémonos a vivirla con seriedad!

²⁵ *Ibidem*, p. 230.

²⁶ L. Giussani, *Afecto y morada*, Ediciones Encuentro, Madrid 2004, p. 70.

AVISOS

Oración por los cristianos perseguidos

El papa Francisco ha emitido un nuevo llamamiento de auxilio en favor de los cristianos perseguidos: «Desgraciadamente todavía hoy oímos el grito angustiado y desamparado de muchos hermanos y hermanas indefensos que, a causa de su fe en Cristo o de su etnia, son pública y cruelmente asesinados –decapitados, crucificados, quemados vivos–, o bien obligados a abandonar su tierra» (12 de abril de 2015). Esta grave situación nos interroga a cada uno de nosotros y al movimiento. La Conferencia Episcopal Italiana va a proponer una iniciativa de oración que involucre a toda la Iglesia. En cuanto los detalles y la forma del gesto estén decididos, os informaremos.

Meeting para la amistad entre los pueblos 2015

Como sabéis, este año el Meeting se celebrará del jueves 20 de agosto (apertura a las 12.00h) al miércoles 26 de agosto (clausura a las 24.00h). Los organizadores han pensado este cambio de fecha para favorecer la participación del mayor número de personas, dado que el Meeting se construye participando personalmente, al menos un día en el evento, como nos recordaba siempre don Giussani. El Meeting es el gesto que mejor expresa nuestra historia; tomar conciencia de ello es el primer paso para sostenerlo. Muchas personas que han visitado el Meeting por primera vez en estos últimos años han quedado cautivadas por la cantidad de encuentros y exposiciones, pero fundamentalmente por las personas que lo realizan, que participan en él, que escuchan, que se interesan por todo lo que allí pasa, que se dejan provocar y plantean preguntas, que trabajan gratuitamente y están contentas. Mucha gente encuentra en el Meeting un espacio de diálogo, de convivencia y de encuentro, y preguntan quiénes lo organizan para conocer así el origen de esta experiencia. Participar personalmente en el Meeting es una ocasión para todo el que quiera redescubrir la experiencia de la que nace y lo que porta consigo.

El título de este año son unos versos de un poema de Mario Luzi: «¿De qué es ausencia esta ausencia, / corazón, / que de repente te llena?». Solo el título indica ya un amplio alcance cultural porque, como hemos visto estos días, en el origen de la confusión actual —“ya no existen evidencias”— se sitúa un oscurecimiento de la conciencia respecto a la naturaleza del yo. En consecuencia, resultará interesante encarar esta pregunta tratando de encontrar una respuesta porque, si no, el empobrecimiento de la persona y la reducción del deseo serán un fenómeno inevitable.

Vida de la Fraternidad

Retomo algunos aspectos de la vida de la Fraternidad sobre los que se nos han pedido algunas aclaraciones.

Visitor de los grupos de Fraternidad. Con ocasión del encuentro de priores —que habéis podido leer— de los grupos de Fraternidad de la diócesis de Milán el 4 de diciembre de 2013, tuve la oportunidad de recordar que yo mismo había oído siempre decir a Giussani, imagino que vosotros también, respecto a la función del *visitor* dentro del grupo de fraternidad, lo siguiente: «Tú, que eres *visitor*, vas allí donde yo no puedo llegar; como yo no puedo llegar hasta allí, vas tú». El *visitor* no pertenece como tal a la estructura de la Fraternidad. Es una figura cuya finalidad es ofrecer una amistad, una relación; es una figura que hace llegar la mirada de quien guía, el abrazo de quien tiene la responsabilidad de guiar pero que, por él mismo, no consigue hacer llegar directamente. La función del *visitor* no es otra que la de hacer llegar, con su presencia, mi presencia a los lugares donde no puedo llegar yo (me gustaría ir a todas partes, pero no es posible, dado que somos muchos en muchos lugares del mundo). En este sentido, al *visitor* lo elige, o al menos lo aprueba, quien guía. Un grupo de Fraternidad que desee un *visitor* para su propio camino deberá, por tanto, una vez identificada la persona que desea, preguntar al responsable diocesano o regional si es oportuna su decisión o si la persona es adecuada, precisamente por su valor de nexo con la guía central de la Fraternidad.

Elección de los responsable diocesanos. Me parece que es útil explicar bien cómo hemos afrontado y cómo hemos intentado responder a este aspecto de la vida de la Fraternidad. Desde que se constituyó la Fraternidad, don Giussani siempre pensó en una estructura que iba a conducir él, la Diaconía central, en la que participan responsables regionales de la Fraternidad elegidos —en las diócesis donde el obispo reconoce a la Fraternidad— por los responsables diocesanos que, a su vez, son elegidos por los inscritos residentes en la diócesis. Para la designación del responsable diocesano (según el art. 3 de los Estatutos) se ha redactado un procedimiento específico, de modo que todos puedan recibir información acerca de los tiempos y las formas de la elección. Este procedimiento ya se ha empezado a poner en práctica en algunas diócesis. Ahora bien, algunos nos han hecho llegar preguntas que expresan la dificultad para comprender la naturaleza de este gesto. El punto central que hay que aclarar se refiere a la autoridad de la Fraternidad y a qué quiere decir que la Fraternidad elige su guía. Don Giussani describe cómo se identifica la autoridad: la autoridad, o «el punto de referencia, no es la suma de los que participan en una reunión». Pero entonces, ¿dónde reside la autoridad? «Toda la historia judeocristiana la

identifica con una autoridad fijada por Dios de distintas formas, siguiendo y obedeciendo a la cual, nos aseguramos de estar en el camino adecuado». Nosotros pertenecemos a esta historia. ¿Por qué hemos seguido la autoridad de don Giussani? ¿La hemos escogido nosotros? Dios nos la ha dado y nosotros la hemos reconocido. Esta es la forma, la misma que Dios ha escogido siempre en la historia del pueblo judío. ¿Cómo se elige la autoridad? Se puede decir que, en abstracto, son tres las formas que los hombres pueden elegir en la elección de una autoridad. Dice Giussani: la primera, a través de una votación democrática; la segunda, porque uno se impone como jefe; y la tercera, reconociendo que ha sido dada por Dios. Don Giussani dice: «Esta autoridad no es fruto de una votación democrática, y mucho menos puede deberse al afán pretencioso de uno que dice: “Yo soy el jefe”. Queda una única solución: que es una gracia que Dios otorga». Y porque es una gracia, se puede aceptar o rechazar, pero sigue siendo en cualquier caso una gracia: «La autoridad es alguien en el que Dios nos ha dado la gracia de establecer el punto con el que nosotros nos insertamos en la historia». Es exactamente esto lo que nosotros hemos reconocido en don Giussani. Una vez que Dios fija la autoridad, ¿cuál es su tarea? La autoridad tiene el deber de indicar a quién considera más útil para ayudar a la Fraternidad a recorrer un camino. Don Giussani decía: «Esta autoridad tiene también como suma preocupación y tarea identificar entre quienes se reúnen a su alrededor, el que mejor traduce lo que la autoridad representa. O lo que es lo mismo, la autoridad mediante la cual Dios nos ha llamado, es la que indica nuevos puntos de referencia». Habéis visto lo que ha pasado conmigo. Yo no he elegido estar aquí, y tampoco vosotros lo habéis elegido. Me eligió él, que me llamó cuando estaba en España. Esto no ha impedido que, posteriormente, hayan tenido que realizarse los procedimientos establecidos para que la Diaconía central de la Fraternidad confirmase lo que don Giussani había indicado. Y la Diaconía central de la Fraternidad me eligió a mí, siguiendo la indicación de don Giussani. Su primera preocupación fue indicar la autoridad. «En caso contrario, la alternativa es que la continuidad hubiese dependido del método democrático o el afán pretencioso de uno». Pero, haciendo las cosas de este modo, volveremos a uno de los métodos que don Giussani rechazó para identificar la guía de la Fraternidad, porque «la continuidad es [siempre] una obediencia, también la continuidad es una obediencia: afirmar la obra de Otro [...]. La indicación que la autoridad nos da de una nueva autoridad que le dé continuidad, no coincide con la indicación de un superdotado o del más santo». ¡Es un consuelo! «La palabra obediencia, por tanto, se juega en el campo de la libertad y la purifica, haciéndola ser lo que está

llamada a ser: estupor, reconocimiento y adhesión a lo que Dios nos ofrece a través de la autoridad que ha fijado. Esta autoridad indica otra autoridad y nosotros la seguimos», sigue diciendo don Giussani. «Lo que decimos del movimiento es una analogía de la Iglesia de Dios. La característica de la autoridad es por eso la humildad, no la imposición. Porque lo que salva la unidad de la historia es la obediencia» (Fondo de documentación de CL, Documentación audiovisual, Diaconía española CL, Milán, 4 de junio de 1993).

Lo dicho hasta ahora vale también para identificar al responsable en las diócesis y al responsable de la región pastoral. Efectivamente, la propuesta de designación la hacen los responsables de la Fraternidad y se somete a la libre expresión de los participantes en la asamblea.

SANTA MISA

Lecturas de la Santa Misa: Hch 4,8-12; Sal 117 (118); 1 Jn 3,1-2; Jn 10,11-18

HOMILÍA DE DON FRANCESCO BRASCHI

«Por esto el Padre me ama, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla... Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla» (*Jn 10,17-18*). Estas palabras de Cristo podrían escapársenos, pasar inobservadas entre las tantas palabras escuchadas en estos días. O quizá podrían dejar en nosotros —aunque por poco tiempo— un eco sentimental, incluso el presentimiento de que son palabras importantes, pero que, en último término, tienen más que ver con la relación de Cristo con el Padre que con las exigencias para nuestra vida concreta, aquí y ahora.

Sin embargo, estas palabras no solo se nos han leído, sino que se nos han anunciado. Más aún: las ha pronunciado Cristo, que habla y es el sujeto de la liturgia de la Iglesia. No podemos pensar que representen algo diferente y separado del nuevo acontecer de su presencia, aquí y ahora, para cada uno de nosotros.

¿Qué significa: «*Por esto* el Padre me ama, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla», o lo que es lo mismo: «*Para que* la recupere»? ¿Qué significa que la razón del amor del Padre por Cristo no está solamente en el hecho de que Él entrega su vida, sino que la entrega “con la finalidad” de recuperarla, “para que” la recupere? Todos nosotros pensamos que ya sabemos lo que significa «dar la vida»: significa ofrecerse, sacrificarse, y estamos más que dispuestos —por lo menos ahora, al final de los Ejercicios espirituales— a reconocer lo trascendental que es que Cristo entregue su vida por nosotros.

Pero este “saber” tiene un riesgo. Si la Pascua de Cristo no llega a ser el *método*, la forma de estar en la realidad, se corre el riesgo de que el gesto de Cristo que entrega su vida sea un gesto lejano en el espacio y en el tiempo, sea un devoto recuerdo al que recordar de vez en cuando.

Existe el riesgo de que miremos la Cruz de Cristo, la entrega de su vida como una “misión cumplida”, que hemos conmemorado en el viacrucis de Caravaggio el Viernes Santo pero que miramos ahora como algo asentado en nuestros hombros, que es *nuestra* Cruz. Que alimenta incluso —¡Dios no lo quiera! — una amarga sospecha: que Cristo, cumplida su obra, se ha ido; o que —al menos— se mantiene solo si mi juicio se lo permite.

¡Se trata de algo bien distinto! Que Cristo recupere su vida después de haberla entregado, cambia por completo la perspectiva, cambia el juicio. El Padre ama al Hijo porque, recuperando su vida después de haberla en-

tregado, Cristo hace de su vida una ofrenda permanente, un don continuo, una fecundidad a la que no se le resta ni un instante de la historia ni ningún lugar de la Creación.

El Padre y el Hijo se conocen recíproca y perfectamente —como afirma el evangelio que acabamos de leer (cfr. *Jn* 10,15)—, porque comparten en comunión plena el Espíritu Santo, que es manifestación y realidad del ímpetu de amor que les hace salir de Sí, y que constituye el único «poder» (cfr. *Jn* 10,18) que tiene Cristo para entregar y recuperar su vida. Este es el significado de que Cristo es «la piedra angular», la piedra que sustenta todo sin desfallecer.

Entrega de la propia vida, ofrecimiento de Sí establecen la obediencia amorosa de Cristo al amor y al encargo del Padre. Obediencia que transforma la historia en el lugar que la Pascua fecunda constantemente, en la continua generación del hombre nuevo, del *sujeto hecho nuevo* que se reconoce regenerado “por una esperanza viva” (cfr. *1Pd* 1,3-4). Es el hecho nuevo que irrumpe en la historia con la Pascua de Cristo. Es el hecho que *nos* define, que define toda existencia humana de modo indeleble e ineludible.

¿Cuál es, cuáles son las características del hombre nuevo que la Pascua genera?

El hombre nuevo es el que se sabe conocido por Cristo y que conoce a Cristo como el pastor que no es un mercenario, que *jamás* abandona a sus ovejas (cfr. *Jn* 10,11-13), el hombre al que no se le ocurre pensar que Él «no existe».

Es el hombre que se sabe hijo de Dios (cfr. *1Jn* 3,1), generado a una existencia *ya cierta* porque su propia existencia viene del Padre y, al mismo tiempo, penetrado por la espera, por el dolor de lo que todavía no se ha revelado.

Es el que, consciente de su pobreza, se siente llamado a vivir de la vida de Cristo, y por eso no teme salir, porque el mismo Cristo *está ya fuera*, en busca de las ovejas que se han ido del redil, fuera del lugar donde se sienten seguras (cfr. *Jn*, 10,16).

Permanentemente, objetivamente presente entre nosotros, Cristo resucitado es la única piedra sobre la que se puede construir y sostener la realidad. Él nos hace *hombres salvados*: salvados, sobre todo, de la pretensión de determinar a nuestra medida el rostro de la realidad.

La realidad es Cristo. Y Cristo sabe muy bien cómo y cuándo volver a suceder para cada uno de nosotros. Lo experimentamos en Roma. Lo experimentamos ayer por la tarde. Lo hemos experimentado esta mañana.

Estamos agradecidos porque Cristo no permite que nos falten testigos y maestros seguros de que Él vuelve a acontecer. Le hemos encontrado de

nuevo, una vez más. Le hemos escuchado. Hemos interceptado su mirada, iluminada por el reconocimiento de Cristo presente: el papa Francisco, don Giussani, don Julián.

Recemos para que cada uno de nosotros esté cierto y alegre por las gracias que se vierten con inimaginable abundancia sobre nosotros y sobre todo el movimiento.

MENSAJES RECIBIDOS

Queridos,

No quiero que os falte mi saludo y mi bendición con ocasión del importante gesto mediante el cual, también este año, se renueva la consciente pertenencia de todos vosotros a la Iglesia según el carisma de mons. Luigi Giussani.

Sobre todo en este tiempo en el que muchos cristianos, hombres religiosos y constructores de justicia pagan con su vida, con el exilio y con grandes sufrimientos, *Una presencia en la mirada* representa un apremiante llamamiento a la conversión radical que disponga al ofrecimiento total de uno mismo.

Ruego porque se abra camino en cada uno de vosotros una fe madura. Y la fe lo es cuando el deseo de ver a Jesús cara a cara se hace dominante, por gracia y por fe, a lo largo de nuestro camino, y nos hace capaces de esa “posesión en la distancia” a la que el Siervo de Dios don Luigi Giussani no se cansaba de reclamarnos.

Con afecto, una especial bendición.

S.E.R. cardenal Angelo Scola
Arzobispo de Milán

Querido don Julián,

Me uno a la Fraternidad de Comunión y Liberación en este momento de gracia en el que el Señor nos ha vuelto a alcanzar a través de la Audiencia pública del papa Francisco el pasado 7 de marzo. El Santo Padre nos ha recordado que “después de sesenta años, el carisma originario no ha perdido su frescura y vitalidad”, al tiempo que nos ha invitado a “no ser el centro” porque “¡el centro es uno solo, es Jesús, es Jesucristo!”.

El tema de este año, “una presencia en la mirada”, ayudará a sorprender este centro como siempre lo hizo don Giussni, para que realmente pueda ser el centro de nuestra vida y de nuestra misión en el mundo. En este tiempo de mártires pido al Espíritu la gracia de que los Ejercicios Espirituales renueven la verdad de nuestra experiencia y el ardor del testimonio, siempre abiertos a las sorpresas de Dios.

Ruego también a la Madre del Señor por todos vosotros y deseo que podamos llevar por todas partes la “mirada” inconfundible de Jesús que aprendimos de don Giussani y que tú nos invitas a tener viva en las periferias de la existencia, siguiendo al papa Francisco.

Para todos mi abrazo cordial y la bendición del Señor
S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Arzobispo Metropolitano de Tarento

TELEGRAMAS ENVIADOS

Su Santidad Francisco

Santidad,

Su mensaje al comienzo de nuestros Ejercicios espirituales y el saludo que nos ha traído el cardenal Müller han renovado en nosotros la certeza de la presencia de Cristo resucitado a través de la maternidad de la Iglesia. Le estoy por ello agradecido y se suman a este agradecimiento los 24.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación presentes en Rimini y los miles de amigos conectados en vídeo en 17 países del mundo.

Provocados por el gran evento del encuentro con Su Santidad en la plaza de San Pedro, nos hemos dado cuenta de que todavía tenemos necesidad de comprender el alcance del don de Dios que fue don Giussani para nuestra vida: «Todo empieza en nuestra vida con un encuentro. Jesucristo siempre nos primerea». En la plaza de San Pedro usted hizo que delante de nuestros ojos sucediera aquello de lo que nos habló: un encuentro, lleno de misericordia. Sus palabras nos han hecho más conscientes de nuestra ilimitada necesidad y nos animan a pedir la pobreza de espíritu para poder recibir el don de la conversión.

Hemos vuelto a recorrer nuestra historia, marcada por las continuas reconversiones de don Giussani: «nuestro corazón está como incomunicado o, mejor, Cristo permanece como aislado del corazón» porque «no Le esperamos día y noche». Sentimos la urgencia de una fe madura para poder proponerla con mayor intensidad a todo el mundo. Seguir y amar en todo a Cristo es la característica principal de nuestro camino.

A los diez años de la muerte y subida al cielo de don Giussani, hemos querido hacer memoria viva de él: hemos visto y escuchado un testimonio de don Giussani sobre Cristo, no como algo del pasado, pues sigue sucediendo ahora. Su testimonio nos ha llenado de silencio y nos ha facilitado volver a vivir el acontecimiento del encuentro de Juan y Andrés en el Jordán; ellos pudieron reconocerle con facilidad gracias a la excepcionalidad incomparable que Cristo comunicaba: correspondía a la espera del corazón: «Aquellos dos se lo dijeron a otros amigos, como una gran corriente que se fue agrandando; y llegaron a decírselo a mi madre. Y mi madre me lo dijo a mí cuando era pequeño, y yo también digo: “Sólo tú tienes palabras que corresponden al corazón” ».

En el surco trazado por don Giussani, queremos seguir al sucesor de Pedro afectiva y efectivamente, para ser colaboradores activos de su pasión misionera, es decir, «brazos, manos, pies, mente y corazón de una Iglesia “en salida”».

Perseverando en la oración diaria a favor de su ministerio universal, suplicamos a la Virgen *Salus populi romani* que obtenga de su Hijo resucitado la caricia de la misericordia para todos nuestros hermanos cristianos perseguidos y asesinados por la única razón de tener fe y por los hermanos hombres que mueren huyendo de sus casas en busca de la felicidad.

A Su Santidad suplicamos una plegaria para que cada uno de nosotros mantenga vivo el fuego de la memoria del primer encuentro y sea libre, centrado en Cristo y en el Evangelio.

sac. Julián Carrón

Su Santidad papa emérito Benedicto XVI

Santo Padre,

En los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación hemos meditado sobre la situación del hombre contemporáneo, en la que —como usted dice— «el derrumbamiento de las antiguas certezas es ya un hecho consumado». En este contexto, la memoria grata de don Giussani y el encuentro con el papa Francisco en Roma nos han urgido a que cada uno de nosotros viva cada vez más la fe como respuesta a las exigencias profundas del corazón, de forma que cualquier circunstancia y encuentro se vivan con la presencia de Cristo en la mirada, para ser «brazos, manos, pies, mente y corazón de una Iglesia en salida».

Asegurándole nuestra oración diaria, pedimos que el Señor resucitado continúe siendo la luz que resplandece en la alegría de su rostro.

sac. Julián Carrón

S.E.R. cardenal Angelo Bagnasco

Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana

Eminencia,

Al finalizar los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, en los que han participado 24.000 adultos y se han conectado por vídeo otros miles, volvemos a nuestras casas con el deseo de permanecer centrados en Cristo en el surco trazado por don Giussani, para ser en la sociedad italiana «brazos, manos, pies, mente y corazón de una Iglesia en salida», según el mandato recibido en la plaza de San Pedro del papa Francisco.

sac. Julián Carrón

S.E.R. cardinal Stanislaw Rylko
Presidente Pontificio Consejo para los Laicos

Eminencia,

Al finalizar los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, en los que han participado 24.000 adultos y se han conectado por vídeo otros miles, renovamos la voluntad de ser «brazos, manos, pies, mente y corazón de una Iglesia en salida para ir a buscar a los que están lejos, en las periferias», como nos ha pedido el papa Francisco en la plaza de San Pedro, conscientes de que «el centro es solamente uno, ¡es Jesús, Jesucristo!», como nos ha testimoniado don Giussani con su vida.

sac. Julián Carrón

S.E.R. cardenal Angelo Scola
Arzobispo de Milán

Querido Angelo:

Hemos vivido estos días como petición de conversión, como nos es escrito, conscientes de que no podemos responder con discursos o con nuestra acción a la necesidad infinita de nuestro corazón, sino solo reconociendo a Cristo que nos sucede ahora, como nos ha testimoniado siempre don Giussani y como hemos visto que ha vuelto a acontecer con el papa Francisco en Roma. «El centro es solamente uno, Jesucristo» es nuestro único programa de vida.

sac. Julián Carrón

S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Arzobispo di Tarento

Querido Filippo,

Agradecidos por tu carta, hemos vivido en estos días la frescura y la vitalidad del carisma porque hemos visto que Cristo vuelve a suceder, presente aquí y ahora, como el Único que colma la necesidad desmedida de nuestro corazón. Siguiendo al papa Francisco, pedimos estar cada vez menos centrados en nosotros mismos para ser, «centrados en Cristo, brazos, manos, pies, mente y corazón de una Iglesia en salida».

sac. Julián Carrón

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

Por Sandro Chierici

(Guía a la lectura de la imágenes de la Historia del arte que acompañaban a la escucha de fragmentos de música clásica a la entrada y a la salida)

En el doble recorrido de la jornada —del amanecer al ocaso— y de la vida —de la infancia a la vejez—, las obras de Jean François Millet atrapan la sacralidad de la existencia del hombre en todos sus momentos. La invitación eucarística de «haced esto en memoria mía» encuentra en los gestos sencillos de la vida cotidiana la respuesta de una fe capaz de captar la indudable bondad de la realidad.

- 1 *El ramo de margaritas*, 1871-74, París, Musée d'Orsay
- 2 *La madre y los hijos (La sopa)*, 1861. Marsella, Musée des Beaux-Arts
- 3 *El embuchado*, 1860, Lille, Musée des Beaux-Arts
- 4 *Mujer acunando a su hijo*, 1870-73, Cincinnati, Taft Museum of Art
- 5 *Mujer con niño (Silencio)*, 1855-60, Chicago, The Art Institute
- 6 *Niño durmiendo*, 1854-55, Norfolk, Chrysler Museum of Art
- 7 *Campeño haciendo un injerto en un árbol*, 1855, Múnich, Neue Pinakothek
- 8 *Niño enfermo*, 1858, Colección privada
- 9 *Los primeros pasos*, 1858, 1866, Cleveland, Museum of Art
- 10 *En el jardín*, 1860, Boston, Museum of Fine Arts
- 11 *Rincón del pueblo de Gréville*, 1856, Boston, Museum of Fine Arts
- 12 *Primera lección de punto*, 1854, Boston, Museum of Fine Arts
- 13 *Lección de punto*, 1869, San Luis, Art Museum,
- 14 *Mujer cardando lana*, 1863, Colección privada
- 15 *La panadera*, 1853-54, Otterlo, Kroller-Muller Museum
- 16 *Mujer batiendo la mantequilla*, 1848-51, Boston, Museum of Fine Arts
- 17 *Hilander de pie*, 1850-55, Boston, Museum of Fine Arts
- 18 *Hilander sentada (Émilie Millet)*, 1854, Boston, Museum of Fine Arts
- 19 *Casa natal de Millet en Gruchy*, 1863, Boston, Museum of Fine Arts
- 20 *La casa de Gruchy*, 1863 circa, Boston, Museum of Fine Arts
- 21 *El pozo de la casa de Gruchy*, 1854, Londres, Victoria and Albert Museum
- 22 *Muchacha en el pozo*, 1866-68, París, Musée du Louvre
- 23 *Cordero recién nacido*, 1866, Boston, Museum of Fine Arts
- 24 *El esquila de los corderos*, 1852-53, Boston, Museum of Fine Arts
- 25 *Los sacrificadores de cerdos*, 1867-1870, Ottawa, National Gallery of Canada

- 26 *El regreso a la granja*, 1850, Milán, Galleria d'Arte Moderna
- 27 *Mujer con un haz de leña y un cubo*, 1858-60, Colección privada
- 28 *Campesina quemando hierba*, s.f, Gand, Museum voor Schone Kunsten
- 29 *La hilandera*, 1854-57, Nueva York, The Metropolitan Museum of Art
- 30 *Auvernia, la hilandera*, 1868-69, París, Musée d'Orsay
- 31 *Pastora sentada*, 1871, Boston, Museum of Fine Arts
- 32 *En Auvernia*, 1866-69, Chicago, The Art Institute
- 33 *Pequeña pastora de ocas*, 1854-56, Cardiff, National Museum of Wales
- 34 *Pastora con su rebaño*, 1863-64, París, Musée d'Orsay
- 35 *Muchacha sentada en el bosque*, 1848-49, Boston, Museum of Fine Arts
- 36 *Campesina durmiendo a la sombra de una zarza*, 1872-74, Reims, Musée Saint-Denis
- 37 *Observando un vuelo de ocas salvajes*, 1866, Boston, Museum of Fine Arts
- 38 *Partida al trabajo*, 1850-51, Glasgow, Art Gallery and Museum Kelvingrove
- 39 *Los agavilladores*, 1874, Nueva York, The Metropolitan Museum of Art
- 40 *Batidores de trigo*, 1868-70, Boston, Museum of Fine Arts
- 41 *Las espigadoras*, 1853, Kofu, Yamanashi Prefectural Museum of Art
- 42 *Las espigadoras*, 1857, París, Musée d'Orsay
- 43 *Segadores dormidos*, 1850-53, Boston, Museum of Fine Arts
- 44 *Sembradores de patatas*, 1861, Boston, Museum of Fine Arts
- 45 *Cosecha de patatas*, 1855, Baltimor, The Walters Art Museum
- 46 *Golpeando el lino*, 1850-51, Baltimor, The Walters Art Gallery
- 47 *El aventador*, 1847-48, Londra, National Gallery
- 48 *Mujer llevando a pastar a su vaca*, 1858, Bourg-en-Bresse, Musée de l'Ain
- 49 *El sembrador*, 1854-55, Raleigh, NC, Museum of Art
- 50 *El nacimiento del ternero*, 1860, Princeton, University Art Museum
- 51 *El nacimiento del ternero*, detalle, 1864, Chicago, The Art Institute
- 52 *El cortador de leña*, 1850-52, Londres, Victoria and Albert Museum
- 53 *El sembrador*, 1850, Boston, Museum of Fine Arts
- 54 *Recolector de heno*, 1866-67, Hiroshima, Museum of Art
- 55 *En la viña*, 1852-53, Boston, Museum of Fine Arts
- 56 *El viñador descansando*, 1869-70, La Haya, Rijksmuseum Mesdag
- 57 *El hombre de la azada*, 1860-62, Los Ángeles, The Paul J. Getty Museum
- 58 *Regreso del pastor con el rebaño a la caída de la tarde*, 1860, Nueva York, Brooklyn Museum of Art
- 59 *Pastos junto a Cherbourg*, 1871-72, Minneapolis, Institute of Arts

- 60 *Regreso con las balas de heno al atardecer*, 1868-70, Hiroshima, Museum of Art
- 61 *Cuidadora de pavos, otoño*, 1872-73, Nueva York, The Metropolitan Museum of Art
- 62 *Pastor al atardecer*, 1856-60, Baltimor, The Walters Art Gallery
- 63 *Camino trillado en el prado*, 1867, Boston, Museum of Fine Arts
- 64 *Priorato de Vauville*, 1872-74, Boston, Museum of Fine Arts
- 65 *Invierno*, 1866-68, Boston, Museum of Fine Arts
- 66 *Mujer cosiendo*, 1858-62, Boston, Museum of Fine Arts
- 67 *El Ángelus*, 1857-59, París, Musée d'Orsay

Viernes 24 de abril por la noche

INTRODUCCIÓN	4
SANTA MISA – <i>HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO</i>	20

Sábado 25 de abril por la mañana

PRIMERA MEDITACIÓN – <i>El centro es solo uno, Jesucristo</i>	21
SANTA MISA – <i>HOMILÍA DE S. E. R. CARDENAL GERHARD L. MÜLLER PREFECTO DE LA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE</i>	57

Sábado 25 de abril por la tarde

SEGUNDA MEDITACIÓN – <i>Reconocer a Cristo</i>	63
--	----

Domingo 26 de abril por la mañana

ASAMBLEA	89
SANTA MISA – <i>HOMILÍA DE DON FRANCESCO BRASCHI</i>	110
MENSAJES RECIBIDOS	113
TELEGRAMAS ENVIADOS	114
EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA	117
